

MÍO

A VECES LA FICCIÓN ES LA ÚNICA FORMA
DE CONTAR LA VERDAD

Raquel Tirado Fernández

MÍO

Raquel Tirado Fernández

© Raquel Tirado Fernández

Primera edición, diciembre 2018

ISBN: 9781790218998

Diseño de cubierta: © Raquel Tirado Fernández

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, o el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin autorización previa y por escritos de los titulares del copyright.

A mi familia

Y a todas las mujeres cuyos nombres empiezan por P.

ÍNDICE

LA CASA

ANTES

DÍA UNO

NOCHE UNO

DÍA DOS

NOCHE DOS

DIARIO DE PRISCILA : PRIMERA PARTE

NOCHE DOS (SEGUNDA PARTE)

DÍA TRES

DIARIO DE PRISCILA : SEGUNDA PARTE

DIARIO DE PRISCILA:TERCERA PARTE

NOCHE TRES

DESPUÉS

AMNESIA

CAPÍTULO UNO: NOELLE

CAPÍTULO DOS: AMNESIA

CAPÍTULO TRES: ECO

CAPÍTULO CUATRO: MARINA

CAPÍTULO CINCO: ESPEJOS

DENTRO DEL PALACIO DE LOS ESPEJOS

MÍO

DÍA UNO

DÍA DOS

DÍA TRES

DÍA SEIS

DESPUÉS

DÍA CUARENTA

AGRADECIMIENTOS

BIOGRAFÍA

LA CASA

Al principio los niños aman a sus padres. Cuando crecen, los juzgan.

A veces, los perdonan.

Oscar Wilde

ANTES

Cuando tenía siete años me pidieron que hiciera un dibujo de mi casa, acompañado de una breve descripción.

Explicué que vivía en una casa pequeña, en la tercera planta de un edificio situado cerca de la playa. Cuando mi madre y yo nos mudamos pintamos las paredes de colores cálidos que me hacían sentir tranquila. La casa estaba llena de enormes ventanas siempre abiertas, que iluminaban cada estancia. Me encantaba mi habitación: estaba pintada de un naranja tan intenso que parecía haber sido engullida por un atardecer. Además, la casa estaba llena de plantas que mamá y yo cuidábamos con esmero. Sobre todo había cactus, pues adoro los cactus.

Recuerdo mi cara de vergüenza cuando mi profesora me entregó el trabajo corregido. Mi nota era un diez pero yo sentía que había suspendido.

—Tienes una casa muy bonita —dijo.

Yo sonreí y balbuceé un gracias antes de regresar a mi mesa.

Sospecho que mi profesora sabía que todo lo que había escrito era falso. Sospecho que sabía que mi casa no era luminosa, ni bonita, ni tranquila, y que tampoco estaba cerca de la playa.

Con una madre como la mía, era imposible que las ventanas estuviesen siempre abiertas, pues mamá tenía un miedo atroz a lo que pudiera entrar por ellas. La luz la hería y hacía que se sintiese insegura. Mi casa no estaba limpia ni era espaciosa. Estaba llena de trastos inútiles que acumulaban polvo, pero sin los cuales nada tendría sentido. Estaba descuidada, porque una niña de siete años no sabe cómo limpiar y porque aprendió por las malas que cambiar algo de sitio era suficiente para romper el corazón a su madre.

Esta niña de siete años no era capaz de hacer las cosas bien aunque lo intentara. No era capaz de ayudar a su madre pese a sus esfuerzos.

Hay una frase que dice que tu casa es un poco como tu alma.

Creo que es una frase bastante cierta. Sin duda, mi casa se parece al alma de mi madre, o a su mente. Es oscura y nadie la cuida demasiado. Está llena

de objetos insignificantes pero que se encargan de mantener el equilibrio.

Y supongo que mi casa también se parece un poco a mi mente, o a mi alma. Porque mamá lleva casi dos semanas sin vivir aquí y la casa sigue igual.

DÍA UNO

Vivo en el tercero C del número 33 de la calle Augusto. Es un edificio feo, con la fachada pintada de color marrón sucio, desgastado, en una manzana en la que solo puedes encontrar una gasolinera abierta las veinticuatro horas, una parada de autobús y un parque con los columpios oxidados y el césped mal cortado. Ninguna pareja joven que acabe de tener un bebé decidiría vivir en un barrio como éste. No es algo que se decida: la gente vive aquí y punto.

No tengo conciencia de mí misma en ningún otro lugar. Sé que nací en Madariaga: el pequeño pueblo en el que se había criado mi madre, a una hora de distancia de la ciudad. Nos mudamos cuando yo tenía un año y mamá apenas había alcanzado la mayoría de edad. Sin embargo, siento que siempre he estado aquí. Mi madre y yo siempre hemos formado parte del número 33 de la calle Augusto.

Mi madre lleva una semana desaparecida. Yo no reparé en que se había ido hasta hace un par de días, y eso que nuestro piso es diminuto. Suena difícil de creer pero no es tan complicado. No es imposible que una persona desaparezca sin más: basta con que lo haga despacio. Si alguien desaparece de golpe, su ausencia se nota. Pero si alguien va deshaciéndose de partes de sí mismo poco a poco, muy lentamente, nadie se da cuenta.

Iba a pasar por casa para coger algo de dinero y de ropa limpia antes de volver al piso de mi pareja ex pareja. Cuando entraba en el edificio, me encontré con una de mis vecinas: la señora Emilia. Es una anciana arrugada y diminuta, con los ojos gigantes y acuosos y el aliento con olor a fertilizante. Siempre parece estar muy triste, muy cansada o las dos cosas a la vez. Emilia estaba entrando en el portal, arrastrando un carro de la compra. Se acercó a mí nada más verme.

—Paloma, cielo —dijo, con la voz trémula y apagada—. Estás guapísima y muy mayor. ¿Cómo va todo?

—Bien —dije, seca. Emilia me dedicó una larga mirada antes de seguir hablando.

—¿Y dónde está tu madre? —. Por supuesto, solo se acercaba a mí por

mamá—. ¿Por fin se ha ido de vacaciones? Está claro que la pobre mujer lo necesitaba...

—¿Perdone?

—Tu madre. Que dónde se ha ido.

No respondí. Estaba de piedra. Mamá llevaba años sin salir de casa.

—Lo siento, Emilia. Tengo que irme, llego tarde. Y no se preocupe por mi madre, ella está bien.

Me apresuré a salir del portal y estoy segura de que la señora Emilia me dedicó una de sus miradas de lástima. Podría haber subido corriendo hasta mi casa para confirmar que mamá no estaba, pero no tenía sentido hacerlo. No había nada que comprobar. Mamá se había ido. Decidí marcharme, sin entrar en casa, como si no hubiera pasado nada.

Pero ahora estoy aquí de nuevo, ante la puerta, intentando meter la llave en la cerradura con las manos temblorosas.

Respiro hondo. Querría salir corriendo, pero no lo voy a hacer. Vuelvo a respirar hondo y abro. No hay escapatoria. Si puedo encontrar a mi madre en algún sitio, sé que es aquí dentro.

Vivo en un piso con los pasillos estrechos, en el que la oscuridad se cuela por cada rincón y en el que siempre huele a putrefacción, un olor que lo impregna todo y que no se puede limpiar. Cuando entras en el piso, lo primero que sorprende es la oscuridad. Todo está oscuro y se necesitan un par de segundos para adaptarse. Entonces avanzas a tientas por un pasillo diminuto y te topas con el interruptor de la luz, los pomos de las puertas y el gotelé de las paredes. La primera habitación es la de mi madre: es la habitación más grande. Hay una cómoda, un armario y una cama de matrimonio que siempre ha ocupado una persona. Hay una ventana con la persiana bajada y el suelo está lleno de cajas, como si la mudanza se hubiera quedado a medias.

Después está el baño, vacío, pero sucio. Con una bañera y una estantería repleta de productos de limpieza. El salón es pequeño y está presidido por una enorme ventana cerrada, con las persianas bajadas y las cortinas corridas, que da paso a un balcón que lleva más de diez años sin ser utilizado. Un sofá,

una estantería con libros y una televisión que se ha quedado encendida. El suelo está repleto de objetos distribuidos en cajas de distintos tamaños apiladas unas encima de las otras. Nunca las he contado, pero estoy segura de que hay más de cien, quizás doscientas. Cajas, cajas y más cajas.

Todo está mal, pero al mismo tiempo siento que no podría estar de otra manera. La humedad. El olor de los platos que se acumulan en el fregadero. Las persianas bajadas, las cortinas corridas y las ventanas cerradas como si alguien hubiese fallecido y hubiera que guardar silencio. Como si una vida se hubiese visto interrumpida, de repente y no hubiese manera de continuar.

Todo está tan mal que duele. Estoy llorando. Llorando por lo evidente, llorando por no haberlo impedido. Llorando porque ahora ya no me puedo escapar. Estoy aquí. Mi madre no está y yo soy incapaz de hacer nada. Estoy aquí, de nuevo en la casa y, de puertas adentro, con las persianas bajadas y el silencio ensordecedor, todo se siente con más fuerza, todo es más intenso, todo duele más. Todo resulta aterrador. No voy a salir de aquí.

Nunca. No saldré de aquí nunca.

Eso es lo que siento.

Respiro hondo. Saldré de aquí cuando sepa cómo encontrarla. Porque, si existe alguna pista sobre el paradero de mi madre, tiene que estar aquí

NOCHE UNO

Hubo un tiempo en el que mi madre y yo nos llevábamos bien. Yo había comenzado primaria y, aunque me avergonzaba de mi casa, todavía no me avergonzaba de ella. Era mi heroína. Nunca conocí a mi padre y tampoco a la familia de mi madre. Mi madre era muy joven y me estaba criando sola, lo que debía ser muy duro. O al menos, eso decían todas las madres de mis compañeras de clase.

—¿Entonces la estás criando tú sola? —La miraban con los ojos muy abiertos, la sonrisa amplia y diciendo cada palabra con mucho cuidado—. Cielos, eso debe ser duro. Admiro muchísimo a las madres solteras. Además, siendo tú tan joven...

Siempre que las madres de las otras niñas hablaban con ella la animaban, como si necesitara consuelo todo el tiempo. Le decían que podía contar con ellas para todo lo que necesitara. Pero, cuando mamá no estaba, murmuraban otro tipo de cosas: que yo no debía ser una niña deseada, por ejemplo. Que imposible que alguien quisiera tener un bebé a los dieciocho años, en los tiempos que corrían y con la liberación de la mujer. Se preguntaban dónde estaba mi padre y cómo sobrevivíamos mamá y yo solas, con un sueldo de camarera.

Yo nunca presté atención a esos comentarios. Estaba muy orgullosa de mi madre: me cuidaba, preparaba mis platos favoritos y me leía cuentos por las noches. Con eso me bastaba. Por aquel entonces, su comportamiento ya era un poco extraño, aunque no tanto como para incomodarme.

Si tuviera que definir a mi madre, no hablaría de sus preciosos ojos verdes, ni de su buen gusto para las películas, ni de su bondad. No, si tuviera que definirla hablaría de sus colecciones. No recuerdo cómo ni cuándo comenzó a coleccionar cosas. Creo que siempre lo hizo. Al principio eran recuerdos de su infancia, o de la mía; tenían un valor sentimental. Pero después empezó a coleccionar objetos que compraba o se encontraba por la calle. Los colocaba en estanterías o los guardaba en cajas que apilaba por toda la casa, como si estuviese creando el sky-line de una ciudad fantasma.

Si tocaba algo me gritaba, se enfurecía y después se ponía triste y me

pedía perdón. Empecé a tener miedo de sus reacciones. Cada vez era más inestable y montaba numeritos incluso cuando íbamos por la calle.

Mi madre acabó convirtiéndose en una mujer huraña. Dejó de relacionarse con nadie que no fuera yo y se transformó en una persona excéntrica con la que era muy difícil convivir. Sus relaciones y sus amistades se deterioraron. Era incapaz de cumplir con sus responsabilidades e incluso el cometido más sencillo le resultaba imposible de realizar. A veces, se olvidaba de recogerme cuando salía del colegio o no recordaba que tenía que hacer la cena. Tenía la sensación de que ella ya no estaba aquí. Mamá tenía días terribles, pero también días buenos, en los que se comportaba como una madre normal. Entonces le gustaba pasar tiempo conmigo y celebrar noches de película, pizza y palomitas. Algunos días, si yo estaba triste por una mala nota o porque había discutido con alguna amiga, pasábamos la tarde haciendo tartas. Me daba abrazos y besos y me hacía regalos: sobre todo distintos tipos de cactus.

Era una buena madre. Una madre buena y normal que acumulaba objetos de manera compulsiva.

Mamá llevaba años trabajando de camarera en un restaurante familiar. Le encantaba su trabajo y tenía una relación fantástica con sus compañeros, pero la despidieron cuando yo tenía trece años. Eso supuso un punto de inflexión. Mamá dejó de tener un lugar al que ir por las mañanas y podía pasar días enteros sin salir de casa. Dejó de preocuparse por su aspecto e incluso de ducharse. Y siempre estaba triste.

Entonces empezaron a afectarme los comentarios que la gente hacía al vernos. Cuando venía a recogerme al colegio escuchaba cuchicheos a nuestras espaldas y, siempre que entraba en el portal, mis vecinas hablaban de ella. La llamaban loca y enferma y se compadecían de mí. Mamá empezó a avergonzarme, a avergonzarme de verdad.

A menudo pienso que tendría que haber sido más paciente. A veces pienso que debería haber sido más paciente. Que lo que le pasó fue culpa mía, por no haberla ayudado. A veces, me imagino cómo habría sido mi vida de haberla cuidado mejor.

El caso es que las excentricidades de mi madre y mis ganas de normalidad

nos fueron distanciando. Y no era solo eso. Mamá necesitaba controlar todo lo que yo hacía y en todo momento. Me acompañaba cuando iba al centro con mis amigas, me hacía sentir culpable si rechazaba una de nuestras “noches de chicas”, no me dejaba salir pasadas las ocho de la tarde y se enfadaba si llegaba un par de minutos después de lo previsto. Me recordaba que era su hija, su princesa, que si me pasase algo se moriría y que solo nos teníamos la una a la otra. Era insoportable.

Me cansé de la situación y fui creando una barrera invisible que nos separara y que nos protegiera a la una de la otra. Una barrera a base de silencios, de comentarios hirientes, de ausencias. Empecé a pasar cada vez más tiempo fuera de casa, mientras que ella pasaba cada vez más tiempo dentro.

En los últimos años de instituto llegaba a casa por la noche y me marchaba tan pronto como podía, pero aún así, me daba cuenta de que mamá seguía acumulando cosas. Y sabía qué significaba.

Estoy sentada en el suelo del salón. Quiero subir las persianas y abrir las ventanas, porque siempre he querido hacerlo y mi madre nunca me lo ha permitido. Pero estoy aquí, buscando una respuesta, delante de un montón de cajas y de objetos de mi madre, preguntándome qué voy a hacer con todo esto y cómo me voy a organizar. Es una locura. Y es difícil. Aunque ahora mismo no hay nada en mi vida que no me parezca difícil o una locura.

Como siempre que estoy hecha un lío, he cogido una libreta y estoy haciendo una lista a la que he llamado INVENTARIO.

INVENTARIO

BLOQUE UNO:

- *90 cajas de zapatos distribuidas en dos bloques.*
- *Una caja de zapatos enorme con 33 cajas de cerillas.*
- *Una caja de zapatos en la que hay 45 yoyós.*
- *Tres cajas con 28 libros de astrología de esos que regalan con el periódico.*
- *Una caja con 14 libros de matemáticas.*
- *Dos cajas con 23 libros de Jane Austen.*
- *Una caja con 248 bolsas de Mercadona muy bien dobladas.*
- *313 bolsas de plástico con pañuelos de papel metidas en tres cajas.*
- *Una caja con 18 fundas para gafas de distintos tipos.*
- *Una caja llena de mis trabajos de clase de cuando tenía tres años.*
- *Una caja con postales de Navidad o San Valentín que escribía en clase.*

Ya son más de las dos de la mañana y sigo aquí, sentada en la misma postura e intentando avanzar con el inventario. La verdad, no me esperaba encontrar tantos recuerdos. No me esperaba que entre todas las cajas repletas de bolsas de Mercadona, yoyós que desde luego yo no he usado y pañuelos de papel, también encontraría una parte de mí: las postales. De pequeña le escribía a mi madre una postal en cada ocasión especial.

Me encantaba hacer ese tipo de cosas: escribir con la mejor caligrafía posible y decorar las cartas con pegatinas de corazones, gatitos y montones y montones de purpurina. Recuerdo a la profesora paseándose entre las mesas de trabajo, con las manos entrelazadas en la espalda y una sonrisa en la boca. Miraba los trabajos por encima de nuestros hombros, asentía, nos felicitaba o comentaba que tal palabra no se escribía así, sino de otra manera.

Mi profesora admiraba lo que hacía. Escribía bien y no solía cometer faltas. Un día me preguntó:

—¿Para quién es la carta, cielo?

—Para mi madre —respondí.

—¿Y esta otra?

—Para mi madre también.

—Y...—Se mordió el labio antes de seguir —. ¿No son muchas? ¿No crees que a tu papá le gustaría recibir alguna?

Me hizo sentir incómoda. Suponía que mi madre ya le habría contado por qué mi padre no vivía con nosotras, pues mamá decía que eran cosas de adultos y mi profesora era una adulta.

—Mi padre no vive en casa —dije, molesta.

—Bueno, ya sé que no vive en casa, pero, aun así, ¿no te gustaría felicitarle la Navidad a él también?

No respondí. Mi profesora me revolvió un poco el pelo, sonrió y me dejó seguir trabajando.

Después de eso, intenté escribir una carta a mi padre. Llené hojas y hojas de tachones y palabras emborronadas. No sabía qué decir. No sabía si explicarle cómo me había ido el día o empezar diciéndole que me llamaba Paloma, tenía siete años y era pelirroja. Porque, él sabía cómo me llamaba, ¿no? ¿Y cómo tenía que dirigirme a él? No conocía su nombre y llamarle papá no parecía apropiado. Quería desearle una feliz Navidad, pero solo podía preguntarle por qué nunca había hablado conmigo.

Desistí después de un par de intentos, pues, al fin y al cabo, sabía que mamá no me diría a qué dirección tendría que mandarla.

INVENTARIO

- *Dos cajas de zapatos con 91 cordones de zapato blancos.*
- *Una caja de zapatos con 46 hebillas de cinturón.*
- *Una caja con 5 paraguas pequeños*
- *Una caja llena de botones. Muchísimos botones de distintos colores. Cientos de botones.*

DÍA DOS

No pensaba que la tarea del inventario iba a ser tan larga y tan absorbente. Nunca me había parado a hacer algo así: revisar qué guardaba mi madre en todas sus cajas. No estoy segura de que los objetos tengan alguna relación con la desaparición de mamá, ni me conduzcan a ninguna pista. Al fin y al cabo esto no es una búsqueda del tesoro. Solo son objetos que mamá acumulaba, sin más.

Llevo demasiadas horas sentada. Me levanto y estiro las piernas caminando, aunque sea por casa. Hasta que no miro el reloj del móvil, ni siquiera sé qué hora es. Todo está demasiado oscuro. Todo parece irreal. Son las seis y media de la mañana. He recibido tres mensajes: dos de Julio, mi ex pareja y uno de mi jefe. Si desapareciera, es probable que solo ellos me buscaran. Al menos al principio.

Cierro los ojos con fuerza, bloqueo el teléfono móvil y voy a la cocina a hacerme algo para desayunar. La nevera está casi vacía y hay algo que huele muy mal, pero no pienso dedicar tiempo a encontrarlo. Encuentro una bolsita de té y un paquete de galletas sin acabar. Preparo el té y me sirvo cinco galletas, que ya se han quedado blandas. Después vuelvo a mi posición de inicio y a la tarea del inventario.

La siguiente caja está llena de postales y de papeles arrugados. Dos hojas arrancadas de un cuaderno que creo que ha escrito mi madre y unas cuantas fotos y postales. ¿Por qué guardaría algo con valor sentimental entre todos estos objetos sin sentido? Quizás sabía que la mejor manera de esconder algo era hacerlo a vista de todos.

Estoy temblando cuando cojo el papel escrito. Aunque quizás he estado temblando desde que entré en la casa y no me he dado cuenta hasta ahora.

Desde pequeña supe que vivía dentro de una casa encantada (con sus puertas cerradas, sus fantasmas y sus pasillos que crujen) y pensaba que si me iba de ella la maldición se rompería. Pero ahora me he ido y sigo teniendo la sensación de que algo terrible va a pasar. Supongo que llevo la casa encantada dentro.

Leo un par de veces estas palabras escritas de manera irregular sobre el papel. Sigo leyendo.

El pasillo está lleno de todos estos crímenes que he cometido solo por nacer. Ante mí veo un montón de cabezas pelirrojas, con ojos pequeños y tristes. Cientos de mujeres desgraciadas con nombres que empiezan por P. Sé que es imposible romper con todo. Nadie ha podido acabar con esta maldición y, desde luego, no seré yo quien lo consiga. Ojalá pudiera salvarla. Ojalá pudiera salvarnos a las dos.

¿Salvarnos?

Las dos hemos estado malditas desde el principio.

Respiro hondo un par de veces, guardo los papeles dentro de la caja y saco las fotografías con delicadeza.

En la primera foto que encuentro aparezco yo y la verdad es que me sorprende, me sorprende el formar parte del universo de mi madre. Soy yo de bebé. Estoy tumbada en la cama y no debo tener más que un par de días. No estoy en esta casa, eso seguro. De hecho, no sé dónde estoy. Mamá nunca quiso hablarme sobre su pasado. No sé nada sobre mis abuelos, el pueblo en el que nació y menos aún sobre mi padre. Mamá nunca me contó nada acerca de esas cosas y con el tiempo me di cuenta de que preguntarle sobre su pasado era parecido a romperle el corazón.

Quizás pensaba que si hacía tantas preguntas sobre su pasado y sobre mi padre era porque lo que ella me estaba dando no era suficiente. Pero estaba convencida de que si conocía mi pasado, me conocería a mí misma. Ahora tengo la sensación de que me estoy acercando demasiado a la verdad.

Miro la siguiente foto. En ella también aparece mi madre, cogiéndome en brazos. En esa foto debe tener mi edad: dieciocho años, y me está cogiendo con mucha delicadeza mientras ofrece a la cámara una enorme sonrisa. Sus ojos también sonrían. Está feliz.

Estoy tan concentrada en las fotos que me asusto cuando mi móvil comienza a sonar. Es Julio. Cuelgo. Aunque cortamos hace dos semanas, volvimos a vernos hace unos días porque le tenía que contar algo importante. Desde entonces, intenta contactar conmigo cada día. No entiende que no soy capaz de hablar con él. Al menos, no por ahora. De hecho, si he tomado la

decisión de venir aquí es, en parte, por su culpa. Él me dijo que yo siempre huía de mis problemas y que no era capaz de enfrentarme a nada que supiera que iba a doler. Pero ahora estoy aquí. Siendo valiente.

Miro la tercera foto. Mi madre, otra vez, con dieciocho años y un bebé entre sus brazos. Lleva un vestido blanco y el pelo largo y suelto, como una cascada de fuego que cae por su espalda. Está radiante. En la cuarta, mamá debe tener unos quince años y hay una chica a su lado. Una chica rubia, de pelo rizado y corto. La chica lleva una camiseta y unos pantalones vaqueros y mamá un vestido. Ambas se están mirando y se ríen con la boca muy abierta. En el fondo se ve un césped muy verde y un árbol. En la quinta foto, la chica rubia aparece sola, sentada debajo de un árbol y leyendo un libro. Está mirando a alguien con una sonrisa tímida en los labios.

La sexta foto muestra el interior de una casa. La ocasión debe ser más formal ya que ambas visten de largo. Se están mirando. La última foto que encuentro debe ser de su graduación. En ella aparece un grupo de veinte alumnos vestidos de gala. Reconozco la cabeza pelirroja de mi madre y, buscando un poco más, encuentro a la chica rubia. No se miran.

Guardo las fotos con cuidado y encuentro un par de postales. Una de ellas es una postal navideña que recuerdo haber visto cuando era muy pequeña. En la parte trasera de la postal hay algo escrito.

*Priscila, nadie sabe que te estoy escribiendo. Por aquí todo está bien.
¿Cómo estás? ¿Cómo está la niña? Tengo ganas de veros. Feliz navidad.*

Un abrazo,

O.

La otra postal también está firmada con la O. Esta vez no es una postal navideña y en la parte trasera de la postal se ve el paisaje de un prado verde con dos vacas pastando.

Priscila,

Me han ofrecido una beca en una escuela de arte en Madrid y no sé qué hacer. Me gustaría mucho poder hablar contigo y que me aconsejaras sobre cuál es la decisión correcta. Me da miedo equivocarme. Te echo de menos. Si

necesitas algo, ya sabes dónde encontrarme. Te espero.

Un abrazo,

O.

El resto de la caja está lleno de papeles con listas de la compra dejadas a medias. Hay unas diez listas y en todas pone casi lo mismo: pañales, compresas, espaguetis, huevos, leche... Estoy a punto de cerrar la caja cuando me encuentro con una última sorpresa: un cuaderno. Es un cuaderno pequeño, como la palma de mi mano y con las tapas doradas. Lo abro con cuidado y me doy cuenta de que la mayoría de sus hojas están escritas. Debe ser el diario de mi madre. Sí, estoy segura, es el diario de mi madre.

Me pongo de pie como un resorte y de pronto no sé si quiero seguir. Voy al baño justo cuando la primera nausea del día me golpea el estómago. Vomito. Después me lavo la cara, me enjuago la boca y empiezo a dar vueltas por todo el salón. En el piso empieza a hacer frío y estoy escuchando unos ruidos un poco raros. Hay alguien dentro de mi habitación. Hay alguien que camina de un lado a otro de la casa.

Quizás soy yo, que camino de un lado a otro sin parar. Quizás soy yo quien hace ese ruido. Respiro hondo y me quedo quieta.

No hay ningún ruido extraño. No hay nadie en mi habitación. Todo está bien. Todo va a salir bien.

Entonces escucho el sonido de unos nudillos golpeando la puerta. Hay alguien en mi habitación. Hay alguien en mi habitación y quiere salir. O quizás lo que escucho es a mi propio corazón. No lo sé. Nunca había estado tan asustada. Tengo unas ganas horribles de llorar. No quiero llorar. Pero, sea quien sea quien esté en mi habitación, quiere salir. Está golpeando la puerta cada vez con más fuerza. Dos lágrimas se deslizan por mis mejillas, una por cada lado, dividiendo mi cara. Ni si quiera sé qué hora es y no puedo dejar de mirar el diario de mi madre, que está en el suelo. Estoy segura de que el diario también me está mirando a mí. Respiro hondo una, dos y tres veces. Me acerco a la puerta de mi habitación y agarro el pomo. Los sonidos cesan. Abro la puerta con mucho cuidado y confirmo que la habitación está vacía. Todo va bien.

Miro el móvil y compruebo que sigo existiendo, que el mundo sigue

existiendo. Son las diez de la mañana de un martes cualquiera y tengo una llamada perdida de Julio y cuatro mensajes a los que no pienso responder.

Sigo existiendo. Soy real. Todo va bien.

NOCHE DOS

Ojalá existiera algún lugar en el mundo en el que me sintiese cómoda, segura. Siento que siempre me muevo buscando refugio. No consigo llegar a ese lugar en el que me sienta a salvo y en el que pueda, simplemente, existir.

Aquí no estoy a salvo. Escucho pasos en lugares en los que no debería haber nadie. Escucho cómo los libros se caen de la estantería de mi habitación y, cuando entro, me doy cuenta de que no se ha caído nada. Sé que aquí hay alguien que quiere salir pero no puede hacerlo. No puedo abrir las ventanas porque si lo hago, un monstruo gigante se colará en casa y me devorará.

Aquí no estoy a salvo.

Son las diez y media y tengo cinco llamadas perdidas de Julio y una de mi jefe. Ya no me siento culpable por haberlos decepcionado. Voy a la cocina y busco una bolsa de té verde que poder calentar en el microondas. Pasado un minuto, recojo la taza, me siento en el suelo, me tapo con una manta y cojo el diario de mamá.

Por esta noche, el inventario puede esperar.

DIARIO DE PRISCILA
PRIMERA PARTE

FECHA: 14 DE FEBRERO

Mi quince cumpleaños

Cuando era pequeña, mis padres se dirigían a mí como “su pequeña bendición”. No dejaban de repetirme que era todo cuanto habían podido desear: una niña perfecta, su niña perfecta. Por eso no tenía ningún hermano, porque mis padres me querían a mí y cuando me tuvieron su vida se completó. Por eso nací el día de San Valentín. Fui su regalo más esperado y la culminación del amor que sentían el uno por el otro.

Me colmaban de besos y de abrazos. Mamá pasaba conmigo todo su tiempo y papá trabajaba mucho porque quería darme la mejor vida que pudiera. Me leían cuentos por las noches, me compraban los vestidos más bonitos y me regalaban muñecas. Decían que no había nada que hiciera mal. Si alguien se metía conmigo en el patio era por envidia. Envidia de mis ojos de esmeralda, de mi pelo rojo y de mi vida perfecta.

Por esto, durante mi infancia fui muy feliz, o eso recuerdo. Quería a mis padres con locura y deseaba pasar con ellos todo el tiempo. Yo sabía que ellos me querían de un modo incondicional y saber que me querían me hacía sentirme poderosa. Como si nada malo pudiera pasarme. Pero crecí y comprendí que las cosas no eran tan perfectas como aparentaban. Papá pasaba demasiado tiempo en el trabajo y, cuando llegaba a casa, mamá y él discutían mucho. A veces mamá lloraba por las noches, justo después de leerme un cuento y de darme un beso y yo me preguntaba si durante ese cuento y ese beso había estado aguantándose las lágrimas. La empresa de papá no iba tan bien como antes.

Me di cuenta de que mis padres no eran felices, y si no eran felices tenía que ser por mi culpa. Empecé a esforzarme más, mucho más, porque el tiempo pasaba y yo dejaba de ser una bendición y me convertía en una decepción. En un fracaso. Porque aprendí a leer más tarde que el resto de mis compañeros, porque apenas tenía amigos, porque algunas veces se metían conmigo en el patio del colegio, porque me tenían que poner gafas (aunque al

final no me las pusieran), porque mis notas eran más bien mediocres, porque ningún chico se había fijado en mí...

Y ésta es la situación actual. Estoy aquí, escribiendo en este cuaderno y acabo de cumplir quince años. Mamá ha organizado una fiesta de cumpleaños alucinante. Ha venido mucha gente, me han dado muchísimos regalos que me han hecho mucha ilusión. La tarta era enorme, de fresa y chocolate, mi favorita. Yo he hecho un enorme esfuerzo para no mancharme, he soplado las quince velas y he pedido un deseo.

“Este año quiero hacerlo todo bien, quiero que mis padres estén orgullosos de mí”. Ese ha sido mi deseo.

El cuaderno me lo ha regalado Omaira. Omaira es mi mejor amiga, o eso creo, porque es muy probable que para mí ella sea mi mejor amiga y que yo para ella sea una más. El caso es que es la única persona auténtica de todas las que han venido a la fiesta. La única que no parece estar representando un papel, la única a la que no le preocupa lo que los demás piensen de ella. Omaira es diferente y también me gustaría que estuviese orgullosa de mí.

Somos totalmente distintas. Omaira tiene los ojos azules y gigantes, la cara llena de pecas que no la avergüenzan, las tetas grandes y el pelo muy rizado y casi nunca lo lleva peinado. De hecho, la mayor parte del tiempo, ni si quiera lleva vestidos. Ella hace siempre lo que quiere, no lo que se espera de una “señorita”. Es todo lo contrario a lo que mis padres quieren que yo sea y sin embargo, la aceptan. A mis padres les gusta Omaira y ni si quiera sé por qué.

Quizás solo les gusta Omaira porque es rica. Su padre tiene una empresa y muchísimo dinero. Han hecho negocios muchas veces y, por eso, mi familia y la de Omaira tienen mucha relación. Además, Omaira y yo somos vecinas desde los siete años. Y también va a mi colegio y a mi clase. Hemos crecido juntas y por eso somos tan amigas.

Vale, quizás sí que entienda por qué a mis padres les gusta Omaira, pero lo que sigo sin tener claro es por qué le gusto yo a ella. ¡Si somos polos opuestos! Es abierta y extrovertida. Todos los chicos de clase están locos por Omaira y todas las chicas la envidian por ello y porque a ella eso parezca darle igual. Es muy guapa, inteligente y divertida y saca unas notas increíbles sin ni si quiera esforzarse. Todos sabemos que, algún día, se irá del pueblo y hará algo importante. Todos sabemos que ella será recordada.

Y sin embargo, aunque ella sea tan Omaira y yo tan Priscila, nos complementamos a la perfección. Pasamos todo el tiempo que podemos juntas. Quedamos para ir a clase, pasamos las horas de recreo juntas, quedamos después de clase para hacer los deberes o algún trabajo o charlar durante horas. Con ella puedo hablar de cualquier cosa, incluso de estar triste.

Ha venido a mi cumpleaños porque sabía que me hacía ilusión, aunque

ella no soporta estar rodeada de gente falsa que hace cosas falsas. Ha venido por mí y me ha dado un abrazo, me ha deseado un feliz cumpleaños y me ha regalado esta libreta preciosa con las tapas doradas. Me ha dicho que estaba muy guapa y yo me he puesto un poco roja. Antes de irse se ha despedido dándome un beso en la mejilla que me ha dejado una mancha rosada que no he querido limpiar.

FECHA: 3 DE ABRIL

Sonríe. Sonríe a la cámara. Sonríe a tus vecinos. Sonríe a tu abuela. Sonríe a tus compañeros de clase. Sonríe a los padres de tus compañeros de clase. Sonríe a tus profesores. Sonríe hasta al fontanero que ha entrado en casa y al que, con total seguridad, no volverás a ver en tu vida.

Sonríe a tus padres, porque ellos quieren verte feliz para sentir que han hecho las cosas bien. Sonríe a Omaira, porque ella quiere verte feliz y tú quieres verla feliz a ella.

FECHA: 7 DE MAYO

He tenido que resistir la tentación de empezar esta entrada con un “querido diario”. Hoy he dado mi primer beso. Y se lo he dado a una chica. No, no quiero pensar en que se lo he dado a una chica. Que he besado a una chica. He besado a Omaira y punto. Bueno, ella me ha besado a mí y yo no me he apartado. Y, de algún modo, siento que no podría haber sido de otra manera. Siento que no hay ningún otro universo paralelo en el que yo le hubiera dado mi primer beso a otra persona que no fuera ella.

Para Omaira no ha sido el primero, eso seguro. No lo hemos hablado, pero seguro que ha estado con más personas porque ella es diferente. Es guapa, le gusta salir de fiesta y está ese rumor de que el año pasado se acostó con un príncipe monegasco. Omaira es preciosa y todo el mundo lo sabe. Y hoy me ha besado. A mí.

Habíamos quedado para estudiar, porque mis padres siempre quieren que estudie con ella, porque saca las mejores notas. Estábamos haciendo los deberes de lengua y, sin más, hemos empezado a hablar sobre el futuro y sobre qué queríamos hacer con nuestras vidas cuando fuéramos mayores.

Yo le he dicho que quería quedarme aquí, en Madariaga, trabajando en un colegio como maestra con los niños pequeños, porque me gustan mucho los niños. Omaira ha puesto los ojos en blanco y me ha regañado por no tener más aspiraciones cuando soy capaz de hacer muchas más cosas. Le he preguntado qué quiere hacer ella y lo primero que me ha respondido ha sido que se quiere ir. Muy lejos, a una ciudad grande en otro país, porque siente que en Madariaga se está ahogando y eso que solo tenemos quince años.

Y me estaba hablando de eso, de su futuro. Que quiere ser pintora o actriz o científica o escritora de novelas eróticas. Me estaba hablando de su futuro con los ojos brillantes. Nunca había visto a nadie tan lleno de vida. Y yo la estaba mirando y entonces se ha acercado a mí, ha apoyado una mano en mi brazo, ha inclinado la cabeza y me ha besado en la boca. Nuestras narices se han rozado. Y durante todo ese tiempo yo le quería preguntar por qué me besaba si se quería ir.

Pero yo le he devuelto el beso y le he acariciado el pelo, con cuidado y con miedo a que mi anillo se quedara enganchado en uno de sus rizos. Después nos hemos reído, como si no hubiera pasado nada. En realidad, solo se ha reído ella y yo la he seguido, como siempre. Dejándome llevar. Hemos intentado seguir estudiando pero ha sido imposible. Hemos pasado el resto de la tarde hablando sin parar, riéndonos, mirando el techo o mirándonos la una a la otra. Era como si nos llevásemos todavía mejor, como si de pronto fuéramos la misma persona.

He intentado seguir normal y disimular cuando Omaira se ha ido y yo he tenido que ir a cenar y hablar con mis padres como si no hubiera pasado nada. Bueno, he cenado con mamá, porque papá estaba en el trabajo.

Y durante toda la cena no dejaba de pensar: la he besado. La he besado. La he besado.

He besado a Omaira.

FECHA: 16 DE JUNIO

Queda muy poco para que empiece el verano y estoy muy contenta, aunque el examen que he hecho hoy me ha salido fatal. Aun así, espero que se compense con los otros exámenes que he hecho durante el curso para poder acabar bien, que mis padres estén orgullosos y poder pasar un verano tranquilo.

Últimamente mis padres me dicen que me ven más guapa y más feliz... más viva. Yo estoy segura de que es por Omaira, porque ella me hace feliz. Pero no les voy a contar eso. La verdad es que pensaba que llevaría peor eso de estar “saliendo” a escondidas con una chica. Con Omaira. Pero por el momento lo estoy llevando muy bien.

Me conformo con salir con Omaira a escondidas, pensar en Omaira a escondidas y querer a Omaira a escondidas. Y sé que nunca jamás de los jamases se lo contaré a nadie y será mi secreto para siempre.

Nunca me había sentido tan feliz por estar con alguien: tan querida, tan comprendida, tan cuidada. Nunca había estado con una persona con la que pudiese hablar de todo sin miedo a que me juzgara. Quiero decir, nuestra relación ya era muy buena antes, pero creía que, al besarnos, yodo se complicaría. Y ha pasado lo contrario. Nunca nos hemos comprendido mejor. Ahora nos comunicamos con solo una mirada, con solo un gesto, con solo un roce de dedos.

Aunque a veces me asusta estar con ella, porque lo que estamos haciendo está mal y me da miedo decepcionar a mis padres. Pero al mismo tiempo, ¿por qué tendría que decepcionarles por estar saliendo con Omaira? A ellos les gusta Omaira. Es una chica buena, inteligente, creativa y con aspiraciones. Les gusta lo feliz que soy ahora y lo viva que me siento. Mis padres siempre han confiado en Omaira para que me sacara de mi zona de confort, para que me impulsara a hacer aquellas cosas que me dan miedo. Ellos saben que si no fuera por ella no me habría apuntado a clases de ballet este verano, algo que siempre he querido hacer.

Omaira es perfecta. Es guapa. Tiene dinero. Conocen a sus padres. Omaira es inteligente. Omaira es trabajadora. A mis padres les gusta Omaira pero sé que les rompería el corazón si les dijera que la quiero, que estamos saliendo a escondidas, que quiero estar con ella para siempre. Porque es una chica. Y ya está.

Saber que estoy con ella les rompería el corazón.

FECHA: 9 DE AGOSTO

Omaira y yo hemos pasado un día precioso. Hemos ido a hacer un picnic en el bosque y hemos estado las dos solas, en mitad de la nada y me he sentido más feliz y más libre de lo que seguro me sentiré jamás. Si Omaira me hubiera dicho que nos escapáramos de Madariaga juntas, yo le habría dicho que sí, sin dudarlo.

FECHA: 1 DE SEPTIEMBRE

Todo se ha fastidiado. Llevo todo el día llorando en mi cama.

Estaba en la habitación con Omaira. Habíamos quedado para estudiar y acabamos tumbadas en la cama, besándonos. Nos estábamos abrazando, besándonos, acariciándonos.

No sé cuándo apareció mi madre, pero de pronto giré la cabeza y ahí estaba. Había abierto la puerta un poco y me estaba mirando con los ojos como platos, llenos de furia y, al mismo tiempo, repletos de lágrimas. Nunca la había visto así. Omaira se apartó, se incorporó, y ambas nos quedamos mirando a mi madre, petrificadas. Pasamos así una eternidad. Omaira me cogió de la mano.

Después llegaron los gritos. Mamá gritó. Estaba enfurecida, triste y decepcionada. Se acercó a nosotras y me agarró, apartándome de Omaira. Omaira se levantó de la cama. Mamá dijo que no toleraría que volviéramos a vernos y le echó la culpa a Omaira, diciendo que seguro que ella se quería aprovechar de mí y que yo me había dejado llevar. Le gritó que no se atreviera a aparecer por casa nunca más o se lo contaría a sus padres. La echó y después se quedó un largo rato mirándome, con los ojos aún llenos de lágrimas. Yo pude ver a través de ella lo avergonzada que se sentía, lo decepcionada, lo triste y lo furiosa que estaba.

Me dijo que no se lo contaría a papá porque eso sería mucho peor. Y después me dijo que volviera a mi habitación y que no saliera en el resto de la tarde, que ella necesitaba serenarse un poco. Yo no podía dejar de pensar en que Omaira se había ido para siempre.

En unos días empiezan las clases y yo he pasado el día metida en la cama, llorando. Mamá le ha dicho a papá que estoy enferma. Quizás lo piense de verdad, que estoy enferma.

Llevo todo el día llorando y no sé por qué siento la necesidad de pedirle perdón a mi madre.

NOCHE DOS (SEGUNDA PARTE)

Dentro del cuaderno, encuentro también una serie de notas escritas por Omaira.

PRIMERA NOTA:

Espero que todo vaya mejor en casa.

SEGUNDA NOTA:

Sabes que no hemos hecho nada malo, ¿verdad?

NOTA TRES:

No hace falta que vengas, pero que sepas que estaré junto al árbol a las cinco, después de la academia.

NOTA CUATRO:

Hoy llevabas unas trenzas preciosas y sé que me has sonreído cuando te he sonreído, aunque luego hayas agachado la cabeza muy rápido.

Cuando acabo de leer, mi taza de té se ha quedado fría y me siento triste y ni si quiera sé por qué. No podría sentirme más identificada con mi madre, con la Priscila de quince años que solo quiere hacer las cosas bien. Esa Priscila que quiere ser feliz pero que no lo consigue.

Agarradas al té, mis manos también se han quedado heladas y siento unas inmensas ganas de llorar. Quiero llorar durante tres días y tres noches. Estar en esta casa se ha convertido en una pesadilla que está durando demasiado tiempo. No sé qué hago aquí, leyendo este diario. No estoy haciendo nada. No sé por qué intento arreglar las cosas cuando ya es demasiado tarde.

Tendría que haber ayudado a mamá. Tendría que haber estado con ella. Tendría que haberle pedido ayuda.

Estoy harta de hacerlo todo mal, harta de que todo sea culpa mía y harta de no ser capaz de enfrentarme a mis problemas. Debería haber hablado con mamá antes. Debería responder a las llamadas de Julio. Debería decirle que no quiero estar con él, que lo siento. Y si no quiero estar con él, ¿por qué se

lo he contado? ¿Por qué tuve que contárselo?

Soy incapaz de hacer las cosas bien. Soy incapaz de abrir las ventanas de casa, descorrer las cortinas y subir las persianas. Estoy parada, congelada. ¿Por qué no puedo moverme?

Mi casa nunca me había parecido tan angustiosa, tan estrecha, tan llena de cosas que no tienen ningún sentido.

Me pongo de pie y respiro hondo. Me acerco a las ventanas, dispuesta a abrirlas y a subir las persianas para que entre algo de aire, y si el monstruo tiene que comerme, que lo haga. Pero entonces, cuando estoy delante de ellas, me doy cuenta de que hay alguien o algo detrás de mí. El monstruo no está fuera. Ha estado dentro durante todo este tiempo.

Me doy la vuelta. Es mi madre. O, al menos, lo que queda de ella. Una figura larguirucha y encorvada, con la piel de color gris, vistiendo una bata que recuerdo se ponía a veces cuando yo era pequeña. La cortina de cabello color rojo cae por encima de su cara, pero el pelo ha dejado de estar vivo. Está ahí, como los restos de algo muerto. Me está mirando. Me mira y va a abrir la boca. La abre muy, muy lentamente y su aliento huele a miedo, a oscuridad y a podredumbre. Su dedo esquelético se acerca a mí y yo trato de alejarme pero es imposible.

—Todo esto es culpa tuya —dice.

Yo rompo a llorar.

DÍA TRES

En algún momento de la noche conseguí dormirme. Lo sé porque soñé con cabezas pelirrojas y sin vida: la de mi bisabuela, la de mi abuela, la de mi madre, la mía y la de todas las mujeres que vendrán detrás de mí. Y no sé si la aparición de mi madre fue parte del sueño, pero me he despertado abrazada a su diario y con el té frío cerca de mí. Sigo teniendo la sensación de que esto va a acabar mal.

Decido darme una ducha, peinarme y cambiarme de ropa: una sudadera gris y unos vaqueros negros. Incluso me arreglo las cejas, me pinto los labios y me pongo algo de rímel. Después voy a la cocina, me preparo un té y cojo algunas galletas. Y ahí, tomándome el té en la cocina, consigo sentirme, aunque solo sea por unos instantes, como una persona normal. Alguien que no está encerrada en su casa y que no está huyendo de todo el mundo. Mi móvil se ha quedado sin batería así que lo pongo a cargar y después miro el reloj. Son las nueve y media de la mañana, y compruebo que todos los mensajes de Julio siguen ahí. No tengo tiempo para pensar en él, pero aun así lo hago.

No fue justo que Julio me dijera que lo único que sé hacer es huir y que por eso no consigo mantener ninguna relación. No me merecía esas palabras y me sentí muy mal después de que me las dijera. Me dejó pensando en que todo había sido culpa mía. Como si fuera mi culpa que lo nuestro no funcionara, que no pudiera confiar en él, que tuviera que marcharme. No es justo que me culpe por irme cuando quedarme me hace daño.

Sonrío. Quizás mamá decidió huir por eso, porque quedarse le hacía daño.

Me asusta muchísimo pensar en lo parecidas que somos. Dos gotas de agua. La misma persona. La misma historia que vuelve a empezar una y otra vez.

Siento que conozco a mi madre, pero al mismo tiempo no la conozco en absoluto. Siento que estamos conectadas, que somos lo mismo, pero aún me quedan demasiadas cosas de ella por descubrir. Y supongo que las respuestas están aquí: en el inventario y en su diario. Y, cuando tenga las respuestas, la encontraré y hablaré con ella.

INVENTARIO

- *Zapatos de bebé. Dos cajas enteras llenas de diminutos zapatitos de bebé.*
- *Calcetines de bebé, medias, pañales doblados con cuidado. Vestidos de color rosa y de color turquesa.*
- *Pantaloncitos amarillos, pantaloncitos verdes, pantaloncitos de bebé de todos los colores. Una caja entera. Llena*
- *45 chupetes sin usar, de distintos colores y tamaños.*

Estoy llorando.

Mi madre lo sabía todo desde el principio. Sabía que, del mismo modo que su vida estaba escrita, mi vida lo estaría también. Una relación fracasada con su madre, unos estudios fracasados, una relación con un chico por el que no sientes demasiado, un trabajo mal pagado, una hija antes de la edad en la que deberías tenerla. Una hija pelirroja y cuyo nombre comenzará por P: Paula, Paulina, Patricia, Pamela, Pilar, Petra... Una hija pelirroja cuyo nombre comenzará por P y que será tan callada como tú, tan tímida como tú, tan cabizbaja como tú. Triste.

¿Cómo se puede vivir cuando tu vida ya está escrita?

Me pongo de pie y me acerco a la ventana que ha permanecido cerrada durante años. Subo las persianas, descorro las cortinas y la abro. Esto es lo más valiente que he hecho nunca. Respiro.

Cierro los ojos y escucho la vida que hay fuera. El tráfico. El sonido de los coches en la carretera y las madres cruzando el paso de cebrá para acompañar a sus hijos a la escuela. Los niños gritando, corriendo, chillando. Las conversaciones. El barrendero limpiando las hojas que hay en la acera.

El mundo está lleno de vida. Hay vida más allá de mi casa y yo me la estoy perdiendo. Mamá y yo nos la hemos perdido desde siempre, por miedo a que un monstruo entrara por la ventana y nos comiera mientras dormíamos. Pero sigo estando demasiado asustada como para bajar, como para salir.

Ojalá mi madre estuviera aquí, conmigo. Me gritaría, me empujaría, me diría que estoy loca y cerraría la ventana corriendo. Yo me quedaría quieta, mirándola bajar la persiana. Después me pediría perdón y me recordaría que no puedo abrir la ventana porque, de hacerlo, algo horrible podría entrar. Algo horrible nos podría matar a las dos y ella no soportaría que me pasase algo malo.

Ojalá mi madre estuviera aquí. Ojalá pudiera contarle lo que me ha pasado, lo que me está pasando. Ojalá me diera fuerzas para llamar a Julio y para solucionarlo todo. Pero mamá no está: ha desaparecido y yo no sé dónde encontrarla.

Me alejo de la ventana y doy un par de vueltas por la habitación. Quiero verla. Cojo el diario que se ha quedado en el suelo y me siento con él en el regazo.

Voy a empezar a leer.

DIARIO DE PRISCILA
SEGUNDA PARTE

FECHA: 14 DE FEBRERO

Mi dieciséis cumpleaños

Como cada año por mi cumpleaños, la casa está llena de gente que no me importa. Amigos de mis padres, hijos de amigos de mis padres, compañeros del trabajo y sus hijos y sus sobrinos, personas a las que necesitan caer bien. También están mis primas de la ciudad, que llegan con sus pantalones pitillo y me hablan de todos los chicos con los que han estado durante el curso. Hay muchos familiares que me dan regalos que no quiero. También unos pocos compañeros de clase o vecinos de mi edad que fingen ser mis amigos pero que siempre me ignoran. No sé por qué les juzgo, yo también finjo todo el tiempo.

Soy incapaz de hacer algo para salir de este círculo vicioso de mentiras. Sigo esperando a que venga alguien, con una brillante armadura y me saque de este horrible castillo encantado. Esta casa está encantada: llena de fantasmas, de palabras susurradas, de mentiras y de llantos sin dueño que se escuchan a medianoche. Y aunque en algún momento llegué a pensar que podría librarme de mi destino, ahora sé que no es así. Que estoy tan dentro de la casa encantada que jamás podré salir. Me convertiré en parte del decorado, una foto más: “Esta es mi hija Priscila. Y ésta es su hija. Y ésta es la hija de su hija”. Seré una foto más de esa colección de fotos de mujeres pelirrojas, con el pelo lacio y la mirada cansada. Es demasiado tarde.

Lo más interesante de la noche fue cuando papá preguntó, inocentemente, por qué Omaira no había venido a la fiesta.

Yo me puse roja y mi madre me dedicó una mirada asesina. Papá seguía sin saber nada de lo de Omaira y por el bien de todas es mejor que siga así.

—No, ha llamado hoy muy apenada diciendo que no podía venir. Tenía otros compromisos, me temo. ¿Verdad que sí, Priscila? —dijo mamá, mirándome.

—Eh... sí. Lo siente mucho pero tenía cosas que hacer. Pero no importa, ella y yo ya hemos celebrado el cumpleaños en privado...Os manda

recuerdos —dije yo.

Esa fue mi primera y única victoria del día.

—Dale recuerdos, cielo. Llevamos mucho tiempo sin verla y es una pena. Es una chica encantadora.

Mi madre se puso roja.

—Sí que lo es —dije yo.

—Pero quien sí ha venido es Jaime —dijo mamá—. Está ahí.

—Oh, sí, Jaime. Jaime es un buen chico, deberías ir a saludarle, Priscila, cielo —dijo papá.

—Sí, desde luego tendrías que ir a saludarle. ¿No crees, hija? —.La voz de mi madre sonó como un siseo dentro de mi cabeza.

Me tocó ir a saludar a Jaime y me di cuenta de que no había nada en mi vida que no formara parte del plan de mi madre.

Jaime se había vestido con una camisa de color azul con el cuello un poco mal colocado y el pelo negro, normalmente rizado, alisado y tirado hacia atrás con gomina. Sospecho que se había colocado el cuello mal a propósito, para que yo pudiera ponérselo bien.

Jaime es un compañero de clase, sus padres son muy amigos de los míos y en las últimas semanas hemos pasado muchísimo tiempo juntos (seguro que por culpa de mi madre, que está intentando curarme el lesbianismo a base de juntarme con hombres). Pero no me importa que todo sea culpa de mi madre. Jaime me cae bien. Es guapo, inteligente y buena persona. Y jamás me haría daño.

Cuando fui a saludarle, le puse bien el cuello de la camisa. Mientras lo hacía, mientras estaba con él, podía verme a mí misma en la lejanía, como si estuviera viendo la escena de una película en la que la protagonista está conociendo al futuro padre de sus hijos.

—Feliz cumpleaños, princesa —me dijo Jaime, con una media sonrisa.

Y yo me puse roja y traté de no pensar en ese escalofrío que me había recorrido la espina dorsal. Jaime me llamaba princesa todo el tiempo, aunque sabía que no me gustaba que lo hiciera. “Hola princesa, ¿te apetece que me

pase por tu casa esta noche?”. “Hola princesa, esta noche he soñado contigo”. “Hola princesa, ¿otra vez pensando en mí?”.

Jaime me agarró por la cintura. Yo sabía que, en algún lugar de la sala, mi madre nos estaba observando desde la lejanía y sonriendo. Contuve las ganas de llorar. Todo era falso.

—Te he traído un regalo —dijo. Jaime llevaba una cajita de color negro en la mano, forrada de seda y con el nombre de una marca de joyas muy cara.

—Gírate, es una sorpresa.

Y se colocó a mi espalda. Me apartó el cabello del cuello y se me puso la piel de gallina. Jaime me enganchó el colgante y volvió delante de mí para poder ver mi reacción. Era una P de plata: el regalo más impersonal del mundo.

—¿Te gusta?

—Es una P de... ¿Priscila? —pregunté.

—Claro. No va a ser una P de puerta.

Me sonrojé.

—Muchas gracias, Jaime. Es muy bonito. Ha sido todo un detalle.

Se quedó mirándome con esos preciosos ojos verdes brillantes y esa media sonrisa. Estaba esperando algo. Él me había hecho un regalo y ahora esperaba su recompensa. Así funcionaban las cosas.

Me acerqué y le di un beso rápido en la mejilla.

Sí que había celebrado mi cumpleaños con Omaira. Nunca dejo de pensar en ella, ni cuando estoy con Jaime. Y ahora, por culpa del colgante, siento que llevo mi delito colgando del cuello. Omaira me había regalado una cinta para el pelo de color amarillo, mi color favorito. Lo había hecho porque decía que siempre tenía greñas en la cara y estaba todo el tiempo apartándomelas.

Omaira y yo seguimos pasando juntas todo el tiempo que podemos. Cada vez que digo que voy a clases de piano me voy con ella a nuestro lugar secreto, debajo del árbol. Ahí estamos solas, hablando, dándonos la mano,

besándonos. Durante unos meses ha funcionado y ambas estamos contentas de poder seguir teniéndonos la una a la otra, aunque sea un poco. Pero ambas somos conscientes de que en algún momento se acabará.

FECHA: 3 DE JULIO

Hoy he invitado a Jaime a mi habitación y nos hemos besado. No sé por qué le doy tanta importancia si con él he llegado tan lejos como llegué con Omaira. Pero se la estoy dando, porque cada vez estoy más cerca de él y más lejos de Omaira. No sé cuánto tiempo voy a poder seguir con esto.

Papá estaba trabajando y mamá se había ido a hacer unos recados. Jaime y yo estábamos en mi habitación. Por las ventanas entraba una luz preciosa y por la radio estaban poniendo una de mis canciones favoritas. Estábamos estudiando química. Jaime estaba leyendo un libro y yo apuntaba algo en el cuaderno. Empecé a entonar la canción y Jaime me miró, sonriendo. Se acercó a mí, me quitó el bolígrafo que estaba utilizando y acercó su cara a la mía. Después miró la cadena del colgante que me había regalado y que yo no me había quitado, sonrió y me besó en la boca. Yo sentí un escalofrío y le devolví el beso. Seguimos besándonos.

—Ha sido difícil —dijo, de pronto.

—¿Qué? —pregunté.

—Que ha sido difícil robarte un primer beso —dijo, sonriendo. No me gustaron sus palabras, aunque fueran una broma. Pero sonreí y él volvió a besarme y yo le besé a él.

Me dejé caer encima de la cama, con la cabeza en la almohada y Jaime se tumbó a mi lado. Tenía unos ojos preciosos: verdes y enormes, siempre despiertos. Hoy llevaba el pelo rizado sin gomina. Le di otro beso porque me gustaba más su pelo así que engominado. Con el pelo engominado parecía un profesor o un amigo de mis padres. Así parecía más... de verdad.

Jaime me acarició la cara y me besó en la nariz.

—Es tu primera vez, ¿verdad? —preguntó.

—¿Qué?

—Que si es la primera vez que invitas a un chico a tu cama —repitió.

—Sí —dije. Porque era verdad. Porque era el primer chico al que invitaba a mi cama. Porque Omaira seguía sin contar. Porque Omaira era una chica.

Seguimos besándonos hasta que mis padres llegaron a casa.

Hoy he tenido una pesadilla horrible. Recorría un pasillo largo y oscuro, como el de mi casa. Todo el pasillo estaba lleno de cuadros con retratos de mujeres pelirrojas colgados en la pared. La primera era mi abuela, Penélope. Con su mirada seria, sus arrugas en la frente, sus labios finos que forman una línea recta y su cabello rojizo lleno de canas.

Después mi madre, Palmira. Con esos ojos azules que nadie más en la familia tiene, con esa sonrisa que en realidad no es más que una mueca, con los hombros tiesos y el cerebro planificando la vida de todo el mundo. En el tercer marco estaba yo, Priscila. Priscila, la de la mirada escurridiza. Priscila, que ilumina la habitación cuando sonrío. Priscila, con la cabeza llena de pájaros y la cara llena de pecas. Priscila, con el colgante de P que su futuro marido le regaló el día de su decimosexto cumpleaños.

Una P de princesa, una P de puta, una P de promiscua, una P de perdida. Porque eso es lo que supo desde el principio. Que estaba perdida, que estaba condenada a llevar la misma vida triste que su madre y que su abuela y que su bisabuela cuyo nombre también empezaba por P. Una vida programada, una vida sin emoción, con una hija y un marido a quien besar por las noches, cuando llegara del trabajo y la cena ya estuviera en la mesa. Y después de mi vendrá mi hija, cuyo nombre también empezará por P y será pelirroja y tendrá la cara llena de pecas como yo y los ojos verdes y las pestañas largas como su padre. Y esa hija cuyo nombre comenzará por P, tendrá otra hija que también será pelirroja y se llamará Paula, Pilar, Petra o Patricia. Y cada vez el pasillo se hará más largo y estará más lleno de fotos porque habrá más mujeres condenadas a seguir un guión que no les gusta, a fingir. Mujeres perdidas, como yo. Porque no hay ninguna manera de escapar.

No voy a conseguir escapar. Nunca.

Y ahora no puedo dejar de llorar.

FECHA: 1 DE SEPTIEMBRE

Hoy se ha acabado el verano y he ido a ver a Omaira a nuestro lugar secreto. Llevaba el pelo recogido en una cola de caballo y al verme me ha dado un beso en la mejilla. Sabía lo que le iba a decir porque ella siempre sabe qué pienso y qué siento con tan solo mirarme. Por eso me asusté tanto y deseé con fuerza salir corriendo. Pero no me fui, porque por nada del mundo deseaba hacer más daño a Omaira, más daño del que le estaba haciendo. Sabía que diciéndole lo que le iba a decir le destrozaría el corazón, pero antes de eso me lo iba a destrozar a mí también. No había ido a hablar con Omaira por Jaime. Iba por ella y también por mí. Porque no podía seguir engañándola.

Omaira se me quedó mirando y yo titubeé.

—Hazlo ya —dijo, con frialdad.

—Odio que me conozcas tan bien —murmuré.

Ella no respondió.

—No puedo seguir con esto —dije.

—¿No puedes o no quieres? —preguntó con dureza. Pensé que no iba a poder seguir.

—Omaira, ya lo sabes. Es imposible.

—Es por él, ¿verdad? Al final te ha comido la cabeza.

Tenía tantas ganas de llorar que apenas podía contenerme.

—Le quiero —dije. Y me sorprendió lo que ocurrió después. Los ojos de Omaira se llenaron de lágrimas. Nunca la había visto llorar.

—A mí nunca me has dicho que me quieres —dijo.

—Ya sabes lo que siento por ti.

Ni si quiera me miró.

—Pero al parecer no es suficiente —dijo—. No vuelvas a hablarme

nunca.

Yo no supe qué responder. No dije nada. La vi marchar, la seguí con la vista y, cuando se alejó, me quedé sola debajo del árbol.

DIARIO DE PRISCILA

TERCERA PARTE

FECHA: 14 DE FEBRERO

Mi diecisiete cumpleaños

Hoy es mi diecisiete cumpleaños. Jaime me ha regalado un brazalete y unos pendientes nuevos. Como cada año, la casa está llena de gente que no me importa. Gente que se acerca a mí y me saluda y me felicita y me dice que cada año estoy más guapa y que hoy estoy radiante. También le dan la mano a Jaime, que está a mi lado, y lo saludan como si hoy también fuera su cumpleaños, como si fuésemos un matrimonio de señores de cuarenta o cuarenta y cinco años o fuésemos la misma persona.

Hoy es mi cumpleaños y no he visto a Omaira en todo el día. Esta vez, ni mi padre ha preguntado por ella. Es evidente que ella me ha superado y ni si quiera me mira cuando me la encuentro por la calle. Se ha convertido en una mujer con las ideas muy claras y con un futuro prometedor. Se está convirtiendo en quien siempre había querido ser.

Ojalá pudiera escapar. Ojalá pudiera salir corriendo, con Omaira o sin ella, muy lejos de esta casa enorme y de esta maldición y de este pueblo. Tengo que irme, pero estoy atada de pies y manos.

Y estoy embarazada.

FECHA: 15 DE FEBRERO

He vuelto a tener ese sueño. El sueño en el que voy caminando por un pasillo larguísimo en el que cuelgan fotos de más mujeres como yo. Mi bisabuela, mi abuela, mi madre, yo y la niña. Porque sé que va a ser una niña. Y se llamará Paloma, soy capaz de verlo todo ahora mismo y lo único que puedo hacer es quedarme en silencio.

FECHA: 16 DE FEBRERO

Pensaba que, si pedía ayuda a Omaira, no me haría ni caso. Pero cuando nos hemos cruzado en el instituto y le he dicho que necesitaba ayuda, me ha respondido que podíamos vernos debajo del árbol, como antes.

He llegado al árbol y ella ya estaba ahí, observándome. Llevaba unos pantalones negros cortos, un jersey de color verde manzana y el cabello rubio recogido en una coleta. Yo estaba llorando y ella, al verme, me ha dado un abrazo. Ha hecho un esfuerzo por tranquilizarme y yo le he manchado el jersey de mocos y de babas.

—¿Qué pasa, Priscila? —preguntó, todavía abrazada a mí.

—Me voy a morir. No puedo seguir con esto...

—¿Qué pasa? Háblame, respira. ¿Qué ha pasado?

—Estoy embarazada —dije, con un susurro.

Omaira no dijo nada y siguió abrazándome.

—Yo... ya sabes lo que me pasará cuando mis padres se enteren. Me van a obligar a casarme con Jaime y no puedo hacerlo, no puedo hacerlo. No puedo casarme con él. Yo... le quiero pero tengo diecisiete años. No me puedo casar. No todavía. Y si mis padres descubren esto nos tendremos que casar. Me casaré, tendré el bebé y cuidaré de mi casa mientras cuido de mi marido y sigo teniendo hijos e hijas uno detrás de otro y no puedo hacerlo. No todavía.

Omaira me miró con los ojos muy brillantes y esbozó una diminuta media sonrisa. Yo también me quedé mirándola, con los ojos todavía llorosos y sonreí. Fue como si, de repente, por una fracción de segundo, volviéramos a ser Priscila y Omaira. Y estando con ella nada podía salir mal.

—¿Y si abortas? Tengo amigas que lo han hecho... no, no es imposible —dijo.

Eso me devolvió a la realidad. La palabra abortar era enorme y horrible.

Yo sabía que no podía hacerlo. Abortar era arriesgado, ilegal y valiente y yo era la persona más cobarde del mundo.

—No puedo hacerlo. Quiero tener el bebé. Quiero tenerlo —dije, mirándola a los ojos otra vez.

Omaira asintió.

—Vale. El bebé es de Jaime, ¿verdad? —preguntó.

Yo me puse roja hasta las cejas.

—Ya sabes que sí, O.

Ella se quedó pensando unos segundos, antes de volver a hablar.

—Pues tienes que decir a tus padres que el bebé no es suyo. Dile a Jaime que le has estado engañando, que llevas un año engañándole y que no puedes seguir con lo vuestro.

Rompí a llorar.

—Si le digo eso me matará —dije.

—No te matará, pero no querrá seguir contigo. Te odiará y se irá. Pero es el único modo de que no te casen con él. Tienes que hacerles creer, a él y a toda tu familia, que eres una adúltera. Te van a odiar y va a ser espantoso pero no te podrán casar con él. Y cuando nazca el bebé podrás irte, yo te ayudaré. Te podrás ir de Madariaga y empezar una nueva vida. Una vida mejor.

Yo seguía llorando. Omaira me apartó las lágrimas de los ojos.

—Todo va a salir bien —dijo—. Te lo prometo.

Yo la abracé de nuevo. Respiré del aroma de su camiseta y de su cabello. Omaira también me abrazó y me acarició el pelo con muchísimo cuidado. Fue como si volviéramos a tener quince años y como si volviéramos a pensar que lo nuestro podría funcionar.

Cuando me aparté de ella había conseguido dejar de llorar y estaba un poco más tranquila. Nos quedamos mirándonos, sin decir nada.

—Siempre había pensado que si alguna vez me escapaba de casa me iría contigo —dije.

Omaira sonrió y me dio un beso en la mejilla. Era un beso de despedida.

FECHA: 27 DE DICIEMBRE

Desde que dije a mis padres que el bebé no era de Jaime, ya ni si quiera me hablan y mamá viste de negro. Apenas salgo de casa y, a excepción de los esporádicos encuentros con Omaira, he pasado sola todo el embarazo.

Por eso hoy, cuando he traído a casa el bebé más bonito del mundo, el ambiente era el propio de un funeral.

He tomado una decisión. No estoy dispuesta a quedarme en casa. No voy a permitir que la niña crezca en un lugar así. La quiero más que a nada en el mundo, lo supe antes de verle la cara. La quise al instante y no voy a permitir que se quede en esta casa. Es la primera cosa mía, que he hecho yo, y lo único que voy a tener en toda mi vida. No voy a permitir que crezca en un lugar repleto de recuerdos que no le pertenecen.

Me iré tan pronto como cumpla los dieciocho. Las dos nos iremos. Las dos nos salvaremos.

NOCHE TRES

Mamá pensó que, si nos marchábamos las dos, nos salvaríamos. Pero no fue así. Al final, dejó su vida y a Omaira por mí y ninguna de las dos consiguió salvarse. Yo no fui suficiente para salvarla y estoy segura de que no dejó de pensar en Omaira en ningún momento. Es tan extraño haber leído el diario de mi madre... es como si hubiera echado un vistazo a su mente. Ahora no sé qué hacer con tanta información. ¿Qué hacer cuando descubres que tu madre renunció a la persona que más le importaba por ti?

Las lágrimas inundan mi cara y me doy cuenta de que ni si quiera estoy respirando. No sé cuánto tiempo llevo sin respirar. Estoy delante de la ventana de casa, abierta de par en par. El aire me está dando en la cara, haciendo un esfuerzo para darme vida ahora que me estoy ahogando. Tengo el diario en mis manos. Lo aprieto con fuerza cerca de mi corazón mientras intento seguir respirando. Cada vez hace más viento y soy consciente de que debería cerrar la ventana, porque los papeles que tengo detrás de mí se están volando. Pero estoy paralizada. Hago un esfuerzo por incorporarme, una ráfaga de viento me impulsa y el diario está a punto de salir volando. Lo aprieto más fuerte sobre mi pecho. Está lloviendo y el agua me golpea en la cara y siento que estoy en el ojo de un huracán. Pierdo la noción de mi misma, de mi cuerpo. En un esfuerzo titánico, consigo cerrar la ventana y caigo de espaldas contra el suelo, con el cuaderno todavía agarrado.

Respiro hondo. Me incorporo, me doy la vuelta y entonces la veo.

Es mi madre. Lleva una bata raída y el cabello pelirrojo cayendo sobre sus hombros. Parece que ha muerto, que murió hace mucho tiempo y ahora me está mirando para llevarme con ella. Sabe que si me mata ahora, quizás se acabe la maldición. La maldición que ha destrozado a todas las mujeres de mi familia.

Mi madre no me dice nada, porque ella nunca dice nada. Sé que estoy soñando pero estoy tan enfadada que me siento fuera de mí. Estoy sintiendo toda la furia del mundo, todos los sentimientos del mundo y ella sigue ahí, impasible. Sé que estoy soñando, pero está ahí, y sé qué me va a decir antes de que lo diga.

—Has abierto la ventana —su voz suena fuera de ella, como si estuviese en otra dimensión, como si en realidad estuviera sonando dentro de mi cabeza.

Grito. La empujo y ella se aparta. Yo no puedo hacer daño a mi madre. Empujo con fuerza la montaña de cajas y chocan contra el suelo, destrozándose. Sigo gritando. Grito con más fuerza, sin pensar en mis vecinas. Seguro que ellas piensan que ya es demasiado tarde para mí también. Grito y lloro al mismo tiempo y destrozo las cajas y destrozo todo lo que encuentro a mi paso. Todo excepto el diario. Pego patadas y golpes al aire y sigo gritando.

Acabo. Ya no hay nada más que destrozar y mi madre me sigue mirando.

—¿Por qué estás gritando? —pregunta, con esa voz tan fuerte, tan extraña, que viene desde dentro y no desde fuera.

—iiii ESTOY GRITANDO PORQUE ESTOY ENFADADA!!!!

Y entonces mi madre desaparece.

Cuando me despierto, me encuentro tumbada en el suelo, en posición fetal y abrazada al cuaderno. Estoy empapada por mis lágrimas y por la lluvia, porque al parecer no he cerrado la ventana.

Me levanto con cuidado y, temblando, cierro la ventana. En el resto del mundo sigue siendo de noche.

No he destrozado nada, las cajas del inventario siguen intactas. Al parecer, mi madre nunca ha estado aquí.

Pero yo sí. Yo sí que estoy aquí.

Y voy a encontrarla.

Cojo las llaves, me pongo un abrigo y salgo de casa.

Ya sé dónde está mamá.

DESPUÉS

Pasan varias horas hasta que llega un autobús a la parada.

A pesar de que se me ha quedado el culo plano, de que tengo hambre y frío y que he tenido que aguantar un montón de burradas de hombres que han pasado por mi lado, estoy bien. Estoy fuera de casa. Estoy viva. Llevo a las Priscila y Omaira adolescentes conmigo y voy a encontrar a mi madre.

Apenas son las seis de la mañana cuando me subo al autobús que me llevará a Madariaga. Durante la hora de trayecto, no he dejado de repetir mi plan: encontrar a Omaira. Ese es el único plan. Si la encuentro, ella me dirá dónde está mamá y podré volver a casa con ella.

Todo saldrá bien.

Madariaga me recibe amaneciendo y cuando me bajo del autobús apenas hay nadie en las calles. Me imagino a mamá caminando por aquí cuando era niña y el aire huele diferente, como si no estuviera en el mundo real sino dentro de una historia. Apenas llevo cinco euros en el bolsillo y a mi teléfono le queda un cuarenta por ciento de batería, pero sé que voy a estar bien. Camino por las calles con las manos en los bolsillos, viendo como abren los comercios y a un grupo de barrenderos limpiando las aceras.

El olor de las panaderías recién abiertas se cuele en mis fosas nasales. Decido entrar en una y comprar dos ensaimadas: una para mamá y otra para mí. De pronto me apetece la idea de desayunar con ella.

El móvil me vibra con el primer mensaje de la mañana y el corazón me da un vuelco. No sé por qué sigo reaccionando así a la llegada de mensajes de Julio. Ya debería estar acostumbrada a ellos. Cojo el móvil. Son las siete y media de la mañana. Entro en el chat con Julio y leo su último WhatsApp.

¿Crees que puedes esconderte para siempre?

Me quedo unos segundos leyendo el mensaje, pensando en responder. Julio debe ver que estoy en línea, porque enseguida me llegan dos mensajes más.

Necesito verte. Hoy.

Te quiero.

Pongo los ojos en blanco y, tras pensar unos segundos en qué decir, le respondo.

Podemos hablar mañana. Pero hemos roto. No voy a volver contigo.

Envío el mensaje y espero que llegue pronto. Guardo el teléfono en el bolsillo, entro en la panadería y compro las dos ensaimadas. La dependienta me dedica una larga sonrisa y me regala una tercera por haber sido la primera cliente del día. Es un detalle que me hace ilusión.

Todo va a salir bien.

Lo único que he de hacer es seguir caminando. Tengo todo el tiempo del mundo para resolver mis problemas.

La casa de Omaira es tal como la imaginaba. Es una casa enorme, protegida por una verja pintada de blanco, con las ventanas grandes, flores colgando de las paredes y el césped bien cortado. Es igual a cómo la imaginaba y, antes de acercarme a ella, estoy a punto de salir corriendo. ¿Y si nuestro encuentro no es como imagino? ¿Y si me decepciona? ¿Y si la decepciono? ¿Y si no quiere verme? Al fin y al cabo, si mamá y ella no pudieron estar juntas fue por mi culpa. ¿Y si no sabe dónde está mi madre? No, eso seguro que no es. Estoy segura de que mi madre está con ella. De eso estoy segurísima.

Pero estoy tan asustada...

Llamo al timbre pero nadie me responde. Vuelvo a llamar, una, dos y tres veces más. Quizás están durmiendo. La casa parece vacía.

¿He venido a aquí para nada?

Me aparto de la casa y sigo caminando, frustrada. Entonces me encuentro con una casa tan grande y majestuosa como la de Omaira. Sé de quién es antes de ver la placa en la que aparece el nombre de los dueños.

JUAN Y PALMIRA PIEDRA. Me quedo paralizada frente a la puerta. ¿Qué hago? He venido aquí para encontrar a mi madre y no me voy a ir de aquí hasta que no lo haga. Mi abuela sabrá dónde está, ¿no?

Así que llamo al timbre y espero que alguien me abra la puerta. Unos minutos más tarde, una mujer abre. Va vestida con una bata y lleva el cabello pelirrojo recogido en un moño. No me ve.

—¿Quién es? —pregunta. Su voz suena diferente a cómo la imaginaba.

No respondo, no le voy a decir quién soy. Me pregunto cómo reaccionará al verme, porque hasta este momento no me había preocupado por lo ridícula que debo parecer. Voy vestida con unos pantalones negros, zapatillas de deporte y una sudadera color gris oscuro con un imperdible del que una vez colgó algo. Mis ojeras ocupan toda la cara y mi pelo está sucio y recogido en una coleta mal hecha. Se nota que llevo tres días sin dormir.

Abre la puerta y, en cuanto me ve, sus ojos se llenan de lágrimas. Pero sé

que no quiere que la vea llorar, así que gira un poco la cara, respira hondo y recupera la compostura.

—¡Paloma!

—Hola... Abuela —resulta tan extraño decirlo...

—¡Dios mío! ¡Cielo! No esperaba tu visita... ¿Qué haces aquí?

—Yo, bueno... he venido a ver a mi madre.

Ella me dirige una mirada que no consigo descifrar.

—Sí, claro. Pero no te quedes fuera cariño. Debes estar muriéndote de frío. Esta noche ha sido horrible. Ha llovido muchísimo. Pensaba que el tejado se iba a venir abajo. Juan está trabajando. Seguro que tiene muchísimas ganas de verte. Ven, pasa, nos tomaremos un té y después iremos a ver a tu madre. ¿Te parece bien?

—De acuerdo —digo.

Estoy temblando cuando cruzo la puerta y Palmira se da cuenta, aunque no me diga nada. Lleva diecisiete años sin verme y actúa como si nuestra relación fuese perfecta normal. Supongo que en esta familia a todas se nos da bien fingir. Yo no voy a echarle las cosas en cara, ni a juzgarla. Yo solo quiero que me diga dónde está mamá.

Ahora entiendo lo que decía mi madre sobre que en su casa había fantasmas. Es algo que se nota con tan solo entrar. El frío, el silencio, las fotografías colgadas en las paredes... me encuentro con una hilera de retratos de mujeres pelirrojas con miradas perdidas y también un pequeño marco en el que salgo yo de bebé. Sigo a Palmira hasta llegar al salón de la casa y me siento en una de las butacas. Ella se va a la cocina para preparar una taza de té.

Yo me quedo quieta, observándome la punta de los pies, pensando en lo ridícula, lo desesperada y lo perdida que debo parecer. Pienso en mamá y en todos los recuerdos que habrá en esa casa. Pienso que quiero verla.

Palmira me sirve un té. Le doy un sorbo mientras ella me recorre con la mirada y decido ir al grano.

—¿Ha hablado con mi madre?

—No, cielo, no he hablado con ella. Pero sé dónde está. Ella, bueno, tuvo un ataque de ansiedad cuando ocurrió y ahora está ingresada en el hospital. Pero estará bien enseguida y se podrá ir contigo. Ha estado muy estresada con lo de... Omaira. Pasó más de una semana en el hospital con ella... no salió de ahí.

Palmira se queda unos instantes en silencio y niega con la cabeza.

—Comprendo que siga enfadada pero... ha pasado mucho tiempo —dice.

Da un largo sorbo a su té y se queda mirándome.

—Lo siento muchísimo —dice. Y sé que lo dice de corazón.

—¿Cuánto tiempo ha pasado en el pueblo? —pregunto.

—Un par de semanas. Te llevaré con ella. Priscila... en cuanto se enteró vino corriendo al hospital.

—¿De qué se enteró? —pregunto.

—¿Qué? ¿No lo sabes? Omaira... Sabes quién es Omaira, ¿verdad, cielo?

Noto como las mejillas se le ponen rojas. Dieciocho años más tarde, sigue siendo un tema tabú en la familia.

—Sé quién es. ¿Qué le pasa a Omaira?

—Estaba enferma. Muy enferma. De cáncer. Falleció... Falleció hace un par de días. Tu madre estuvo con ella todo el tiempo.

No digo nada. Doy un nuevo sorbo a mi té, parpadeo un par de veces y trato de mantener la compostura.

—¿Puede llevarme a verla? A mi madre —digo.

—Claro. Acábate el té primero.

Omaira ha muerto.

¿Qué se supone que voy a hacer ahora? Omaira ha muerto y yo estoy de camino al hospital a ver a mi madre. Palmira me está llevando a verla. Mi madre está bien, pero ingresada. Llevo muchísimo tiempo sin verla y ni siquiera sé cómo reaccionaremos cuando nos encontremos. Omaira ha muerto. Mierda. Mierda. Mierda. Omaira está muerta.

Durante el camino al hospital, Palmira y yo apenas intercambiamos un par de palabras.

—Cielo —dice, de repente—. Quizás podríamos vernos cuando todo esto acabe. Tengo muchas ganas de arreglarlo todo con tu madre. Sé que lo he hecho todo mal, pero espero que me perdone. Me gustaría poder conocerte, Paloma. Pareces ser una niña lindísima, buena e inteligente y... lo siento muchísimo.

Palmira está a punto de romper a llorar. Soy consciente. Pero ante todo es una mujer seria y formal y debe mantener la compostura. No llorará. Al menos no delante de nadie. El orgullo también debe ser cosa de familia.

—Lo siento mucho, Paloma. De verdad —repite.

Yo asiento.

—No te odio. De verdad. Nunca te he odiado. Y cuando todo esto acabe espero que podamos vernos algún día.

Veo cómo sonrío en el espejo. Está sonriendo mientras las lágrimas se deslizan por sus mejillas. Sé lo que siente. Le duele lo que ha pasado y a mí me duele también. Tengo, a flor de piel, las heridas de algo que no me ha sucedido.

Media hora más tarde llegamos al garaje del hospital municipal. Mamá está ingresada en el tercer piso, en la planta de psiquiatría. Bajamos del coche y Palmira se queda unos segundos mirándome. Con cuidado, me pone bien el gorro que me ha regalado y la bufanda que también me ha obligado a ponerme. Sabía que estaba pasando frío. Me mira a los ojos y me da un beso

en la frente.

Después cogemos el ascensor.

—Puedes ir sola, cielo. Nos veremos después, estaré esperándote en la cafetería por si necesitas algo —dice.

Yo asiento, aunque en realidad desearía que viniera conmigo. No sé si estoy preparada. Palmira me dice en qué habitación está mi madre. Insiste en que puedo ir sola, que no me preocupe, que nos veremos después. Yo casi desearía que me acompañara. Ya he pensado en esto varias veces durante los últimos días, pero nunca he estado tan asustada. Llego a la habitación 303. Mi madre está ahí. La puedo ver por la ventana redonda de la habitación. Lleva una bata de hospital y está tapada con una manta. Parece una niña pequeña y la veo tan triste que siento ganas de llorar.

Mi madre me ve, sé que me ha visto. Respiro hondo y cruzo la puerta.

En la mesita, al lado de la cama, hay un cactus diminuto. Contengo las lágrimas. Me acerco a ella.

—Paloma —dice, con las lágrimas cayendo por sus mejillas—. Lo siento muchísimo, cariño. Lo siento muchísimo.

Me siento a su lado y la abrazo.

—Yo también lo siento mucho, mamá —digo.

—Tenía que ir a verla, tendría que habértelo dicho pero de veras tenía que ir a verla.

—Ya lo sé —digo—. No te preocupes.

—¿Cómo me has encontrado? ¿Cómo has sabido de Omaira? —pregunta.

Yo suspiro y saco el cuaderno. Mamá se queda unos segundos mirándolo y sonrío.

—Lo siento—me apresuro a decir—. Lo encontré y lo leí.

—No te preocupes, cielo. No has hecho nada malo.

Sonrío y ella sonrío también.

—Mamá, también te he traído esto —saco la bolsa de papel de la panadería—. He comprado unas ensaimadas en la panadería, pensé que te

haría ilusión.

Mi madre vuelve a sonreír.

—Y siento que no pudiera ser —digo— lo vuestro. Ojalá hubieras podido estar con ella. Ojalá las cosas hubieran sido diferentes. Y siento muchísimo que haya fallecido.

—Oh, cielo —.Mi madre niega con la cabeza—. Yo no desearía que las cosas fueran diferentes, Paloma. Si hubieran sido diferentes... no estarías tú, cariño. Y eres lo más bonito que me ha pasado en la vida —. Respira hondo antes de seguir hablando—. Siento mucho no haber hecho las cosas bien, pero ahora voy a ser mejor. Voy a curarme. Las dos estaremos bien.

Rompo a llorar.

—Y al final —dice después— pude verla, pude estar con Omaira. Estuvo bien durante unos días y pudimos compartir tres días enteros. Tres días y tres noches.

Ambas estamos llorando. Miro por encima de su hombro y veo el cactus apoyado en la mesita de noche. Es como si me dijera que las dos vamos a estar bien.

Rompo a llorar con más intensidad.

Voy a decírselo.

Tengo que decírselo.

—¿Pasa algo, cielo? —pregunta.

—Lo siento mucho... —digo.

—No tienes nada que sentir, Paloma.

La abrazo.

—Mamá... mamá. Yo... estoy embarazada. Estoy embarazada de seis semanas.

Mi madre no me dice nada. Me abraza con fuerza y me besa en la frente, como hacía cuando era pequeña y me deseaba las buenas noches.

Me giro y veo a mi abuela, que está al otro lado de la puerta. Desearía entrar, pero se conforma con mirarnos. Mi madre me abraza con muchísima

fuerza, como si no me fuera a soltar nunca.

—Todo va a salir bien —dice, con un susurro pegado a mi oído.

Yo lo sé.

Cierro los ojos e imagino todas esas cabezas pelirrojas que han existido desde siempre y que no dejan de multiplicarse una y otra vez.

No existen las maldiciones.

AMNESIA

Los monstruos existen y los fantasmas también. Están dentro de nosotros y a veces ellos ganan.

Stephen King

CAPÍTULO UNO: NOELLE

El diccionario aporta dos definiciones de la palabra miedo: <<Perturbación angustiosa del ánimo por un riesgo real o imaginario>> y <<Recelo o aprensión de alguien a que le suceda lo contrario a lo que desea>>.

A Noelle no le gustan demasiado los libros pero, en una ocasión, pasó la noche en vela leyendo el diccionario de principio a fin. Se quedó parada en esta entrada y la leyó una y otra vez, memorizando las palabras que describían algo que nunca había sentido.

Ella siempre se había considerado valiente y fuerte, pero ahora se siente débil y una auténtica cobarde. El miedo se ha hecho con el control de su vida. Le da miedo ir al instituto, le da miedo salir con sus amigos y le aterra saludar a sus vecinos cuando se los encuentra por la calle. Le da miedo salir de casa pero también le da miedo quedarse en ella. Le da miedo descolgar el teléfono cada vez que suena, le da miedo hablar con su padre e incluso le da miedo acariciar a su perro. Ahora mismo no hay nada ni nadie que consiga que se sienta segura. Desde que ocurrió, solamente quiere estar sola, aunque en realidad no quiera estarlo.

Es el día del velatorio y Noelle ya está preparada para asistir. Se ha puesto un vestido negro que le queda pequeño y le aprieta los brazos, las únicas medias sin carreras que ha encontrado y unos botines de altísimos tacones. No se atreve a mirarse en el espejo: sabe que está horrible. Se pregunta si la gente verá lo mismo que ve ella cuando se ve reflejada en el espejo. Se pregunta si la gente verá lo fea que es, lo hinchados que tiene los ojos y lo asustada que está. Noelle odia su cara, odia su mente y se odia a sí misma. Ni si quiera es capaz de reconocerse. No es más que una niña pequeña, tonta y asustadiza.

Aún se pregunta cómo ha acabado así. Es consciente de todo lo que ha hecho, de los pasos y los sucesos que la han llevado a su situación actual. Pero le sigue pareciendo irreal, un sinsentido. Siente que no es más que una espectadora, como si ésa no fuese ella, como si ésa no fuese su vida. Se ha dividido en dos personas: la Noelle de antes y la Noelle de ahora. Y la de antes está a avergonzada.

Noelle era guapa, divertida e inteligente. Era feliz. Era popular, tenía un futuro prometedor, un padre que la adoraba y los mejores amigos del mundo. ¿Y ahora qué tiene? Sigue siendo popular, pero dejará de serlo cuando todos descubran su secreto. Y nunca volverá a verse guapa. Respecto al futuro prometedor, ¡ja!, probablemente acabará en la cárcel. Su padre la odiará cuando sepa lo que ha hecho. ¿Y sus amigos? Ahora ni si quiera puede mirarlos a la cara. Ellos también son culpables de su situación.

Toc-toc. Escucha los nudillos de su padre golpeando la puerta con suavidad, avisándola de que quiere entrar. A veces, Noelle desea decirle la verdad. Confesárselo todo y rezar para que la perdone. Pero luego piensa que esa sería la opción cobarde. Tiene que solucionar sus problemas a solas. Además, no es como cuando hacía una travesura, rompía algo o sacaba una mala nota. No. Si su padre se entera de lo que ha hecho, no volverá a quererla nunca.

—Pasa —dice Noelle y después se queda quieta, observando como se abre la puerta.

Su padre va vestido con un traje negro y se ha intentado peinar lo mejor que ha podido. Tiene la corbata mal anudada. Ella podría ayudarle, pero no se atreve a acercarse a él.

Su padre siempre ha sido un hombre guapo, alto y fuerte. Llamaba la atención por su cabello rubio y sus profundos ojos azules. Cuando Noelle era pequeña, sus compañeras solían comentar que parecía un actor de Hollywood. Ahora es como si hubiese envejecido veinte años de golpe. Tiene el pelo lacio y canoso. Sus ojos están rojos y cansados. Ya no huele a la colonia de lavanda con la que antes rociaba su ropa cada mañana; ya no huele a nada. Está claro que la situación le está superando.

El hombre va a decir algo cuando observa que los nudillos de su hija están rojos. Se acerca y le toma las manos con delicadeza. Contiene la respiración. Sus nudillos están llenos de cortes que aún siguen sangrando.

El padre observa la habitación. Las paredes naranjas y repletas de fotografías en las que su hija posa sonriente. Un escritorio desordenado, lleno de apuntes. La cama deshecha. El paisaje normal de la adolescencia. Pero entonces repara en un espejo que Noelle ha intentado esconder: está cubierto

de grietas que dibujan una tela de araña sobre el cristal.

El hombre mira a su hija, asombrado.

—Noelle, cielo, ¿qué ha pasado? —pregunta el hombre.

—Yo... Todo esto me está superando... Me siento triste y enfadada —. La chica hace una pausa antes de continuar, como si estuviera recitando un fragmento de un manual de psicología—. Solo quería desahogarme. Romper algo. Y el espejo era lo que tenía más cerca.

A Noelle le tiembla un poco la voz. Como siempre, lo que ha dicho no es verdad. Tan solo un montón de mentiras cuidadosamente ordenadas. Sabe que su padre la creerá. El hombre la abraza con dulzura.

La chica suspira, tiene tanto miedo... El hombre la abraza con más fuerza y, por un momento, Noelle cree que todo va a salir bien. Aferrada a los brazos de su padre, se topa con su reflejo en el espejo roto. Y eso la devuelve a la realidad. ¡Su rostro está cubierto de barro! Una película marrón, espesa y pegajosa. El barro le cubre la cara, el cuello e incluso las puntas de su cabello.

Empieza a hiperventilar. Aparta la mirada de sí misma y se toca la mejilla. Está limpia y tersa.

—Tranquila, cielo —susurra el hombre—. Ya hablaremos de esto cuando volvamos. Mónica y su madre nos están esperando bajo.

—Claro, enseguida estaré lista —dice—. Estoy bien—añade.

Noelle desearía no salir de su habitación: meterse en la cama y quedarse ahí hasta que la verdad saliera a la luz. Pero sus amigos no dejan de repetirle que tiene que actuar con normalidad e ir al velatorio forma parte de esa normalidad.

El hombre no está demasiado convencido cuando se separa de su hija. Ella le ve marchar e intenta serenarse. Tras unos cuantos ejercicios de respiración, Noelle cree estar preparada para enfrentarse a su reflejo. Se sienta delante de un espejo y extiende el maquillaje por encima del barro. Está temblando.

Respira hondo intentando tranquilizarse. No, ya nunca volverá a estar

tranquila. Se pinta los labios, se pone de pie y abandona la habitación.

¿Cómo iba a perderse la asesina el funeral de su víctima?

—Lucía Benítez Romero falleció el pasado martes tres de octubre —dice el cura, tras carraspear un par de veces. Los asistentes a la ceremonia contienen la respiración—. Tenía diecisiete años y cursaba segundo de bachillerato en el instituto Manuela Grande. Este mismo año iba a mudarse para estudiar traducción en la universidad. Hoy nos acompañan sus familiares, vecinos, amigos y compañeros de clase. A continuación, guardaremos un minuto de silencio en su memoria.

Noelle piensa en lo duro que debe ser preparar tu casa para el velatorio de un familiar, o el de tu hija. Imagina a la familia de Lucía buscando su mejor foto para ampliarla, convertirla en lienzo y dejarla en una esquina. Transformar el salón en un lugar público. Colocar las sillas y atender a los invitados soportando los “te acompaño en el sentimiento” con una pequeña sonrisa. La familia Benítez nunca más podrá sentarse en el sofá de casa a ver la tele.

Recuerda el fallecimiento de su madre años atrás. Ellos no celebraron el velatorio en casa, sino en un tanatorio. Pero, probablemente, la familia de Lucía no tenía dinero para algo mejor.

Noelle está sentada en la segunda fila junto a sus amigos: Mónica, Pablo y Alberto. Ahora ya conoces su secreto: ha matado a una persona. A Lucía Benítez, para ser exactos. Y sus amigos fueron sus cómplices. En su defensa, cabe decir que Noelle no quería matarla. Solo quería hacerle daño.

Y ahora está aquí, guardando un minuto de silencio al lado de las personas a las que ha roto el corazón. Fingiendo que solo es una compañera de clase.

Después de que la policía encontrara el cadáver de Lucía, Noelle y sus amigos se encargaron de extender el rumor de que había sido un suicidio. Fue idea de Mónica. Al resto del grupo le pareció bien, pues necesitaban cubrirse las espaldas.

Todo el pueblo aceptó esta teoría como cierta y en ningún caso supuso una sorpresa. Es por eso que los amigos de Noelle están convencidos de que no los pillarán nunca. Aunque Noelle no sabe qué sería peor: que les pillasen

o que no lo hicieran. No será capaz de aguantar toda la vida escondiendo un secreto así.

Lucía Benítez era una chica poco agraciada, no especialmente lista y nada popular. Un bicho raro. No tenía amigos, ni novio, ni nada. Su vida familiar era un desastre. Su hermana se había ido de casa a los diecisiete tras quedarse embarazada, su padre se había fugado con su amante y su madre era una estirada que vivía por y para su trabajo.

Pero no merecía morir. Y menos de esa manera.

Aunque ahora se avergüence de ello, Noelle se dedicaba, junto a sus amigos, a hacerle la vida imposible. La acosaban. Fue así desde su primer día en el instituto. Y, hasta hace poco, a Noelle nunca se le ocurrió pensar por qué. Era una de esas cosas que nadie sabe cómo ha empezado, una realidad que “siempre ha estado ahí”. Como el hambre en el mundo.

Y, no es por disculparse, pero nadie de los que hoy “honran su memoria” hizo nada por ayudarla. Ellos también le hacían el vacío. Ellos también se reían. Aunque, claro, todo había empezado porque Noelle y sus amigos se habían acostumbrado a divertirse humillándola.

El caso es que el “suicidio” de Lucía Benítez parecía inevitable. Mucho había aguantado... Pero no fue un suicido.

Ahora Noelle no puede dejar de pensar en ello. ¿Por qué nunca antes se había planteado que lo que estaban haciendo estaba mal? ¿Cómo pudieron olvidarse de que era una persona? ¿Cómo se precipitaron tanto los acontecimientos? Tras varias noches en vela, no ha sacado ninguna conclusión. Quizás fue porque, tras la muerte de su madre, se convirtió en una chica muy insegura. Quizás fue por el miedo. Quizás pensó que mientras fuera la acosadora nunca podría ser la víctima. Aunque sospecha que no hay ninguna explicación: ni miedo ni un pasado tortuoso. Existen personas malas, y ya está, del mismo modo que existen personas buenas.

En medio del silencio se escucha un llanto tímido. Noelle se gira y ve a Mónica llorando disimuladamente. La madre de Lucía, con el maquillaje corrido, le acaricia el brazo y Mónica esboza una calculada sonrisa.

Los acontecimientos se mezclan y Noelle, paralizada en su asiento, empieza a ponerse nerviosa. El minuto de silencio se acaba, el cura dice algo

parecido a que la difunta siempre estará en sus corazones, las personas se levantan y dan el pésame. Muchos dejan flores debajo de la enorme fotografía en la que se ve a Lucía sonriendo (cabello negro y largo, ojos pequeños y marrones, y nariz grande y puntiaguda).

Noelle siente su respiración alterada. Se clava las uñas en la palma de la mano infringiéndose un dolor que, al menos, es capaz de controlar. Sus manos están cubiertas de barro. Las paredes de la habitación empiezan a estrecharse y Noelle nota el pulso cada vez más acelerado. El vestido es demasiado ajustado, podría desgarrarse con cualquier movimiento brusco.

Noelle se pone de pie. Se tambalea un poco y se abre paso entre la multitud. Todos son más altos que ella. Se cruza con gente a la que no ha visto nunca. Todos van vestidos con trajes negros, en una oscuridad uniforme. Hablan entre susurros. Están murmurando cosas. La están mirando. Agachan las cabezas y clavan sus ojos en ella. Saben lo que ha hecho. Conocen su secreto. Están viendo el barro que cubre su cuerpo y cubrió también el de Lucía. Siente que el corazón se le va a salir por la boca. No puede respirar. Quiere irse, necesita salir de allí.

Las paredes siguen estrechándose. Debe huir, porque si no lo hace morirá aplastada. Necesita salir, pero el camino se hace interminable.

Por fin está fuera. Pero la sensación de angustia no desaparece. No desaparecerá nunca. Su única opción es huir.

—¡Noelle! —grita Alberto, a su espalda. Su antiguo amigo ha salido tras ella. Sabe qué va a hacer. Seguro que él también está deseando salir huyendo de allí.

Noelle empieza a caminar cada vez más rápido.

—¡Noelle! —Esta vez la voz es de su padre.

Está a punto de detenerse. Está a punto de cambiar de dirección, correr hacia él, abrazarle y contarle lo que ha hecho. Pero no lo hace.

Lo único que desea es irse lo más lejos posible y gritar a los cuatro vientos que ella ha matado a Lucía Benítez. Lo único que desea es confesar su crimen e implorar perdón a cualquiera que pueda escucharla.

—¡Noelle!! —Vuelve a llamarla su padre.

Siente la angustia de su voz, pero no puede parar. Empieza a correr y su padre corre tras ella. No podrá alcanzarla.

—¡¡¡NOELIA!!!

Hacía mucho tiempo que no la llamaba así.

No deja de correr. Huye de todo y de todos, abandonando el vecindario, alejándose de la parte del barrio que está iluminada por las farolas y perdiéndose en la oscuridad. Sigue corriendo. Pero de quien quiere huir es de ella misma y ella misma es la única persona de la que no puede escapar.

Sigue corriendo. Se adentra en un pequeño bosque. Las lluvias torrenciales de la semana pasada hacen que el suelo siga un poco fangoso. Como aquella vez. Como el día en el que mató a Lucía. Corre tropezando con las piedras que encuentra por el camino. El cielo está completa oscuro, sin estrellas. Apenas puede ver por dónde pisa. Sigue corriendo y se da cuenta de que ya lleva un rato llorando. Le pican los ojos, intenta limpiarse la cara con el dorso de la mano. Tropezada y se cae. Se raspa la barbilla, las manos y las rodillas. Y se levanta. Y vuelve a caer. Y vuelve a levantarse sin dejar de correr.

Cada vez hay más árboles. Cada vez es más incapaz de ver dónde está. Entonces choca contra lo que parece ser el tronco de un árbol. Retrocede y, algo mareada, se desploma sobre el suelo.

Esta vez no se levanta. Y cuando su cuerpo se queda en el suelo, ella sigue cayendo.

CAPÍTULO DOS: AMNESIA

Las calles de Amnesia se llenan y se vacían al ritmo de las campanadas. El campanario está situado justo en el medio de una céntrica plaza.

Tolón. Con la primera campanada, los amnésicos, tanto niños como adultos, salen de sus casas. Parecen hipnotizados. Todos caminan a la misma velocidad, dando los mismos pasos. Incluso parpadean al unísono. Tolón. Están a medio camino. Tolón. Ya han llegado. Se han reunido en la plaza que se extiende frente a un gran edificio. En medio de la plaza hay un cuerpo que se ha materializado en el suelo. Es una chica.

Los amnésicos hablan entre ellos y la señalan con el dedo. Este es el acontecimiento del momento. ¡No todos los días llega un nuevo vecino!

—¡Está despierta! —grita alguien.

Se escuchan aplausos y gritos de júbilo. Y es que la llegada de un nuevo vecino es motivo de alegría.

La joven, asustada, intenta escapar de la multitud. Lo primero que ve al despertar es a una mujer que no tiene ojos: literalmente. Su piel es pálida y en el lugar en el que tendrían que estar sus ojos hay dos cuencas vacías. La recién llegada nota como su corazón se acelera tanto que siente que va a estallar. Retrocede y cierra los ojos de nuevo, repitiéndose a sí misma que solo se trata de una pesadilla. No es más que una pesadilla, ha de tranquilizarse y pronto despertará.

Un poco más calmada, la chica se enfrenta a su nueva realidad. La “novia cadáver” que le ha dado la bienvenida no se separa de ella. Una vez su mente se acostumbra a lo que está viendo, se fija en lo que hay más allá. Observa el cúmulo de personas que no deja de hablar ni de señalarla. No... no podría calificarles como personas. Son... seres monstruosos. Algunos más bonitos que otros. No son humanos. Ve a un hombre que luce una enorme cornamenta, un grupo de “personas” con orejas y rabos de burro, un niño vestido de samurái... Una mujer mariposa que viene con su jaula incorporada y una sombra sin persona a la que seguir... Y esos seres son solo los que puede ver desde su posición. ¡No imagina lo que puede haber más allá!

—¿Cómo te llamas?

La voz de la novia cadáver la sorprende. Es tan melódica que parece haber salido de una caja de música.

—No... no lo sé —murmura la chica nueva.

La novia cadáver muestra una diminuta sonrisa. Sus dientes parecen estar hechos de cristal; son frágiles y de un color entre amarillo y verdoso que recuerda al de una botella de cerveza. Abre la boca para decir algo.

—Bienvenida a Amnesia —susurra.

La chica sin nombre vuelve a retroceder. <<Bienvenida a Amnesia>>. <<Bienvenida a Amnesia>>. <<Bienvenida a Amnesia>>... Las palabras se distorsionan y se convierten en un eco que se reproduce una y otra vez. Entonces pierde el conocimiento.

Cuando despierta, su pesadilla sigue ahí. La chica sin nombre se incorpora con cuidado. Sigue en el suelo, en la plaza, al lado del campanario. La mayoría de los amnésicos han perdido el interés y se han marchado, pero la novia cadáver sigue ahí. Está sentada delante de ella y se balancea, abrazándose las rodillas. ¿Cuánto tiempo ha debido pasar?

—Hola —la saluda, moviendo su esquelética mano.

La cara de la mujer, enmarcada por una cabellera rubia, parece estar cubierta por papel de periódico mojado.

—Me llamo Amanda, que significa “la que debe ser amada”. —Se presenta—. Podemos ser amigas.

—¿Qué hago aquí? —pregunta la chica sin nombre.

Amanda se encoge de hombros.

—Has venido con las campanadas.

—¿Y quién ha provocado las campanadas? —vuelve a preguntar.

Amanda niega con la cabeza.

—Al principio querrás respuestas, pero enseguida te acostumbrarás a no obtenerlas. ¡Este es un lugar maravilloso! ¡Perfecto para vivir! Puedes conseguirlo todo con tan solo desearlo. Todo excepto... amor. —Amanda

hace una mueca—. ¡Y respuestas, claro! Puedes conseguirlo todo excepto amor y respuestas.

Amanda mantiene su turbia sonrisa de cristal, y su brazo sigue tendido para ayudarla a levantarse. La chica sin nombre observa que su brazo y sus dedos también están cubiertos por el papel de periódico mojado. ¿De dónde ha salido esa mujer? Por un segundo se siente fascinada y lo único que desea es descubrir más sobre ella. Piensa que quizás no sea malo salir a investigar. Quedándose quieta no va a descubrir quién es, ni qué hace ahí, ni cómo despertar.

Se pone de pie y empieza a caminar junto a Amanda, quien supone que lleva en ese lugar más tiempo que ella. Amanda era una humana normal que vivía una vida mediocre pero feliz en el seno de una familia escandalosamente adinerada. Desde que era pequeña supo que, en el fondo, era una princesa. Sus ídolos eran mujeres como Cenicienta, Ariel, Blancanieves o la Bella Durmiente. Sabía de memoria sus historias y admiraba su valentía, su belleza y su afán por encontrar un príncipe. Pero solo conocía las edulcoradas versiones de Disney y no sabía que la vida seguía después del final feliz.

Amanda no sabía que, en la historia de los hermanos Grimm, las hermanastras de Cenicienta se mutilaron los pies para que les entrara el zapatito de cristal. No sabía que, en el cuento de Andersen, la Sirenita acaba convertida en espuma de mar por amar demasiado a un príncipe que no la correspondía. Nunca leyó que Blancanieves no perdonó a su madrastra, sino que ordenó que le hicieran unos zapatos de acero candente y la obligó a bailar hasta morir.

En definitiva, Amanda no era consciente de que el mundo tenía un lado duro y cruel que no podía ver desde su mansión, donde los mayordomos la llamaban princesa y las criadas halagaban sus vestidos.

Poco después de cumplir los dieciocho, la princesa Amanda decidió que ya era hora de abandonar el palacio para salir en busca de su príncipe azul. Y al principio le fue bien: todo es fácil cuando tienes dinero, y ella tenía tanto como para comprar amor.

Amanda vivió dos historias de “amor” y después vino aquí. Sus cuentos

comenzaban bien. El príncipe la llevaba a una fiesta y en el baile lento le susurraba versos al oído. Le decía que era preciosa, que la quería, que estaba loco por ella y que, oh, ¡iban a ser tan felices! Por descontado, ella se lo creía. Y se enamoraba. Y comenzaba la temporada rosa en la que él la colmaba de regalos, pétalos de flores y cajas de bombones en forma de corazón. Un tiempo después, como en una escena de cuento, venía la propuesta de matrimonio.

Todos los cuentos que Amanda había leído acababan con el “sí, quiero”. Pero la realidad es que hay vida después de la boda. Tras la luna de miel las cosas se torcían.

Comenzaban las distancias, las noches en soledad. Primero gritaban los dos, luego ella lloraba. Él le era infiel de todas las maneras posibles y ella se negaba a aceptarlo. Amanda pasaba días enteros esperando a que regresara, para que todo volviera a ser como antes. Pero al final dejó de querer que el príncipe azul volviera a casa. Nunca hubo golpes, pero sí heridas. Cuando la trama se enturbió demasiado y la familia de Amanda se enteró de lo que sucedía, la sacó de ese infierno.

Pasó mucho tiempo en el castillo, pero la experiencia no la ayudó a cambiar y pronto conoció a otro príncipe que le hizo creer que podía confiar de nuevo. Pero todo volvió a repetirse. Era como el cuento de “La Bella y la Bestia” pero a la inversa, pues el príncipe se convertía en monstruo tras el beso. Y ella aprendió a mentir y a ocultar lo que le estaba pasando. Se sentía tan avergonzada... Aceptó que ella era la excepción, la princesa fea, la desdichada. El pato que nunca se convertiría en cisne.

Amanda decidió acabar con todo. Su vida ya no le importaba, al fin y al cabo, había dejado de pertenecerle hacía mucho tiempo. Con ese propósito se lanzó desde el lugar más alto que pudo encontrar. Pero no murió. Solo cayó. Y, cuando su cuerpo alcanzó el suelo, ella siguió cayendo. Amnesia sintió su miedo y la salvó. La atrapó para darle otra oportunidad.

Amnesia es eso, una última oportunidad. Un lugar que está a medio camino entre El País de Nunca Jamás y El País de las Maravillas, situado en ese universo en el que se encuentra todo aquello que no crees posible hasta que lo ves con tus propios ojos. Con una lógica distinta a la humana. Un lugar que sirve como refugio y en el que uno logra su sueño: escapar de sí mismo.

Cuando Amanda llegó a Amnesia ya no recordaba nada. Le pidió a su nuevo mundo que cumpliera su deseo de ser querida y a la mujer le pareció que Amnesia se había reído de ella. Así que se bautizó con su nuevo nombre: Amanda, la que debe ser amada y se refugió en un enorme castillo. Nunca volvió a preguntarse nada sobre su vida anterior, no merecía la pena.

Cuando alguien aterriza frente al campanario no sabe qué le ha traído hasta ahí. Lo primero que hace es olvidar su nombre y cuando se bautiza de nuevo pierde su identidad y los recuerdos de su vida anterior comienzan a caer uno detrás de otro. Tiene un nuevo nombre, así que es una nueva persona.

Una de las cosas más sorprendentes de Amnesia es el aspecto de sus habitantes, pues cuando aterrizas en Amnesia pierdes el cuerpo con el que naciste y despiertas con la imagen que tu subconsciente tiene de ti mismo. Es sencillo: si sientes que eres un perro, serás un perro. Por eso los resultados suelen ser catastróficos y Amnesia está habitada por verdaderos monstruos.

En Amnesia hay niños y adultos. Cuando viene un adulto, tres días después aparece un niño. Están unidos. Amnesia no piensa, solo actúa. Siente el miedo de alguien y lo arrastra hacia una nueva vida. Los niños suelen tener aspectos más agraciados, son más jóvenes y por ello han tenido menos tiempo para cometer errores. En Amnesia hay hadas, sirenas, samuráis, muñecas... Los amnésicos llegan huyendo de su pasado, y su pasado es su aspecto. Por eso, si un vecino quisiera describir a otro, no le saldría la voz.

Amnesia puede ser el paraíso, pues uno puede obtener casi todo lo que desea (todo excepto amor y respuestas). En Amnesia hay paz y tranquilidad absoluta. Y, por supuesto, no se retiene a nadie. Si alguien quiere irse puede hacerlo. Pero nadie lo ha conseguido nunca, ya que para escapar uno debe recordar. Y eso es lo más difícil.

Ha oscurecido cuando Amanda acompaña a la chica sin nombre por las calles de Amnesia. Todas son calles residenciales, llenas de casas de distintos tamaños ordenadas a los dos lados de la calzada. Las farolas ya están encendidas. Amanda le explica que apenas queda gente en Amnesia a esas horas de la noche. En todo el trayecto solo ven a dos niños con plumas de pájaro y a un gigantesco sapo lleno de verrugas.

La ansiedad que antes sentía la chica sin nombre se ha ido disipando hasta casi desaparecer. Quizás, la única forma de despertar sea dejarse llevar.

—¿Ahora a dónde voy? —pregunta la chica sin nombre—. ¿Puedo ir contigo?

—No. Tú puedes venir conmigo cuando quieras, pero sería mejor que fueras a tu casa. —dice Amanda.

A continuación coge a la chica sin nombre por la muñeca y le muestra una pulserita de color blanco en la que aparece una dirección.

—¿Ves? Tu casa está en el barrio de los adultos, la casa número cuatro de la Calle Cactus. Te acompaño.

Sorprendida, la chica sin nombre lee de nuevo la dirección y repite las palabras en su mente. Se deja guiar por Amanda. Durante todo el camino siguen por la misma calle interminable repleta de casas. La chica sin nombre las observa una a una y ve también lo que parece ser un parque al final del camino. Amanda se detiene, indicándole que ya han llegado. La casa que le indica es bastante grande y de color naranja, dos pisos y una chimenea.

Entonces se da cuenta, extrañada, de que las luces de la casa están encendidas.

—¡Vaya! —dice Amanda—. ¡Pero si tienes un compañero o una compañera! ¡Seguro que os lleváis fenomenal! Te ayudará con todo lo que pueda y pronto te adaptarás a Amnesia. Lo primero será encontrar un nuevo nombre, será un proceso súper natural, ya lo verás. Cuando sepas cómo te llamas me avisas. ¿Vale, amiga?

—Sí, claro —responde, bloqueada delante de la puerta.

Amanda se despide de ella y se va, arrastrando la cola blanca de su vestido de novia.

La chica sin nombre la ve marchar y respira hondo antes de llamar a la puerta. Toc-Toc. No responde nadie. La puerta está abierta así que decide entrar.

—¿Hola?

Ante ella se extiende un pasillo, al final del cual hay un amplio salón presidido por un enorme sofá de cuero blanco y una mesita de madera. A los lados de la estancia hay dos puertas, una lleva a un cuarto de baño y otra a la cocina (los amnésicos no necesitan cocinar, pues pueden obtener todo lo que desean, pero aun así algunos prefieren hacerlo). Su “compañero de casa” está sentado en el sofá. Al verla, el chico se pone de pie y se acerca a ella con una sonrisa en los labios.

—¡Hola! Soy Mo. Encantado de conocerte —dice tendiéndole la mano.

La chica deja que se la estreche.

El chico que tiene delante es muy guapo. Tiene los ojos chispeantes, enormes y azules. Su cabello es de color caoba, tan largo que le cubre parte de la cara. Su piel es morena. Tiene la nariz respingona y unos bonitos labios.

Pero lo más llamativo en él no es la cara, sino las antenas que salen de su frente. También tiene unas enormes alas abiertas, de color rojo y con topes negros. Su abdomen está cubierto por una especie de coraza oscura. Mo es mitad humano y mitad mariquita.

—¿Sabes cómo te llamas? —pregunta Mo. Ella niega con la cabeza.

—Tranquila —añade él—, pronto lo sabrás. Este sitio es genial. Enseguida te acostumbrarás a tu nueva vida.

La chica sonrío, algo cohibida. ¿Acostumbrarse?

CAPÍTULO TRES: ECO

Son las tantas de la madrugada. La chica sin nombre está tumbada en la cama, con los ojos abiertos de par en par. No ha dormido en toda la noche. Su habitación está situada en el segundo piso, al lado de la de Mo. Es una habitación amplia y sencilla. Las paredes están pintadas de un cálido color naranja. El mobiliario es escaso: un armario vacío, un escritorio de madera y una estantería llena de libros que no dicen nada.

Parece la habitación perfecta, está tan vacía como ella.

Antes de acostarse, estuvo hablando con Mo hasta bien entrada la noche. Le gusta su compañero de casa. Es un chico simpático, amable y agradable. Pero la conversación era un poco forzada. Mo solo quería entretener a su compañera, hacerle más llevadero su primer día en Amnesia, y ella tenía la cabeza en otra parte. Al final ambos se fueron a la cama. Y ahí está.

Durante todo el tiempo que ha pasado en la habitación ha intentado bucear en su mente en busca de algo, lo que fuese. Lo que más le duele de haber aparecido en un lugar desconocido es que no tiene nada que echar de menos.

Después de un rato decide levantarse. La chica sin nombre abandona la habitación y baja las escaleras intentando no hacer ruido. Abre la puerta. Coge una linterna que encuentra en la mesita del recibidor y se marcha.

Amnesia de noche parece la boca del lobo. No hay ni un alma en las calles. El cielo está totalmente negro, sin Luna y sin estrellas. Tampoco hay pájaros sobrevolándolo y no se escucha ni a las cigarras, ni a ningún otro insecto u animal.

La chica sin nombre está a punto de volver a casa, pero la curiosidad es más fuerte que el miedo. Pronto se da cuenta de que no necesita la linterna, pues las farolas de las calles se encienden a su paso. Camina durante un largo rato hasta abandonar la Calle Cactus y el barrio de los adultos. Amnesia, de noche, tiene un aspecto diferente. Las casas de distintos colores que llenan las calles ya no le parecen bonitas y coloridas. Caminando sola por una ciudad vacía, la chica sin nombre experimenta algo extraño. Por un lado, siente

miedo. Miedo porque todo está oscuro y porque está sola en una ciudad desconocida. Podría ocurrirle algo malo.

Pero por otro lado, hay algo excitante en caminar sola por una calle oscura mientras todos los demás duermen. Algo emocionante, como si fueses la única persona viva en el mundo.

Al cabo de un rato la chica abandona las calles residenciales y se adentra en un parque. El césped es de color azul verdoso y está cortado de manera irregular. Ya no hay farolas que iluminen su camino, así que empieza a dar uso a la linterna. El parque parece interminable, de hecho, es incapaz de atisbar su fin. En el camino, se encuentra con unos cuantos árboles: tres pinos y un manzano. Pero no parece haber ningún animal viviendo en sus copas. No ve ni pájaros, ni ardillas, ni insectos... El silencio es absoluto.

La chica ilumina su paso con la linterna. El corazón bombea rápidamente en su pecho y siente una mezcla de euforia y miedo que hace que quiera caminar cada vez más rápido. Apenas se fija por donde pisa y tropieza un par de veces. No sabe hacia dónde va. Ella tan solo quiere atravesar el parque, llegar tan lejos como pueda y descubrir cada confín del mundo en el que ha despertado. Entonces todo se ilumina. Una especie de luz brillante está a punto de cegarla. Le cuesta un poco adaptar su vista a lo que está viendo. El resplandor no parece provenir de lejos, pero no identifica cuanto tiempo tardaría en llegar hasta él. No logra averiguar qué es lo que está viendo, pero tiene ganas de descubrirlo. A medida que se acerca, el resplandor es más intenso. Atraviesa el parque pisando lo más fuerte que puede, aunque pierde el equilibrio en más de una ocasión. Finalmente, llega a su destino. Es una cueva.

Una cueva enorme. La cueva más extraña que ha visto jamás, aunque tampoco haya visto demasiadas. Su entrada tiene la forma de una gran caracola. Las paredes se enrollan entre sí y conducen a un gigantesco agujero por el que se accede al interior. Están cubiertas de puntitos brillantes, como cristales de luz. Por fin sabe de donde provenía el resplandor.

La chica sin nombre se queda parada frente a la entrada. Vuelve a dudar, pensando en que quizás lo más sensato sería volver a casa. Pero tiene que entrar.

—¡Ahh! —exclama, asombrada, cuando ya está en la cueva.

Ahora comprende por qué en el cielo de Amnesia no hay estrellas, está claro, ¡todas las estrellas están ahí dentro! Hay tantas cosas que le llaman la atención que la chica sin nombre no sabe hacia dónde mirar.

Desliza sus manos por la pared. Le recuerda un poco a la piel de Amanda, pues la textura es tan rugosa como la del papel de periódico mojado. Aunque estas paredes pinchan. Retira la mano de la pared y empieza a caminar.

A medida que avanza hay menos iluminación, así que tiene que encender la linterna. La chica se sienta en el suelo e intenta disfrutar del silencio y de las falsas estrellas. Cierra los ojos y grita a pleno pulmón. Un grito sale de su boca como un torrente de energía, expulsando al monstruo que habita en su interior.

Primero se siente bien, desahogada. Luego el grito, limpio y profundo, choca contra las paredes de la cueva y cae de nuevo contra su cuerpo, haciéndole daño. De pronto la chica sin nombre se siente incómoda y sola: tan sola que tiene frío. Se pone de pie y enciende la linterna. Decide que ya es hora de volver a casa, pues piensa que Mo podría despertar y asustarse al no encontrarla. Se siente reconfortada al pensar que aún hay alguien en el mundo que la está esperando. Eso hace que se sienta mucho más tranquila.

La chica empieza a caminar en busca de la salida, pero tarda poco en perderse. El interior de la cueva es un laberinto y todos los caminos parecen iguales. Empieza a ponerse nerviosa y a asustarse. ¿Cómo va a salir de ahí? De pronto, escucha algo.

—¡¿Hola?! —pregunta una voz en la lejanía.

—¡¿Hola?! —responde ella.

—¡¿Hola?! —la voz le resulta familiar. La chica sin nombre sigue el sonido, hasta llegar al dueño de la voz.

—¡Mo! —exclama cuando ambos se chocan.

—¡Tú! —responde él.

La chica sin nombre enfoca la cara de Mo con la linterna. Está sonriendo.

—Me he despertado y al no verte me he asustado —explica—. He

pensado que estarías aquí. ¡Me alegra haberte encontrado! Al principio pensé que tu voz solo era un eco.

Esa última palabra, “eco”, se queda unos segundos flotando. Y entonces ambos lo saben.

—¿Tú no tenías nombre, no?— pregunta el chico mariquita.

—Me encanta Eco —dice ella, sonriendo.

Amanda fue la encargada de despertar a Eco en su segundo día en Amnesia. La novia cadáver había ido hasta su casa y, nada más despertarla, le preguntó si había encontrado su nombre. Eco le contó todo lo que había ocurrido durante la noche anterior y, después, Amanda la invitó a pasar el día en su casa para celebrarlo.

La casa de Amanda está a las afueras del barrio, y, como Eco descubrió pronto, no era una casa, sino un castillo. Parecía sacado de un cuento de hadas: las paredes de piedra cubiertas de hiedra verde, torreones inexpugnables y un puente elevadizo que necesitaban cruzar para acceder a su interior. Llegaron a la puerta del castillo y Eco suspiró, admirada. Amanda sonrió.

Por dentro era incluso más impresionante que por fuera. En su interior se extendía un pasillo interminable, con el suelo plateado. Eco miró hacia el techo y no encontró el fin. A ambos lados del pasillo había un centenar de puertas de madera, tantas que Eco pensó que no acabarían nunca de recorrerlas.

—Esta habitación está llena de vestidos. Cada día, cuando entro, aparece uno nuevo, y cada uno es más bonito que el anterior —explicó Amanda señalando una de las puertas.

—Este es el salón principal. Tiene una larguísima mesa de madera en la que se sirve la comida para los invitados. También tiene su propia orquesta, que suena sin la necesidad de que haya un músico tocando. Aquí caben todos los habitantes de Amnesia, aunque yo nunca los he invitado a todos.

—Estos son los cuartos para los invitados. Los uso cuando la fiesta se alarga demasiado y a nadie le apetece volver a su casa. Por eso, si algún día quieres quedarte a dormir, estás más que invitada.

—Esta es la cocina, donde se preparan los platos más exquisitos.

—Esa de ahí es la habitación de los cuentos. Ahí se esconden todas las historias contadas y por contar.

Amanda pasa un rato así, señalando las puertas con las que se van

encontrando y dando explicaciones de lo más variopintas de lo que hay tras ellas. Eco pierde el hilo de sus palabras al cabo de un rato.

Llegan a la última puerta, que Amanda señala con una sonrisa.

—Esta es mi preferida —dice—. Es la que lleva a mi habitación. Te la enseñaré.

La novia cadáver abre la puerta. La habitación es inmensa, tiene las paredes pintadas de colores pastel y está presidida por una cama de matrimonio con dosel. En la cama se apilan un montón de colchones y, tal y como explica Amanda, debajo de ellos hay un diminuto guisante.

Al fondo de la habitación hay una puerta de cristal que está abierta. Las chicas la atraviesan y acceden a un extenso jardín. Eco apenas puede creer lo que está viendo. El jardín está vallado por algo parecido a unas cuerdas doradas y está lleno de todo tipo de plantas y flores. El césped que cubre el suelo es bastante parecido al que vio la noche anterior: también es azul verdoso y está cortado de una manera irregular. La diferencia es que de este césped brotan cientos de flores: rosas de todos los colores, azucenas, margaritas, tulipanes... Eco se agacha para oler una de esas flores y se extraña un poco al no sentir nada. Las flores no huelen, como si fueran algo artificial. Eco pasa esto por alto y sigue observando el jardín, que está presidido por un inmenso sauce llorón. De una de las ramas del sauce cuelgan dos columpios, sujetos por unas cuerdas gruesas, doradas y trenzadas. Los asientos son de madera y también están cubiertos por una capa de pintura dorada.

Amanda y Eco pasan el día ahí: en los columpios. Sin hablar, limitándose a disfrutar de la sensación de estar prácticamente volando. Subiendo y bajando, admirando el cielo: tan azul y limpio, sin ningún pájaro y unas pocas nubes que parecen haber sido dibujadas por un niño pequeño.

Desde los columpios se puede ver toda Amnesia. Los bosques, los árboles de copas infinitas, los barrios, y los amnésicos que cruzan las calles. Eco se enamora del paisaje. Apenas se dan cuenta cuando el cielo comienza a teñirse de negro y oscurece tanto que apenas pueden ver nada.

Cuando ya es hora de marcharse, la novia cadáver y Eco bajan de los columpios dando un salto. Amanda, como buena anfitriona, la acompaña

hasta su casa. Cuando Eco llega, Mo ya está dormido. Ella se mete en la cama y no tarda en conciliar el sueño, con la mente vacía de todas esas preguntas que antes la atormentaban.

CAPÍTULO CUATRO: MARINA

En el tercer día de Eco en Amnesia, Mo y ella se despiertan con el sonido de una campanada, que indica la llegada de un nuevo habitante a la ciudad. Tres días después de la llegada de un adulto a Amnesia (en este caso, la llegada de Eco) llega un niño o una niña. Es un tanto irracional, pero Amnesia siempre actúa de la misma manera.

La primera campanada suena temprano y hace que Eco se levante de la cama. Tolón. La chica ve a Mo bajando por las escaleras y le sigue. En las calles, los amnésicos abandonan sus hogares y empiezan a caminar de manera alineada.

—¿Qué pasa? —pregunta Eco a Mo.

—Ha llegado un nuevo amnésico. Tenemos que reunirnos en la plaza para darle la bienvenida —explica el chico mariquita.

Eco asiente. Aún no ha sonado la segunda campanada cuando en su mente empiezan a bullir un montón de preguntas.

¿Cómo llegará el nuevo amnésico? ¿Caerá del cielo? ¿Se materializará en el suelo?

—Mo, ¿hay alguna manera de llegar a la plaza antes que ellos y sin molestarles?— pregunta, señalando a los amnésicos.

Mo mueve sus enormes alas rojas con topos negros.

—Soy un chico mariquita —dice Mo—. Es evidente que puedo volar.

Eco sonríe y Mo, un poco inseguro, coge a la chica en brazos y alza el vuelo. Eco nunca ha experimentado nada parecido a volar, por lo que cada sensación la sorprende. Primero está en el suelo y, de pronto, sus pies se levantan y se transporta sin necesidad de caminar. Desde su posición puede ver a los amnésicos, convertidos en seres diminutos. Disfruta de su visión, observando las hileras de casas que se extienden a sus pies y, más allá, el bosque de árboles con copas infinitas. Suena la segunda campanada. Tolón. Mo se mueve rápido. A Eco le preocupa que alguien pueda verlos y se da cuenta de que han llegado mucho antes que los demás. Pero sus miedos no

tienen fundamento. Los amnésicos están tan concentrados que serían incapaces de notar nada inusual. Eco apenas tiene tiempo de disfrutar del paisaje, pues, cuando quiere darse cuenta, ya han llegado al campanario. Todas las preguntas que se había hecho minutos atrás se borran de su mente.

La nueva vecina ya está ahí.

Es una niña y no tiene más de once años. Sus ojos están cerrados, y al final de sus párpados hay unas largas pestañas negras. Tiene la piel de color azul claro y su cuerpo está cubierto por una fina capa de arena. Su cabello es tan rubio que parece que alguien lo haya creado cogiendo uno a uno todos los rayos del sol. Tiene el cabello largo, encrespado y repleto de diminutos copos de sal. Sus brazos, su cintura y su cuello están cubiertos por conchas que dibujan espirales sobre su piel. Sus manitas están cerradas en puños, como si estuviese enfadada. Va descalza y lleva un pequeño vestido hecho con algas verdes y marrones.

Eco está tan ensimismada mirando a la niña que acaba de aparecer, que ni si quiera escucha la tercera campanada. Tolón. La plaza ya se ha llenado de amnésicos que hablan entre ellos y a los que no se les ocurre preguntar qué hacen ahí Mo y Eco. El chico mariquita ve llegar a la mujer mariposa y se acerca a ella, con quien inicia una animada conversación. Mientras tanto, Eco sigue quieta, arrodillada frente a la niña.

Al cabo de un rato, la niña azul abre los ojos.

—¡Está despierta! —exclama Eco.

Y toda la plaza se llena de aplausos y de gritos de júbilo, pues la llegada de un nuevo amnésico siempre es motivo de alegría.

—¿Cómo te llamas? —le pregunta Eco a la niña azul.

Ella, asustada, retrocede y se encoge. Después, niega con la cabeza, haciendo que su cabello rubio baile alrededor de su cara.

—No... no lo sé —dice con un hilo de voz.

Eco la mira durante unos segundos, frunciendo el ceño. Y luego sonrío.

—Podrías llamarte... ¡Marina! —exclama.

Y, entonces, con tan solo tres palabras, ocurre algo extraordinario.

Podrías-llamarte-Marina. ¡Basta con eso! Y es que si algo mueve el mundo (tanto la Tierra, como Amnesia, como Nunca Jamás) son las historias. Todos tenemos historias, todos somos historias. Llenamos el universo de cientos, miles, millones de historias, y son ellas las que hacen que todo siga girando. Y lo más curioso es que todas estas historias están conectadas entre sí. Una empieza donde la otra acaba y así sucesivamente. Y éste es solo un ejemplo más.

Eco acaba de bautizar a la niña azul como Marina porque parece algo obvio. La niña tiene la piel azul y está cubierta de arena, algas, conchas y sal. ¡Debía llamarse así por fuerza! Pero el caso es que “Marina” es el verdadero nombre de la niña. Así que, al saber su nombre desde el principio, no empezará a olvidar.

La niña azul retrocede, asustada. Hay tantos interrogantes en su mente que siente que la cabeza le va a estallar. Respira hondo e intenta calmarse. Poco a poco, los amnésicos que se han reunido en la plaza comienzan a perder interés y, uno a uno, se van marchando.

—¿Dónde... dónde estoy? —pregunta con un hilo de voz.

—En Amnesia —responde Eco.

Junto a la recién llegada, en la plaza del campanario ya solo quedan ella y Amanda.

—Amnesia... —murmura Marina, repitiendo la palabra una vez tras otra.

—Y... ¿cómo he llegado hasta aquí? —vuelve a preguntar.

—Has venido con las campanadas —responde Eco.

De nuevo Marina repite las últimas palabras, intentando encontrar algún sentido a lo que sucede.

—¿Quién ha tocado las campanadas? —interroga la niña azul.

Eco se encoge de hombros.

—Mmm... no tengo respuesta para eso. Supongo que habrán sonado solas.

—Pero... pero eso es imposible. ¡Eso no tiene ningún sentido! —exclama.

Aunque, viendo a los dos monstruos que tiene delante no le extraña. No es la primera cosa que no tiene sentido ahí. Bueno, para empezar, no tiene sentido que esté en ese lugar.

—Vamos, te ayudaré a levantarte —dice Eco tendiéndole la mano.

Pero Marina la rechaza.

—¡No me toques! —grita, retrocediendo.

En sus ojos color arena hay una mezcla de miedo, confusión y furia.

—Tranquilízate, cielo —dice Amanda con su aterciopelada voz—. Enseguida te acostumbrarás a esto.

—¿Dónde están mis padres?! —pregunta, furiosa, la niña azul.

Amanda y Eco están asombradas.

—¿Padres? —preguntan al unísono.

—Sí. Padres. Todos tenemos padres, ¡no me digáis que os tengo que explicar eso! —La niña hace una mueca.

—Tú... ¿recuerdas a tus padres? —vuelven a preguntar Amanda y Eco al mismo tiempo.

—Claro —responde, empezando a asustarse.

Eco, aún perpleja, vuelve a tender la mano a la niña, para ayudarla a levantarse. Marina acepta la ayuda y se pone en pie.

—Ven, cielo, vamos a dar un paseo —dice Amanda—. Intentaremos explicártelo lo mejor que podamos.

Marina ha descubierto que en Amnesia no se puede ir en línea recta de forma indefinida. La niña azul ha pasado su segundo día en Amnesia caminando sin parar. Durante su paseo, llegó a un bosque en el que los árboles estaban tan juntos que no se podían atravesar y, a partir de ahí, siguió el camino que dibujaban los árboles. Después de más de cinco horas caminando, acabó en el mismo sitio en el que había empezado y llegó a la conclusión de que Amnesia era circular.

—¡Es un círculo! —grita Marina entrando, corriendo, en la casa de Eco y Mo.

El chico estaba en la cocina preparando una tortilla.

—¡Es un círculo! —repite la niña, y comienza a dar vueltas alrededor de Mo mientras le tira de las alas.

Durante el tiempo que no ha pasado investigando, Marina ha estado con Eco, Mo y Amanda. Ni si quiera ha visitado la casa que le han asignado. El día anterior observaron que en la pulsera de su muñeca había una dirección del barrio de los niños. Pero Marina se había negado a ir. Prefería quedarse con Eco y con Mo, así que ahora su casa tiene una habitación más.

—Mo, ¿me has escuchado? ¡Amnesia es un círculo!

El chico mariquita asiente, sin apartar sus ojos de la tortilla.

—¿Y qué? —dice, dejando la sartén.

—¡Pues que estamos encerrados! —exclama Marina, alzando los brazos.

El chico mariquita se encoge de hombros a modo de respuesta.

—¿Cómo puede darte igual? ¡Nos tienen encerrados en contra de nuestra voluntad! ¡No es justo!

—Ahí es donde te estás equivocando. A ti te tienen encerrada en contra de tu voluntad, a mí no. No recuerdo nada de mi vida anterior, de hecho, de no ser por ti habría llegado a pensar que no tengo. Lo que sé es que me gusta vivir aquí, me encanta Amnesia.

—¡Pues no lo entiendo! ¿No quieres volver? ¿No quieres saber qué ha sido de tus padres, de tu familia? ¿No los echas de menos?

—Marina, ésta es mi vida. Esto es todo lo que tengo. Quizás tuve una vida antes de ésta, pero entonces yo era otra persona —sentencia Mo, dejando la tortilla en el plato.

Marina resopla y le mira, frunciendo el ceño.

—Pues perdona que te lo diga, pero creo que eres un cobarde.

Mo, sintiéndose algo ofendido, prefiere no replicar. Apaga el fuego, coge su tortilla y abandona la cocina. Marina, sin decir nada, se va al salón. Allí encuentra a Eco y a Amanda, sentadas en el sofá. Las chicas ven a Mo subiendo a su habitación con su tortilla.

—¿Qué le ha pasado? —pregunta Eco.

Marina se encoge de hombros y se sienta su lado. El salón de la casa es amplio: tiene las paredes pintadas de un color naranja atardecer, una ventana grande y un sofá blanco.

—Esta casa es bonita —dice—. El salón es parecido al mío. Pero el mío tiene las paredes pintadas de blanco. Pero no es un blanco como el de los hospitales, eh, ¡yo odio ese tipo de blanco! El blanco de mi salón es bonito. Y el sofá es más cómodo que éste y de color marrón. Y tiene una televisión enorme. Y las paredes están repletas de fotografías en las que salimos toda la familia. Vivo en la casa número cinco de la Calle López, en un pueblo llamado La Pesca. La playa está justo delante de mi casa.

—Aquí también tenemos playa —interrumpe Amanda.

Marina pone los ojos en blanco y sigue hablando.

—Mi playa es mejor. En mi playa, el mar está cristalino todos los días, y hay muchos peces. Y la arena es finísima y de color amarillo. ¡Mis hermanos y yo hacemos montones de castillos de arena! Tengo dos hermanos, el mayor se llama Ezequiel y el pequeño Gustavo. Yo soy la del medio. Gus es rubio y tiene los ojos azules, Ezequiel en cambio es muy moreno. Siempre nos estamos peleando, pero nos queremos mucho. Mi madre es pelirroja, pero teñida. En las fotos antiguas es rubia. Y mi padre está calvo, lo ha sido desde que tengo memoria.

Marina habla tan rápido que necesita hacer una pausa para coger aire antes de continuar. Eco y Amanda se han cansado de escucharla y ya no le prestan atención.

—¿Cómo son vuestros padres? —pregunta la niña azul.

—Creo que yo no tengo padres —responde Eco.

—Ni yo.

—¿Cómo os llamabais antes de venir aquí?

—Yo me llamo Eco.

—Y yo Amanda.

Marina vuelve a poner los ojos en blanco, agotada.

—Pues mi nombre es Marina —dice—. Me lo puso mi madre porque está claro que le encanta el mar. Ella se llama Clara y mi padre Jacobo. Ya os he dicho que mis hermanos son Ezequiel y Gus. Mi mejor amiga en el mundo es Rocío. Y mi profesora se llama Carmen, y mi compañero de pupitre es Saúl. Yo, en el patio, siempre estoy con los chicos porque me encanta jugar a fútbol y soy la mejor, aunque Mario y Sebastián digan que soy buena para ser una chica.

La niña azul tiene que coger aire antes de seguir hablando.

—La semana pasada vinieron a casa Rebeca y Ramona porque sus padres son muy amigos de los míos. Son mellizas pero no se parecen en nada. Van a mi colegio, pero a la clase de al lado. ¡Y a las dos les gusta Sebastián!

Marina se queda unos segundos callada.

—¿Aquí la gente se enamora? ¿Aquí la gente puede casarse? —pregunta.

Amanda, que lleva un rato sin prestar atención, decide hablar al escuchar eso último.

—Yo me llamo Amanda, que significa “la que debe ser amada” —dice.

—Ya, bueno, pero eso solo es un nombre. No quiere decir nada —replica Marina.

—Aquí nadie quiere a nadie y nadie habla del amor. Si aquí hubiera amor yo estaría casada. Mi nombre significa “la que debe ser amada”.

—Te estás equivocando —replica la niña azul—. Podrías no encontrar el amor incluso aunque aquí hubiera. ¡Es imposible que le gustes a todo el mundo!

Amanda no dice nada. Se levanta del sofá y abandona la habitación.

—¡Genial, Marina! ¡Ya los has espantado a todos! —exclama Eco, poniéndose de pie.

—Lo siento, yo no quería molestar a nadie.

—Pues lo has hecho —dice Eco—. Y si quieres quedarte con nosotros deberás aceptar que estarás aquí para siempre y si no lo aceptas puedes marcharte.

Eco cruza el pasillo y corre para alcanzar a Amanda, que ya está fuera de casa.

Marina se queda paralizada. Nota como sus hombros están empezando a temblar. Nunca ha estado tan asustada como ahora. Siente muchísimo miedo. No puede respirar. No puede respirar. Necesita aire. Rompe a llorar.

¿De verdad se va a quedar en ese lugar... para siempre? ¿De verdad va a acabar olvidando a las personas que más le importan en el mundo? ¿Es eso posible? Marina no deja de llorar, pensando en su vida y en su familia. ¡No quiere perderlos! ¡Se niega aceptar que a partir de ese momento ésa va a ser su vida!

¡No va a permitirlo!

Marina se pone de pie y sale de casa. Entre lágrimas distingue la cola del vestido de Amanda al final de la calle. La niña azul comienza a correr. Las lágrimas le empañan la vista y a duras penas ve algo, pero no le importa. Tiene que alcanzarlas.

—¡Esperad! —grita cuando las tiene delante.

Amanda y Eco se dan la vuelta.

—¡Tenéis que entenderme! —Solloza la niña—. Recuerdo a mi familia. Necesito volver con ellos. Los echo muchísimo de menos y sé que ellos también me estarán echando en falta. ¡Por favor! ¡Tenéis que ayudarme!

—Pero, Marina, nadie ha conseguido salir de Amnesia —dice Eco.

—Pero... pero nadie lo ha intentado... —replica—. Me ayudaréis, ¿verdad?

Amanda y Eco intercambian miradas y después miran a Marina. Ninguna es capaz de decirle que no.

CAPÍTULO CINCO: ESPEJOS

Mo, Amanda, Eco y Marina se han reunido en el jardín del castillo de Amanda, en gabinete de crisis. El chico mariquita está sentado en el columpio, balanceándose. Eco y Amanda están sentadas en un banco de madera y Marina está tirada en el suelo. Ya han pasado varias horas desde que se reunieron para hablar sobre cómo ayudar a Marina y no han llegado a ninguna conclusión. Está empezando a oscurecer y el ambiente no podría ser más tenso. Todo está en silencio, como en los segundos previos al estallido de una tormenta.

Marina siente que su cabeza va a estallar. Puede escuchar los engranajes de su cerebro moviéndose a toda velocidad. Nunca ha trabajado bien bajo presión. El miedo hace que le cueste pensar con tranquilidad. Es un miedo de nivel cinco: un miedo que nunca pensó que experimentaría.

¿Y si no vuelve a ver a su familia? ¿Y si se queda en Amnesia para toda la eternidad? ¿Y si acaba convirtiéndose en una parte más del decorado de ese lugar?

Marina siempre se ha considerado a sí misma una niña inteligente, avispada y aventurera. Una niña que jamás se rinde ante las adversidades. Una niña que consigue resolver los sudokus y los acertijos más rápido incluso que los adultos. Una niña excepcional.

Pero ahora no es capaz de dar con la solución.

—¡¡Ahh!! —grita, mientras golpea una piedra.

—Marina... —Eco se acerca a la niña, deseando poder hacer algo por ella.

—¡Déjame! —grita—¡Tú no puedes entenderlo! ¡No hay nadie en el mundo que te quiera!

Marina no se da cuenta de lo que ha dicho hasta que ya lo ha hecho.

—Lo siento —dice—. No quería decir eso, de verdad. Es que... estoy asustada.

No han sido las mejores formas, pero en el fondo piensa que tiene razón

en lo que ha dicho. Eco no debe tener a nadie echándola de menos si ni si quiera quiere volver a casa, si ya ha olvidado incluso el nombre de sus padres. Nadie los debe querer, ni a ella ni a Amanda ni a Mo.

Pero no debería haber dicho eso. No quería hacer daño a sus amigos. Hay cosas que no se deberían decir en voz alta.

—Mejor me voy —dice—. Necesito estar sola.

Después abandona el jardín de Amanda. Cruza el pasillo y atraviesa el puente elevadizo que la separa de las calles de Amnesia. Mientras tanto, Amanda, Eco y Mo salen en su búsqueda.

Cuando sale del palacio, Marina se detiene unos segundos para coger aire. Se da cuenta de que, durante todo ese tiempo, no ha dejado de llorar. Las calles están llenas de amnésicos que caminan de un lado a otro, sin ir a ningún lugar en concreto. La niña desearía gritarles que paren, que se detengan a pensar qué hacen ahí. ¿Acaso no se dan cuenta de que ese lugar no tiene sentido? ¿Acaso no se dan cuenta de que son unos auténticos monstruos? Ese no puede ser el mundo real.

La niña acaba gritando. Se tapa los oídos porque no quiere escuchar sus propios gritos. Lo único que quiere es escapar de esa pesadilla. Pero es evidente que no lo está consiguiendo.

Sus amigos están a punto de alcanzarla, así que empieza a correr. No quiere saber nada de ellos. Quiere irse. Sigue corriendo, abriéndose paso entre la gente que llena las calles. Abandona el barrio de los adultos y se adentra en un lugar en el que nunca había estado.

Es un parque. Un parque grande, con el césped amarillo y repleto de margaritas. Parece que a los niños les gusta jugar ahí. Ve a una niña gata que podría tener su edad y a otra con alas de hada, jugando a la pelota. Las niñas la saludan, invitándola a unirse a sus juegos. Marina niega con la cabeza. No tiene tiempo para jugar.

El césped está rodeado por una arboleda y justo en medio del parque hay un enorme lago, con un agua cristalina que refleja las copas de los árboles. Hay un par de niños jugando cerca de éste, incapaces de decidir si quieren bañarse o no. Se están riendo. Parecen felices.

Marina no se ríe. Está quieta, mirando fijamente el lago. Entonces escucha una respiración a su espalda. Sabe que se trata de Eco antes de darse la vuelta. Y sabe que con ella vienen Mo y Amanda. Marina ni si quiera les saluda. Sigue mirando el lago. Se pone de cuclillas y mete un dedo en el agua. Todo parece normal, real. Pero algo falla.

—Esto es muy raro —dice.

—¿Qué pasa? —pregunta Eco.

—Hace unos meses me fui de excursión con el cole. Fuimos a un pequeño pueblo e hicimos un picnic cerca de un lago enorme, parecido a éste. El agua estaba quieta, parecía un espejo. Mis amigos y yo nos hicimos muchas fotos con nuestros reflejos en el agua. Fue muy divertido y las fotos quedaron muy bien. Pero esto es diferente. En aquel lago se veía el cielo, los árboles del parque y a mí misma cuando estaba delante. Sin embargo, aquí se refleja el cielo y los árboles, pero yo no puedo ver mi reflejo... ni el vuestro...

Marina se queda callada un segundo.

—En Amnesia no hay espejos, ¿verdad? —pregunta a sus amigos. Ya sabe la respuesta, pero aun así se alegra cuando Amanda niega con la cabeza.

La niña sigue mirando el lago, con el ceño fruncido.

—No podemos vernos. No hay espejos. No nos reflejamos en ninguna parte...

Marina sabe que está delante de una pista, pero aun así no consigue saber cuál es. La pequeña resopla, frustrada.

La niña se deja caer en el suelo, rendida. Todos se quedan en silencio y Marina está a punto de aceptar su derrota. No cree que haya nada que pueda hacer.

—Marina... —dice Mo, revoloteando hasta ella.

El chico mariquita tiene la cara blanca como la cera.

—Marina... Cuando, cuando has hablado de los espejos... —está tan asustado que apenas le sale la voz—. Marina, creo que estoy recordando algo. Creo que sé cómo puedes salir de Amnesia.

Mo se queda callado bajo la atenta mirada de sus amigas. Intenta ordenar

sus pensamientos. Unos segundos más tarde, empieza a hablar.

—Me ocurrió algo poco después de mi llegada a Amnesia. Aún no conocía a nadie y pasaba los días vagando por ahí como alma en pena. Ni siquiera tenía nombre. Fue el día en el que descubrí que podía volar. Como todos, no tenía ni idea de cuál era mi aspecto físico; así que tampoco sabía que tenía alas.

>>Esa mañana había salido a dar un paseo. Por aquel entonces yo era consciente de que, antes de llegar aquí, había tenido otra vida. Y lo único que deseaba era recuperarla. Este lugar me parecía tan extraño, tan absurdo... Me daba miedo. Yo quería encontrar respuestas. De pronto, mientras caminaba por las calles de Amnesia preguntándome qué podía hacer... me di cuenta de que estaba levitando. ¡Fue algo increíble! Enseguida empecé a ascender, y a volar... desde el cielo todo parecía diferente. Podía ver toda Amnesia desde ahí. Sí, Marina, yo ya sabía que era un círculo antes de que lo dijeras.

>>Desde arriba pude ver los árboles de un bosque y decidí bajar a explorar. Me adentré en un sendero y a medida que avanzaba empecé a recordar. No recordaba cosas concretas, solo me sobrevenían sensaciones.

>>Recorrí todo el sendero y llegué a un lugar muy extraño. Era... era un palacio como el de los cuentos. Pero no era como el tuyo, Amanda. Este era un poco más pequeñito y estaba hecho de cristal... Era el palacio de los espejos. Sí. Se llamaba así. Lo ponía en un cartel en la entrada. El palacio de los espejos. Y el cartel también decía que, si entrabas, no podrías salir. No entré, estaba demasiado asustado. Salí volando y abandoné el bosque tan rápido como pude. Al salir de ahí llegué al barrio de los niños y una niña muy pequeña se quedó mirándome. Frunció el ceño y susurró: Mo. No sé por qué lo dijo, pero me hizo tanta gracia que ése se convirtió en mi nombre.

Mo hace una pausa. Contar esa historia había sido como abrir una herida que pensaba cerrada. Y ahora le escocía más que nunca.

—El caso es, Marina —dice a continuación—, que solo tienes que atravesar ese sendero. Si lo cruzas y te esfuerzas por recordar acabarás llegando al palacio de los espejos. Estoy seguro de que una vez ahí solo tendrás que mirarte, y con eso bastará para que vuelvas a tu casa. Amnesia no retiene a nadie. Estoy convencido.

En realidad, Mo no estaba tan seguro. Pero tenía que ser así. Tenía que ser exactamente como él había dicho. Era un buen momento para tener fe.

Marina se pone de pie.

—¡Mo! ¡Muchísimas gracias! —exclama, abalanzándose sobre el chico y dándole un abrazo —. ¡Gracias! ¡Gracias! ¡Gracias!

El chico mariquita sonrío mientras la niña da saltos de alegría. A continuación, Marina coge con un brazo a Amanda y con otro a Eco.

—¡Venga! ¡Vámonos! ¿A qué estáis esperando?

—¿Quieres que vayamos ahora? ¡Pero si ya casi es de noche! —se queja Amanda.

—Oh, venga—dice Marina —, ¡sé que no me vais a dejar sola!

Los cuatro amigos atraviesan el barrio de los niños y llegan al bosque del que Mo les había hablado. Marina corre de un lado para otro, dando saltos. Está contenta, nerviosa, excitada, algo asustada... se ha convertido en una bebida con gas: efervescente.

—¿Tenemos que cruzar por aquí? —pregunta la niña, aun sabiendo la respuesta.

—Ajá —responde el chico mariquita.

La niña azul asiente.

—Muchas gracias otra vez, Mo —dice, dándole un beso en la mejilla.

A continuación, Marina busca a la persona que la vio abrir los ojos.

—Eco, ¿te puedo dar la mano? —pregunta —Estoy un poco asustada.

Eco asiente sorprendida. Marina le estrecha la mano. Y, unidas, ambas se adentran en el sendero.

—Yo no quiero recordar —le dice Amanda a Mo en un susurro.

La novia cadáver ve como sus amigas avanzan, parada en el inicio del sendero junto a Mo.

—Yo tampoco —responde él, tragando saliva.

El chico aún sigue abatido, nunca pensó que recordar algo fuese tan

agotador. Pensar en su pasado le produce una sensación extraña. Le hace sentir inquieto, incómodo.

El día en el que estuvo a punto de morir, Mo acababa de cumplir diecinueve años y había pasado los mejores meses de su vida. Estaba feliz con su familia, estudiando una carrera universitaria, con sus amigos, sus compañeros de clase y con Óscar, su pareja.

Pero ahora iba a perder toda esa estabilidad, toda esa tranquilidad que tanto le había costado conseguir. Todo se había ido al traste en cuestión de una noche. Óscar le había dicho que ese fin de semana pensaba decir a sus padres que tenía novio, les iba a decir que estaban saliendo.

Desde que empezaron su relación, Mo había dejado claro que no estaba preparado para decir a nadie que tenía novio. Al principio a Óscar no le importó, pero desde hacía unas semanas no dejaban de discutir por ese tema. Óscar quería poder hacer pública su relación, hablar a su familia de él y no entendía por qué Mo no deseaba lo mismo.

No es que Mo se avergonzara de su relación, ni nada parecido, pero no se sentía preparado para que las cosas cambiaran. Porque en cuanto lo dijera, todo cambiaría, le gustase o no.

No es que viviera en un ambiente represivo, de hecho, estaba convencido de que sus padres aceptarían su orientación sexual, pero aun así... Su familia no era homófoba, pero sí que lo eran los mensajes que mandaban por el grupo de WhatsApp. Su familia no era homófoba, pero a veces utilizaba la palabra maricón como insulto y le recordaban las ganas que tenían de que trajese a su novia a casa. Su familia no era homófoba, pero habrían preferido que su hijo fuera heterosexual.

El caso es que, a pesar de todo, Mo sabía que su familia acabaría por aceptarle. Pero toda su vida cambiaría en cuando dijese al mundo que era gay. Y Mo no quería que su vida cambiase. No estaba preparado.

Óscar y Mo solían hablar de ese tema, pero esa noche había sido diferente. Habían discutido y Óscar le había dado un ultimátum. Ese fin de semana pensaba decir a sus padres que tenía novio y esperaba que él hiciera lo mismo. Mo no podía entenderlo. Era él quien tenía que decidir cómo y cuándo lo haría. Y si Óscar no era capaz de respetar su decisión, no quería

continuar con él.

Por eso, tras la discusión, Mo se había marchado de la casa de su pareja en mitad de la noche. Por eso, ahora mismo, estaba deseando llegar a su casa, más enfadado que nunca, más triste que nunca.

La primera vez que Óscar le llamó, Mo colgó el teléfono. No quería hablar, pero al mismo tiempo sí que quería hacerlo. La segunda vez que llamó, Mo también colgó. Pero la tercera vez decidió contestar.

Estaba mirando el móvil, pensando en qué le iba a decir y por eso no se dio cuenta de que estaba conduciendo, de que el semáforo estaba en rojo y un coche se aproximaba a una velocidad de vértigo.

Cuando escuchó el claxon ya era demasiado tarde. El ruido fue tan fuerte que Mo sintió que sus tímpanos iban a reventar. Quiso moverse o apartarse, pero era demasiado tarde. Su cuerpo salió volando y sus huesos se rompieron al caer. El dolor cesó de golpe.

Y cuando su cuerpo aterrizó en el suelo, Mo siguió cayendo.

—¿Y si cerramos los ojos? —pregunta Mo a Amanda— Así, aunque acompañemos a Eco y a Marina, no veremos el bosque y no recordaremos.

—Vale —responde la novia cadáver.

Así que ambos cerraron los ojos, se cogieron de la mano y siguieron a sus amigas hacia el interior del bosque.

—Me llamo Marina Montejano Rojas —dice la niña azul—. Tengo once años. He vivido en tres casas diferentes a lo largo de mi vida y, sin duda, mi favorita es la que tengo ahora. Está al lado de la playa. Vivo en un pueblo pesquero, es muy pequeñito y solo tenemos un colegio. Por eso mis compañeros de clase también son mis vecinos. En el pueblo, la playa y la montaña están muy cerca. Yo prefiero la playa, claro. Pero también me gusta hacer excursiones por la montaña.

La niña azul se da cuenta de que, a medida que habla, su sendero va cambiando. Ahora es arenoso, y sobre él hay unas cuantas hojas de árbol caídas. Marina ve a sus compañeros de clase escondiéndose entre los troncos

de los árboles, jugando con ella.

El sendero de Eco ya no es el mismo. Y es que la muchacha, sin quererlo, también está empezando a recordar. Su camino es de asfalto.

—Vivo en una ciudad bastante pequeña —dice Eco—. Me gusta ir al centro comercial con mis amigos. Me encanta ir al cine y, en verano, me paso horas y horas en la piscina. Tengo tres mejores amigos. Se llaman...—la chica hace una pausa— Se llaman Mónica, Pablo y Alberto. Llevamos siendo amigos desde la guardería. Todos estamos en el equipo de atletismo del instituto.

Eco ve a sus amigos corriendo a su alrededor como si fuesen sombras.

—¡Mi juego favorito es el escondite! —exclama Marina— Mi hermano Gus nació gracias a ese juego.

La niña ve a su hermano caminando a su lado.

—Mi hermano Gus tiene dos años. Antes de que naciera, yo pasaba mucho tiempo sola en casa. Mi hermano mayor estaba toda la tarde entrenando con su equipo de fútbol y mis padres siempre tenían muchísimo trabajo. Le dije a mi madre que quería un hermano o una hermana, para poder jugar con alguien cuando ellos no estaban en casa. Ella se rió, porque pensaba que no lo decía en serio. Yo le propuse jugar al escondite. Si yo ganaba me daría un hermano o una hermana, y si perdía me olvidaría del tema.

Mamá siempre ha sido muy competitiva, y creo que pensaba que estaba bromeando. Así que aceptó. Jugamos esa misma tarde. Mamá empezó a contar hasta cien y yo me esforcé mucho en esconderme en un buen sitio. Me metí debajo de la cama de la habitación de invitados y me quedé muy callada. Mamá acabó de contar y buscó por todas partes. ¡Pero yo soy muy buena jugando al escondite! Cuando estaba buscando en el cuarto de baño, salí corriendo y me salvé.

Un año más tarde nació Gustavo. Yo le puse el nombre por la rana.

Marina ve a su madre, con la tripa de embarazada y una radiante sonrisa. Siente la misma emoción que el día que trajeron a Gus a casa.

Eco, a su lado, también ve pasar su propia vida.

—Mi madre murió cuando yo tenía catorce años. Estaba enferma de cáncer. Era mi mejor amiga y la echo mucho de menos. Papá y yo hablamos de ella a menudo. Sé que él ha empezado a salir con otra mujer y le da mucho miedo decírmelo. Creo que llevan juntos un par de meses, porque papá se pone muy nervioso los viernes cuando me dice que ha quedado con sus amigos. ¡Se le nota enseguida que está mintiendo!

Eco siente que los ojos están empezando a escocerle, hace una pausa antes de seguir hablando.

—Me gustaría que supiera que no pasa nada —dice—, que me parece bien que tenga una novia y que sé que mamá también estaría de acuerdo. Estoy convencida de que lo único que ella quiere es que papá sea feliz... y yo también.

Eco se queda parada al darse cuenta de que tiene a su padre delante. El hombre tiene el cabello corto y canoso, y sus ojos son enormes y azules. La está mirando con dulzura. Eco desearía poder abrazarle. Su padre le está diciendo que ha quedado con sus amigos, que irán a jugar a los bolos. Se rasca la nuca, como hace siempre que está nervioso. La está llamando...

—¡Noelia! ¡Me llamo Noelia! —exclama la chica —Pero mamá siempre me llamaba Noelle y ahora prefiero que me llamen así.

Las dos chicas, cogidas de la mano frenan en seco. Ya han llegado. Delante de ellas hay un enorme palacio de cristal, blanco como la nieve, formado por un montón de torres que parecen témpanos de hielo.

En la puerta hay un cartel que reza: PALACIO DE LOS ESPEJOS. PUEDES ENTRAR PERO NO SALIR.

—Hemos llegado —murmura Marina, asombrada.

Hasta ese momento, la niña azul no había sido consciente de lo asustada que estaba. Ha vivido tantas cosas para llegar hasta ahí... Cuando soñó con ese momento... pensaba que, al llegar, estaría eufórica, pero no es así. Era mucho más fácil cuando su sueño parecía irrealizable. Pero ahora que lo tiene delante, que lo puede tocar y que debe lanzarse a por él, lo único que quiere es salir corriendo.

—¿A qué estás esperando? —le pregunta el chico mariquita.

Marina no dice nada. Mira a Eco y se da cuenta de que está tan paralizada como ella. La niña azul le aprieta la mano con más fuerza. A continuación, se vuelve hacia Mo y Amanda.

—¿Vosotros vais a entrar? —pregunta.

Ellos niegan con la cabeza.

—Entonces, esto es una despedida —murmura la niña—. Muchísimas gracias a los dos, de verdad. Prometo que no os voy a olvidar nunca, nunca, nunca. Y bueno... que sepáis que sois preciosos.

Las palabras salen de su boca sin dificultad. La niña da un beso en la mejilla a cada uno. Eco sigue paralizada, sin apartar su mirada del cartel que tiene delante. PALACIO DE LOS ESPEJOS, PUEDES ENTRAR PERO NO SALIR.

—¿Tú vienes conmigo, verdad? —le pregunta la niña.

Eco no dice nada.

—Venga, ¿no quieres volver a ver a tu familia?

Eco está temblando. Quiere hacerlo. No quiere dejar solo a su padre. Eco respira hondo antes de responder.

—Sí, claro que quiero —responde, con toda la seguridad que es capaz de demostrar.

Marina sonrío, y abre la puerta. Bajo la atenta mirada de sus amigos, las dos chicas se adentran en el palacio.

DENTRO DEL PALACIO DE LOS ESPEJOS

El interior del palacio parece de otro mundo. Todo es oscuridad, silencio y frío. Lo único que escuchan Eco y Marina es el latido de sus propios corazones. Apenas ven nada. Y, antes de estar preparadas, están cara a cara con un enorme espejo. Están cara a cara con ellas mismas.

Eco no puede creer lo que está viendo. ¡Es un monstruo! No sabe cómo demonios se mantiene en pie. Tiene ganas de vomitar tan solo con verse. ¿Cómo puede Marina cogerla de la mano sin sentir náuseas? Es una nauseabunda y amorfa masa de barro marrón. Está temblando y siente unas terribles ganas de llorar, pero sin embargo no puede hacerlo. Quiere salir corriendo, huir de su reflejo y olvidarse de todo. Pero, sin embargo, está paralizada. ¿Cómo ha llegado a convertirse en eso? ¡Está salpicando de barro el maldito espejo!

A su lado, Marina no puede apartar la mirada de su reflejo. Mira su piel azul y observa los detalles que las conchas dibujan sobre su cuerpo. Se acaricia el pelo y mueve la cintura, haciendo que su falda de algas se balancee. Está muy, muy cambiada. No se recordaba así. Sin embargo, sus ojos siguen siendo los mismos.

Entonces, las dos chicas comienzan a ver unas imágenes en el espejo.

LO QUE MARINA VE EN EL ESPEJO

La familia Montejano Rojas se ha reunido en el salón de su casa. Ezequiel, Gustavo y los padres están sentados en un sofá. Marina está sentada en una silla, delante de ellos y con expresión de enfado. Se trata de una de esas reuniones familiares que pretenden debatir algo que en realidad ya está decidido. En este caso, todo gira en torno a Ezequiel, el hijo mayor de la familia. Ezequiel juega al fútbol en el equipo local. En el último partido, un ojeador se dio cuenta de que el chico tenía talento. Hace unas semanas le hicieron una prueba para unirse al equipo de Madrid y Ezequiel la superó con creces.

Es una oportunidad increíble, pero si el chico acepta, toda la familia tendrá que mudarse.

—¡Yo no quiero otra mudanza! —exclama Marina, rompiendo el silencio — ¡No es justo! Primero fue porque cuando nació Gustavo necesitábamos una casa más grande y después vinimos aquí por el trabajo. ¡Y ahora esto! ¡No me gusta ser la niña nueva todo el tiempo! Además, ¡me encanta este sitio!

—¡No seas egoísta! —replica Ezequiel.

—¡No soy egoísta! ¡Ya he soportado los cambios dos veces sin decir nada! ¡Nadie piensa en mí! —grita ella.

—¡Una oportunidad como ésta solo se presenta una vez en la vida!

—¡No es justo!! —grita la niña.

—Marina, cielo. Claro que pensamos en ti. Pero has de entenderlo —dice la madre.

—Además, ya hemos tomado una decisión —continua el padre—. Cogeremos un tren en una semana. Nos pagan el viaje, la casa y la matrícula en un colegio privado. Y el cambio no afectará en nuestros puestos de trabajo.

Marina contiene las lágrimas, enfadada.

—¡No! —exclama la niña, poniéndose en pie— ¡No me rendiré sin luchar!

—¿Pero qué dices? —pregunta su hermano.

—¡Te reto a jugar al escondite! —exclama.

Ezequiel deja escapar una carcajada y el resto de la familia no puede evitar reírse también.

—¿Me estás vacilando? —pregunta el chico.

—¡No! ¡Hablo en serio! Tú cuentas y yo me escondo. Si me encuentras nos vamos a Madrid, pero si gano nos quedamos.

—Cuidado, hijo, a tu hermana se le da muy bien ese juego —interviene la madre.

—¡Acepto el trato! —exclama Ezequiel, haciendo caso omiso a su madre.

La niña tiende la mano a su hermano mayor y él se la estrecha. Después, Ezequiel se pone contra la pared y empieza a contar.

—1, 2, 3, 4, 5, 6...

Marina sale corriendo de la casa escuchando a su hermano y comienza a buscar el lugar perfecto.

—10, 11, 12...

Nada, no encuentra ningún sitio. Empieza a ponerse nerviosa. El mar está justo delante de casa y en lo único en lo que puede pensar es que en Madrid no hay playa.

—20, 21, 22, 23...

Dentro del agua hay una barca blanca volcada. Marina lo sabe al instante: ahí.

—33, 34, 35, 36...

Rápidamente, la niña empieza a desvestirse hasta quedarse en bañador. Esconde la ropa y se mete en el agua.

—45, 46, 47, 48, 49, 50...

Sí, le basta con eso para sentirse mejor al instante.

—56, 57, 58, 59...

Marina bucea y se mete debajo de la barca pudiendo respirar y esperando que Ezequiel no la encuentre.

—97, 98, 99, 100. ¡Listos o no allá voy! —grita Ezequiel.

La búsqueda comienza.

El chico abre armarios y se mete en todas las habitaciones hasta que llega a la conclusión de que su hermana ha de estar fuera. Debajo de la barca, Marina escucha los pasos de su hermano por la arena. El chico busca por todas partes. Entonces ve la barca. Se quita los zapatos y los calcetines y se mete en el agua.

Marina contiene la respiración hasta darse cuenta de que Ezequiel está acercándose. ¡Porras! No contaba con eso, ¿ahora cómo sale de ahí sin que la vea? Tiene que pensar rápido. No quiere irse, no quiere irse, no quiere irse.

Marina coge aire, se mete debajo del agua y empieza a bucear. Ezequiel, por su parte, levanta la barca y se sorprende al no encontrar a nadie. Marina bucea y bucea.

Si sale, se acaba todo. Si sale, ha perdido. Si sale, tendrá que dejar su casa. Le arden los pulmones, pero no puede salir. Si sale, dejará a sus amigos. Si sale, será la chica nueva otra vez. No debe salir. Necesita aire, necesita aire, necesita aire. No puede más.

Entonces aparece la sirena.

Cuando Marina abre los ojos no es Eco quien la coge de la mano. La despierta el pitido de una máquina de hospital. La niña está tan asustada que intenta gritar, pero no le sale la voz. Aunque todo el miedo desaparece cuando descubre que su hermano mayor le está estrechando la mano.

—¡¡Marina!!

El chico la mira con los ojos repletos de lágrimas. El resto de su familia está con ella y lloran y sonrían al mismo tiempo. Antes de poder evitarlo, Marina se da cuenta de que también está llorando. Les quiere tanto...

—Lo siento —dice Ezequiel—. Lo siento. Tú ganas.

LO QUE ECO VE EN EL ESPEJO

La luz del sol es tan fuerte que hace daño en los ojos. Un grupo de amigos baja la montaña trotando. Son cuatro. Noelle va delante y la siguen Mónica, Pablo y Alberto. Es el último entrenamiento del equipo de atletismo antes de la competición. El equipo se ha separado, y aunque el grupo de amigos está bajando, el resto sigue en lo alto de la montaña. Una de las atletas se ha mareado y el entrenador ha aprovechado para dar una charla sobre nutrición de la que han logrado escapar.

—¿Qué te pondrás esta noche? —le pregunta Mónica a Noelle.

—Hmm... zapatos, medias, vestido —responde. La chica baja el ritmo y pega un salto para esquivar una piedra que cruza el camino.

—Hasta ahí llego, Noelle —dice Mónica.

—¿No me digáis que vais a salir esta noche? —pregunta Pablo—. ¡Mañana competimos!

Las chicas ponen los ojos en blanco a modo de respuesta.

—Bah, yo solo me he apuntado a esto del atletismo para vigilar a mi hombre —dice Mónica, refiriéndose a Alberto—. Y, bueno, porque debo mantener este cuerpazo. En fin, que la única que puede hacer algo en la competición es Noelle y ella no beberá porque tiene que llevarme a casa.

—También podrías ir pensando en sacarte el carnet de coche —dice su amiga—, que ya has cumplido los dieciocho.

—¿Para qué? ¡Si ya me llevas tú! —contesta, con una sonrisa—Ahora en serio, mañana tendré que inventarme una excusa. ¿Qué digo, que me duele la barriga?

—No sé, tía, creo que ya has utilizado eso demasiadas veces. Aunque, bueno, conociéndote seguro que mañana acabas vomitando —dice Noelle, riendo.

El resto se ríe también y Mónica se hace la enfadada.

Otra chica entra en escena. Está corriendo, dando grandes zancadas. Tiene los cascos puestos y tararea “Hall of fame” de The Script en voz baja. Se llama Lucía Benítez. Aún tiene diecisiete años y su cabello, rubio y liso, ondea al viento recogido en una coleta. Se siente bien cuando corre.

La chica desciende la ladera a gran velocidad, metiéndose en el camino del grupo de amigos. Cuando se da cuenta de lo que va a ocurrir, Lucía intenta frenar, pero no lo consigue y acaba embistiendo a Noelle. La chica aterriza en el suelo, con un rasguño en la rodilla.

—¡Au! —exclama, incorporándose.

—¡Lo siento! —dice Lucía, tendiéndole la mano—. ¡Lo siento muchísimo!

—Puedo sola.

—Perdón —repite Lucía—. Lo siento de verdad. Estaba concentrada e iba escuchando música y metida en mi mundo... y cuando me he dado cuenta no he podido frenar. No te he hecho daño, ¿verdad?

Noelle no contesta y se pone de pie con ayuda de Mónica. Después, Mónica se acerca a Lucía.

—¿Qué escuchabas? —pregunta.

No le deja tiempo para responder. Le quita uno de los auriculares de la oreja y se lo coloca en la suya, a escasos centímetros de su cara.

—Standing in the hall of fame, And the world’s gonna know your name... — tararea.

—¿Me dejas ver? —pregunta Noelle desenganchando el reproductor de la camiseta de Lucía.

—Venga, Noelle, dame eso —dice Lucía.

—Para ti es Noelia, cielo —dice—. ¡No jodas! ¡Esto es High School Musical!

Alberto se acerca.

—¿A ver? —dice, cogiendo el iPod—madre mía, menuda friki.

Lucía se acerca al chico y le coge el iPod de la mano. Se lo vuelve a

engancha en la camiseta y decide marcharse. Tiene ganas de llorar, pero no va a dejar que la vean hacerlo. La chica va a seguir su camino, cuando se tropieza. Noelle acaba de ponerle la zancadilla.

Aterrizan de morros en el suelo arenoso y repleto de piedras. Están en un lugar de la montaña al que todos llaman El Mirador. Y es que desde ahí hay unas vistas impresionantes, pero si miras hacia abajo te encuentras con un vertiginoso precipicio que acaba en un barrizal.

—¡Joder! —grita Lucía incorporándose—. ¿Pero tú de qué vas?

—¿Acaso no me has hecho lo mismo?— dice Noelle.

—¡Pero yo no lo he hecho a propósito, imbécil!

—¿Me acabas de llamar imbécil? —pregunta la otra, sin perder la sonrisa.

Lucía respira hondo y decide marcharse. No quiere meterse en un enfrentamiento que sabe que no va a ganar. Pero cuando quiere irse, Pablo se cruza en su camino y le corta el paso.

—Venga, respóndele —dice—. ¿Has llamado a mi amiga imbécil?

Lucía tiene un nudo en la garganta.

—¿Me acabas de llamar imbécil? —pregunta de nuevo Noelle, poniéndose delante de la chica.

—No...—dice ella con un hilo de voz.

Los ojos le escuecen. Lo único que desea es salir corriendo.

Noelle empuja a la chica contra la pared de la montaña. A continuación, la agarra por los hombros con violencia, y la mira fijamente.

—Repítelo —Noelle nota como Lucía está temblando.

—No... no te he llamado imbécil —dice.

Lucía consigue zafarse de los brazos de Noelle. Cuando se aparta, tiene las mejillas manchadas de lágrimas. Está a punto de irse pero... Noelle, que aún no se ha cansado de jugar, le pone la zancadilla. Lucía tropieza con la pierna, se resbala y se tambalea. Todos ven, a cámara lenta, cómo el cuerpo de Lucía cae de espaldas. Aterrizan en el suelo, golpeándose en la cabeza.

Durante unos segundos, los cuatro amigos se quedan congelados. Las

cosas podrían haber sido diferentes... Lucía podría no haberse hecho daño. Podría haberse puesto de pie enseguida y habría bajado la montaña corriendo, sin decir nada. Y Noelle y sus amigos la habrían seguido unos minutos después, entre risas, hablando de la fiesta de esa noche o quizás de la competición. Podría haber acabado como tantas otras veces... pero no es así como acaba.

Mónica es la primera en reaccionar.

—¡Joder! ¡Ayudadme! —dice, arrodillándose al lado de la chica.

Se quita la sudadera de la cintura y la coloca bajo la cabeza de Lucía. La sudadera comienza a empaparse de sangre. Mónica coloca sus dedos en el cuello de la chica, para tomarle el pulso.

—¡Mierda! ¡No respira!

El resto sigue bloqueado. Noelle ha dejado de escuchar, tiene la mente en blanco. <<La he matado>>, piensa. <<La he matado>>. Su cerebro repite una y otra vez esa idea, pero no es capaz de creérselo. Siente como si estuviera viendo la escena, pero desde lejos, con otro enfoque. Como si le estuviese ocurriendo a otra persona.

—Voy a llamar a una ambulancia —dice Pablo, sacando el teléfono de su bolsillo.

—¡No!— le interrumpe Mónica —Nadie va a llamar a nadie. Está muerta. Y si nos ven con el cadáver nosotros también lo estaremos. Tenemos que deshacernos de Lucía. El resto del equipo llegará en cualquier momento. Debemos ser rápidos.

—Pero... tenemos que pedir ayuda... —dice Noelle con un hilo de voz.

—No. Si lo hacemos se acabará todo. Nuestra vida, nuestro futuro, la universidad... todo. Venga, chicos, vais a ayudarme a cogerla.

Alberto y Pablo, como autómatas, se acercan al cuerpo sin vida de Lucía. La sudadera de Mónica ya está prácticamente de color rojo. Pablo se acerca y, con ayuda de Alberto, la cogen en brazos.

—Venid aquí —dice Mónica acercándose al borde del mirador.

A su lado hay una barandilla de madera, para evitar que la gente se caiga.

Y detrás de la barandilla se encuentra el precipicio.

—Vamos a lanzarla desde aquí, ¿me habéis oído? —dice la chica—. Aterrizará en el barrizal. Tardarán mucho en encontrarla y cuando lo hagan pensarán que ha sido un accidente. ¿Vale? No nos relacionarán con esto.

Mónica le quita a Lucía la sudadera de la cabeza. Alberto y Pablo están bloqueados, sujetando el cadáver.

—¡Venga, chicos! Lanzadla ya. ¡Aseguraos de que caiga! —ordena.

Los chicos tardan un poco en reaccionar. Menean la cabeza, como si despertasen de un sueño.

—¡Vamos! ¡Lanzadla! —repite Mónica.

Los chicos se miran entre ellos y, a continuación, lanzan el cadáver por encima de la barandilla con todas sus fuerzas. Desde lo alto del mirador, los cuatro amigos ven como se despeña el cuerpo de Lucía. Cae, cae y cae hasta aterrizar en el barrizal.

Están unos cuantos segundos quietos, asimilando todo lo que acaba de ocurrir. Entonces, escuchan al resto del equipo bajando por la montaña.

—Rápido, tenemos que irnos —dice Alberto.

—Venga, Noelle, muévete —dice Mónica, cogiendo a su amiga del brazo.

—Tenemos que irnos —repite Alberto.

En grupo, comienzan a descender por la ladera, corriendo sin parar. Una vez están bajo, cada uno ha de irse en una dirección. Pasan un rato mirándose. Diciéndose sin palabras que ninguno ha de contar nada de lo sucedido. Noelle está llorando.

—Noelia —dice Mónica a su amiga—. Tranquilízate, ¿me has oído? No la vimos, ¿vale? Bajamos echando una carrera y fuimos a nuestras casas. ¿Entendido?

—Sí. Sí. Sí —responde. A continuación, el grupo se separa.

Por suerte o por desgracia, la casa de Noelle está cerca. La chica tarda, como poco, cinco minutos en lograr abrir la puerta. La mano le tiembla y las lágrimas han nublado su visión. Una vez dentro, echa la ropa a lavar y corre a

meterse en la bañera.

El agua está casi hirviendo, pero no le importa. La chica comienza a frotar su cuerpo de manera compulsiva. Su cuerpo está cubierto de barro, y por mucho que frote nunca dejará de estar sucia. Noelle cierra los ojos y ve a Lucía, atrapada en el barrizal. Abre los ojos, temblando, pero aun así no puede dejar de verla.

Es ella la que debería estar atrapada en el barro.

Ya no está sujetando la mano de Marina. Se da cuenta antes de abrir los ojos. Sujeta una mano más grande y menos suave. Es la mano de su padre. Eso también lo sabe al instante.

Abre los ojos y se encuentra con unas paredes blancas y el pitido de la máquina que controla su respiración. ¿Está en el hospital? Entonces ve a su padre. Tiene el rostro cansado y las mejillas llenas de lágrimas. Sus ojos azules parecen vacíos, y reflejan una tristeza infinita.

—Papá...—dice Noelle con un hilo de voz.

Al verla, al hombre se le ilumina la cara. Es como si hubiese rejuvenecido veinte años en dos segundos. Es como si hubiese vuelto a la vida. El hombre está llorando pero parece... parece feliz.

Por eso, cuando su padre sonrío, Noelle le devuelve la sonrisa.

MÍO

I don't think that I've been in love as such
although I liked a few folk pretty well
Love must be vaster than my smiles or touch
for brave men died and empires rose and fell
for love, girls follow boys to foreign lands
and men have followed women into hell
In plays and poems someone understands
there's something makes us more than blood and bone
And more than biological demands for me love's like the wind unseen,
unknown
I see the trees are bending where it's been
I know that it leaves wreckage where it's blown
I really don't know what I love you means
I think it means don't leave me here alone

Neil Gaiman (Dark Sonnet)

DÍA UNO

14:30

Las hojas, perfectamente dobladas, están colocadas encima de la mesa. He cogido una: es de un color blanco amarillento, como el de un pergamino o el de un mapa del tesoro. Por un segundo, pienso que tiene ese color porque lleva casi una década guardada en una caja, esperando a que alguien escribiera en ella. Pero está claro que las hojas siempre han sido del mismo color y, por supuesto, ellas no esperaban. Era yo quien aguardaba el momento de tener algo que decir.

La caja me la regaló mi hermana Sabrina el día de mi décimo cumpleaños. Es una cajita de madera pequeña, cubierta por una tela de color verde con graciosos elefantes bordados en ella. Al abrirla, encontré una serie de hojas iguales a las que estoy usando, acompañadas por unos cuantos sobres y el bolígrafo de tinta negra con el que escribo.

Me pareció el mejor regalo del mundo.

—Es para que puedas escribirme si estamos separadas —dijo Sabrina—. Porque sé que algún día estarás recorriendo el mundo, viviendo aventuras, y me gustaría que me echases un poquito de menos y me contases todo lo que ves y todo lo que sientes.

Con la caja en mis manos, comprendí que le había hecho una promesa a mi hermana. Una promesa que tenía que cumplir.

—Cuando escribas —añadió Sabrina—, hazlo con cuidado, con cariño y con buena letra. Cuéntame una buena historia, Vi, porque estarás escribiendo tu vida.

No estoy de viaje. No estoy recorriendo el mundo de punta a punta. Nunca pensé que acabaría llenando las hojas con esta historia.

14:40

Querido Mío,

No creo que vayas a leer esto nunca, así que, en realidad, estoy escribiendo para mí misma. ¿Por qué lo hago? Supongo que porque mis padres están trabajando, mi hermana ha salido y yo estoy sola en casa. Desde hace unos días paso mucho tiempo a solas. Me acuesto tarde y me levanto temprano, estoy desanimada, apenas salgo de casa y tampoco quiero hablar con nadie. Paso las horas encerrada en un espacio claustrofóbico en el que convivimos mis pensamientos y yo. Y mis pensamientos están empezando a ahogarme. No sé por qué, pero he pensado que escribir me ayudaría a sentirme un poco mejor.

Una vez leí que escribir es terapéutico. Yo espero que sea como arrojar un poco de luz sobre todas esas cosas que hay dentro de mi cabeza y que me dan tanto miedo. No deseo acabar con ellas, sino tenerlas delante para poder verlas con claridad y buscar la manera de afrontarlas.

La verdad es que no estoy segura de que escribir sea una buena idea, aunque ahora tengo claras muy pocas cosas. Pero quiero hacerlo. Voy a narrarte mi historia, Mío. Y te hablaré de mi familia, pues, al fin y al cabo, también es la tuya.

15:00

LISTA DE PERSONAS BUENAS:

- Mamá
- Papá
- Sabrina
- Naomi
- Biel

Estas cinco personas me hacen feliz, y sé que harán lo mismo contigo.

Mi madre se llama Manuela. Es dulce, divertida, cuenta muy buenos chistes y es la mejor dando consejos. No le gusta cocinar, pero le encanta la repostería. Adora ir a la playa y siempre huele a sal y a crema solar.

Pasamos mucho tiempo juntas, pero me he dado cuenta de que solo la conozco de manera superficial. A veces le pregunto cosas sobre su pasado; pero entonces se convierte en una persona hermética. Apenas habla sobre su familia, su infancia o adolescencia. Yo he aprendido que hay temas de los que prefiere no hablar, y uno de esos temas es Cian.

Cian fue el primer amor de mi madre. Empezaron a salir a los diecinueve años; ambos estudiaban Bellas Artes.

Era bastante pequeña cuando mi madre nos contó a Sabrina y a mí la historia de cómo se conocieron, pero aún recuerdo algunas de sus palabras.

—¿Cómo no iba a pedirle una cita? —dijo mamá—. Él tenía nombre de acuarela y yo vocación de pintora.

Así que mi madre le pidió salir y él aceptó. Fueron a cenar y después al cine. Mamá dice que al besar a Cian sintió vértigo, y que así es cómo se sabe si un beso es de verdad. Tras acabar sus estudios se fueron a vivir juntos y unos años después nació mi hermana, Sabrina. Esto es todo lo que te puedo explicar, pues mi madre nunca ha ahondado demasiado en la historia. Va desde el principio hasta el final, pasando de puntillas por el resto.

Si mamá habla de Cian los ojos le brillan en exceso, reflejando una felicidad amarga, nostálgica y triste. No tenemos fotos suyas en casa, de hecho, solo hay dos y están en la habitación de mi hermana. Cian era un hombre guapo, con la mandíbula cuadrada y cabellos rubios y puntiagudos. Mi hermana se parece bastante a él. Ella tiene el mismo cabello dorado, las cejas gruesas y los ojos grandes y azules.

Mamá evita hablar de Cian con papá delante. Creo que le da miedo que se sienta celoso, pues ambos saben que mamá nunca podrá quererle como a Cian.

Cian falleció poco después de nacer Sabrina. Murió en un accidente de tráfico y mamá se enfadó con él porque la había dejado sola. Mi madre cayó en una profunda depresión. En ese estado no podía cuidar de su hija; ni siquiera podía verla, ya que le recordaba demasiado a Cian. Y así fue como, con veinticinco años, deprimida, y con un bebé de meses, mi madre volvió a casa de mi abuela Patricia (quien falleció hace unos años y también era una buena persona).

Mamá vivió en la casa de mi abuela hasta que Sabrina cumplió cuatro años. Durante todo ese tiempo apenas salió de casa: se limitaba a acompañar a mi abuela a hacer recados, hacía un poco de deporte, e iba todos los fines de semana a desayunar a su cafetería favorita. Sabrina creció con mi abuela.

Mi madre fue recuperándose poco a poco y, con el tiempo, comenzó a llevar una vida casi normal. Como estaba curada, la abuela pensó que ya era hora de que su hija volviera a salir por las noches, a conocer gente, a soñar; a vivir. Así que organizó una cita a ciegas con el hijo de una buena amiga suya. De ese hombre misterioso, mamá solo conocía el nombre: Rodrigo.

La cita es mi parte favorita de la historia, pues papá y mamá siempre la cuentan juntos. Les he visto hacerlo en multitud de ocasiones. Con la práctica han ido perfeccionando la manera de hacerlo y se ha convertido en un verdadero espectáculo. Cada uno explica una parte, se turnan y hacen pausas dramáticas. Cuando narran la historia de cómo se conocieron tengo la sensación de que están haciendo malabares.

El caso es que llegó el día de la cita a ciegas. Mamá estaba histérica. Había pasado horas imaginando quién sería y preparando el vestido que se

pondría. La abuela y Sabrina se habían ido de casa para dejar intimidad y... ¡ding, dong! Mamá corrió a abrir la puerta al desconocido... que resultó no serlo tanto. ¡Era el camarero que la atendía en la cafetería a la que iba a desayunar todos los fines de semana! En cuanto se vieron ninguno pudo contener las carcajadas, ¡no podían creerlo! Pasaron varios minutos riendo sin parar (aún lo hacen al recordarlo), y mi madre llevaba años sin reír; por eso, ella siempre dice que papá le devolvió la vida.

18:30

En el salón de casa hay una foto que me encanta. Está encima del mueble que hay debajo de la televisión, junto a otras fotografías. Tiene el marco de color gris metalizado y en ella se ve a mis padres y a Sabrina. Mamá y papá están de pie, cogidos de la mano. Mi madre lleva unos vaqueros cortos, una camiseta verde y unas sandalias del mismo color. Mamá mira a papá de perfil, con la cabeza inclinada hacia detrás y la boca abierta. Se está riendo. Papá tiene el pelo cortado casi a cero y lleva pantalones marrones cortos, zapatillas y una camiseta amarilla. Él también ríe. Sabrina está encaramada a su espalda, luciendo un vestido azul con estampado de flores. Tiene los ojos cerrados y el cabello cortado por encima de las orejas.

Están delante de la fachada de su nuevo hogar: Apartamentos Villa Manuela. En la foto mamá estaba embarazada de mí.

Yo me llamo Violeta, aunque suelen llamarme Vi. Nací el veintiuno de septiembre de 1999, en el hospital provincial de Castellón de la Plana. Dentro de tres meses cumpliré diecisiete años. Lo único digno de mención del día de mi nacimiento es que mientras mi madre daba a luz, también nació otra niña. La llamaron Naomi y, para el momento del parto, nuestras madres se habían convertido en grandes amigas.

La madre, Kim, era vietnamita pero había nacido en Madrid. Los padres de Naomi nunca fueron pareja, pasaron una noche juntos y al saber que estaba embarazada, Kim no quiso contactar con él.

Tras una serie de problemas familiares y haber encontrado trabajo de cocinera en Castellón, Kim había decidido mudarse. Estaba viviendo en casa de una amiga y buscaba piso. Mamá le sugirió que se vinieran a vivir a nuestro mismo bloque de apartamentos, en el que muchos veraneaban pero donde nosotros pasábamos todo el año.

Es una suerte que nacióramos el mismo día, pues así celebramos juntas los cumpleaños y podemos fingir que somos mellizas. Ella es mi mejor amiga, forma parte de la familia. Estoy convencida de que, aún en una locura tan

grande como ésta, Naomi no se irá.

19:00

Ha sonado el timbre y he dado un respingo. Desde hace unos días estoy un poco paranoica. Temo que alguien descubra mi secreto. Me asusto cada vez que llaman a la puerta y cada vez que alguien se acerca de improviso. Imagino que me persigue un hombre vestido con un traje negro y con un maletín, que me saca de casa y me lleva a un sitio alejado, donde pueda interrogarme. Es de locos.

Desde que lo supe, hace dos días, no he salido de casa. Y hoy he pasado todo el día sin moverme de la silla, escribiendo. Si alguien se acerca, escondo las hojas y finjo estar mirando el móvil.

Ahora estoy sentada en el salón. Desde mi posición puedo ver la terraza. Vivo en el primero A, por lo que las vistas desde aquí son bastante bonitas. Se ve la piscina, donde juegan niños y adultos. Un poco más allá están la playa y el mar. Al lado de la mesa en la que escribo hay una gran ventana, a través la cual puedo ver el césped de las zonas comunes, los árboles, las palmeras y la villa que da nombre al conjunto de apartamentos Villa Manuela. Desde fuera parece algo vieja pero el interior está en perfecto estado. La villa está dividida en dos partes: la que veo yo y la de detrás, que es donde vive el portero. En la parte de la villa a la que cualquier vecino puede acceder hay unas cuantas habitaciones donde la gente se reúne a jugar a cartas, unos servicios y una mesa de ping-pong.

A la parte de arriba de la villa se accede mediante una gran escalera blanca por la que nadie suele subir. De pequeñas, a Naomi y a mí nos encantaba explorar la zona de arriba de la villa, pues estaba prohibido hacerlo. Nos convertíamos en Indiana Jones y vivíamos auténticas aventuras. Hace unos años reformaron los últimos pisos de la villa, y eso nos da rabia porque ahora que se puede subir no da miedo y ha perdido todo su encanto.

Naomi ha llamado al timbre. Es curioso porque ha aparecido justo cuando iba a escribir sobre ella. La he visto a través de la mirilla y he abierto la puerta un poco asustada porque, bueno, ya conoces mi paranoia del hombre vestido de negro. Mi amiga se ha quedado mirándome unos instantes.

—Estás horrible —ha dicho y yo me he puesto un poco roja.

Llevo dos días sin ducharme y sin cambiarme de ropa: no me separo de la sudadera que Biel se dejó en casa hace unos años, una de color gris oscuro que me va unas tallas grande, ni de mis pantalones de pijama favoritos.

Me he encogido de hombros y Naomi ha sonreído. Ella, a diferencia de mí, está preciosa, aunque sea con la parte de arriba de un bikini, una falda vaquera y unas chanclas. Lleva colgando del brazo una toalla azul, así que supongo que ha bajado a verme antes de ir a la playa.

Naomi es guapísima. Sus ojos son rasgados, pequeños y de color marrón oscuro. Tiene el cabello cortado por encima de los hombros, y teñido de un color que ella define como azuloscurocasinegro.

Después de que me recordara lo fea que estoy, lo que no me ha sorprendido porque ella siempre se pasa de directa, nos hemos quedado mirándonos. Después me ha regañado, pues llevo dos días sin dar señales de vida. Yo le he dicho que lo sentía y he accedido a quedar con ella esta noche, a regañadientes.

Ella fue la primera en saberlo, casi al mismo tiempo que yo. Ambas nos quedamos heladas, pues que tuviéramos la sospecha no hizo que el golpe fuera menor. No supimos cómo reaccionar. Naomi me abrazó, sin decir nada, sin juzgarme o sin demostrármelo. Tras unos minutos me preguntó qué quería hacer. Yo le pedí tiempo. Y hasta entonces eso ha sido lo que ha hecho; darme tiempo.

Si escribo esto es porque ya lo he decidido. Y si sigo escribiendo en vez de contarle lo que he decidido a Naomi y a Biel, es porque me da muchísimo miedo hacerlo. Porque en cuanto lo haga será real.

19:30

Se puede decir que Naomi y yo nos hicimos amigas a la fuerza. Éramos las únicas niñas que pasaban el curso en un apartamento de verano. La madre de Naomi se mudó al apartamento poco después de que su hija naciera. Como nuestras madres eran muy amigas nos apuntaron a la misma guardería, al mismo colegio y, después, al mismo instituto.

Kim, la madre de Naomi, era soltera y, sin ayuda de ningún familiar, todo el trabajo recaía sobre sus hombros. Si su madre tenía cosas que hacer, Naomi pasaba las tardes en mi casa. He de reconocer que entonces no me caía bien, ¡no la soportaba! Me parecía una chica prepotente, mandona e irritante. En el colegio apenas nos hablábamos y yo me esforzaba por pasar con ella el menor tiempo posible. Sin duda, se llevaba mejor con Sabrina que conmigo.

Sin embargo, algo cambió unos meses antes de nuestro octavo cumpleaños. Era a principios de verano y Sabrina me iba a llevar a la fiesta de cumpleaños de una amiga. Estaba un poco nerviosa porque a la fiesta iban a ir todos mis compañeros del colegio. Aún faltaba casi una hora para que empezara la celebración pero mi hermana y yo ya estábamos bajo y la apremiaba para que nos fuésemos cuanto antes. Entonces nos encontramos con Naomi, que leía un libro sentada en el césped junto a la piscina.

—¡Hola! —la saludó Sabrina.

Naomi sonrió, dejó el libro en el suelo y se puso de pie. Entonces se fijó en el regalo de cumpleaños que tenía en mis manos.

—¿Tú no vas a venir a la fiesta? —pregunté.

Vi cómo su rostro se transformaba. Naomi se acercó a mí y me empujó con todas sus fuerzas.

¡Chof! Aterricé dentro de la piscina. Me quedé paralizada y Sabrina, que tampoco se esperaba eso, tardó más de la cuenta en acercarse para ayudarme a salir. Me había empapado el vestido y había destrozado el regalo. Me quedé

mirando a Naomi, bloqueada, enfadada, y entonces empecé a llorar, incapaz de entender qué había pasado. Naomi me miró con dureza, sin decir nada, y después se fue corriendo. Sabrina, que había visto todo lo que había ocurrido, se acercó a mí. Pensé que vendría a consolarme.

—Espérate un momento, Vi —dijo, para mi sorpresa.

Así que, tiritando, contemplé cómo mi hermana seguía a Naomi e iba a consolarla a ella. Estuvieron hablando durante un largo rato. Después, Sabrina vino a por mí. Me llevó a casa, me quitó el vestido mojado, me secó el pelo y pasó casi media hora soltándome una charla. Yo no entendía nada, ¡la tonta de mi vecina me tiraba al agua y a quien reñía era a mí! Sabrina me dijo que no quería que fuese a una fiesta en la que invitaban a toda la clase excepto a una persona, e insistió en que le diera una oportunidad a Naomi.

No fui al cumpleaños. A partir de ese día Sabrina me obligó a pasar más tiempo con Naomi. Estaba convencida de que acabaríamos siendo grandes amigas. Como siempre, el tiempo le dio la razón.

20:25

Mi hermana vino ayer a Villa Manuela, donde pasará el resto del verano. Ahora que está en la universidad solo puedo verla durante las vacaciones y la echo muchísimo de menos.

Sabrina y yo nos llevamos cinco años, pero, aun así, siempre hemos tenido una relación muy estrecha. De pequeña, mi pasatiempo favorito era dar paseos por la playa con ella. Nos lo contábamos todo. Ella me hablaba de su día a día o de sus planes para el futuro. Yo le explicaba cosas sobre el colegio y mis compañeros. Hablábamos tanto que siempre se nos acababan los temas de conversación. Entonces ella me contaba la trama de alguna película o me hablaba sobre sus últimas lecturas. En esa época yo detestaba leer, pero me encantaba cómo me resumía sus libros favoritos.

Sabrina siempre ha sido un espejo en el que mirarme: mi confidente, mi amiga y mi heroína. En el fondo, creo que la envidiaba un poco. Sabrina ha sido una persona brillante, una alumna de sobresaliente a quien todos auguraban un gran futuro. Ella siempre ha tenido grandes ambiciones, un montón de sueños que ha ido cumpliendo uno a uno.

Recuerdo lo mal que lo pasé en tercero de ESO, cuando los profesores nos dijeron que teníamos que optar por el bachillerato que haríamos en el futuro. Ese día llegué a casa bastante triste, pues no sabía qué opción escoger. La verdad es que ninguna me llamaba la atención. Tuve una larga conversación telefónica con mi hermana en la que me preguntó qué me imaginaba haciendo de mayor. Yo no supe qué responderle. Al final dije que me imaginaba aquí, en el apartamento. Quería seguir aquí. Dando largos paseos por la playa, pasando tiempo con las personas a las que más quería. Sabrina se enfadó conmigo. No lo entendió. No entendió que yo no tuviera ningún sueño.

Al final me decanté por el bachiller científico, porque así podría seguir yendo a clase con Naomi.

El caso es que aunque mi hermana y yo siempre hemos estado muy unidas, en ocasiones sentía que nos separaba un mundo.

Digamos que Sabrina nunca ha sentido que encajara en casa y, aunque los quiera muchísimo, nunca ha tratado a mi madre como a una madre, ni a mi padre como a un padre. Además, ella es una persona inquieta, con espíritu aventurero y con unas ganas impresionantes de comerse el mundo. Nunca ha soportado estar mucho tiempo en el mismo sitio. De adolescente aprovechaba todas las oportunidades para marcharse cuanto más lejos mejor, aunque no conociera su destino. Necesitaba escapar para sentirse bien, huir para volver a casa.

Sabrina abandonó Villa Manuela hace unos años. Tan pronto como pudo se mudó a Barcelona, pasó un año trabajando de camarera y haciendo lo que le apetecía y después empezó a estudiar Periodismo en la universidad. Ahora está en su último año de carrera. Su sueño, desde que era pequeña, es convertirse en una prestigiosa reportera de guerra.

Se fue de casa a los dieciocho años, cuando yo tenía trece. Al principio nos llamaba sin falta todas las semanas y mamá y papá mantenían largas conversaciones con ella. Luego se convirtió en una cosa mucho más esporádica. Yo le escribía cartas cada sábado para explicarle cosas sobre mi semana; le hablaba de mí, de papá, de mamá, de Naomi y del chico nuevo, Biel. Ella siempre me respondía. Me hablaba de sus nuevos amigos, de sus estudios y de esa chica, Claudia, con la que compartía piso y que acabaría siendo su novia.

Me enteré de que Sabrina era lesbiana un año antes de que se fuera de casa. Mis padres estaban trabajando y nosotras estábamos solas en el apartamento. Yo entré en su habitación por algún motivo que ya no recuerdo y entonces la vi besando a una chica que pensaba que era su amiga. Puse cara de susto y retrocedí, haciendo una mueca. La “amiga” de mi hermana se fue enseguida y Sabrina estuvo unos segundos quieta, mirándome, como si buscara las palabras adecuadas.

—Es mi novia —dijo. Yo asentí.

—¿Cómo se llama?

—Inés.

—Ah. Parece maja.

Sabrina se quedó callada.

—¿Y bien? —preguntó.

—¿Qué?

—Que qué te parece, Violeta.

—¿Inés? Ya te he dicho que parece maja.

Sabrina suspiró, exasperada.

—Joder, Vi, me refiero a lo nuestro.

—Bien —dije—. Me parece bien. Claro. No sé. Solo me ha sorprendido porque no tenía ni idea de que tuvieras novia. Ya está.

Sabrina se dejó caer en el sofá y la vi abatida. Yo me senté a su lado.

—¿Te daba miedo que me pareciera mal? —pregunté, mirándola a los ojos e intentando escuchar sus pensamientos.

—No lo sé —murmuró, clavando sus enormes ojos azules en los míos.

Mi hermana bajó la mirada al instante, rompiendo el contacto. Demasiado tarde. Ese es su punto débil: Sabrina tiene los ojos tan grandes que a través de ellos se le puede ver por dentro.

—Tampoco cambia nada —dije unos minutos después.

Sabrina, sin decir palabra, me dio la mano y me la estrechó.

—Yo no voy a decir nada —añadí—, pero, se lo contarás a papá y a mamá, ¿no?

—¿Qué?

—Pues que te gustan las chicas —respondí.

Sabrina frunció el ceño y luego sonrió.

—¿Tú les vas a decir que te gustan los chicos?

No se me ocurrió ninguna respuesta. Mi hermana me soltó la mano, se levantó, y se fue. No hablamos más del tema. Pero acabó contándoselo a mis padres, porque no era lo mismo. Una tarde, unos meses después, trajo a Inés a casa.

—Es mi novia —dijo.

Mis padres se mostraron aún más sorprendidos que yo. Sabrina los presentó y papá y mamá estuvieron interrogando a Inés: << ¿Cuántos años tienes? >>, <<¿Qué estás estudiando?>>, <<¿Cómo os conocisteis?>>, <<¿Cuál es tu signo del zodiaco?>>... Bueno, esto último no. Pero, de veras, la sometieron a un tercer grado. La pobre chica mantuvo su sonrisa forzada hasta el final.

Sabrina soportó ese absurdo numerito durante no más de siete minutos. Pensé que aguantaría menos. Después de eso mi hermana e Inés se marcharon, yo me fui a mi habitación y mis padres se quedaron en el salón y tuvieron una charla. Yo les espí. Hablaron en voz baja, haciéndose preguntas sin respuesta y diciendo cosas como: <<Tendríamos que habernos dado cuenta>>.

Me pregunto cómo será la charla que papá y mamá tendrán dentro de poco por mi culpa. Creo que no estarán tan calmados.

Sabrina llegó tarde a casa esa noche y se metió en la habitación con sigilo, tratando de esquivar a mis padres. Esa noche, papá y mamá fueron a hablar con ella. Con la oreja pegada a la pared, escuché que mamá le decía algo como que lo único que les importaba era que fuera feliz.

No volvimos a hablar del tema. Y aunque mis padres siempre apoyaron a Sabrina, ella nunca volvió a hablarles de ninguna de sus parejas. Y estoy segura de que papá y mamá se alegraron de que Biel fuera mi pareja.

Creo que la salida del armario de mi hermana incrementó la incomodidad que sentía. Y es que estoy convencida de que, por todo lo que te he contado, Sabrina nunca ha sentido que formaba parte de la familia, o al menos no de una manera total; y no sé si es por la muerte de su padre, por la extraña infancia que pasó en casa de la abuela, por mí o por su forma de ser.

La echo de menos durante el curso, porque es una persona a la que se echa de menos. Como ya sabes, Sabrina llegó hace un par de días y no sé cómo pude lograr hablar con ella sobre cosas “importantes” durante tanto tiempo, pasando por alto el tema más importante. Sabrina está sacando buenas notas, es feliz y su novia, Claudia, pasará aquí una semana. Irán al FIB (un festival de música internacional que se celebra aquí, en Benicásim), y me ha dicho que le gustaría que las acompañara. Pero, aunque le haya

respondido que me encantará ir, no me imagino yendo al FIB con ellas. Eso será dentro de más de un mes y yo no soy capaz de verme dentro de ese tiempo, ni dentro de quince días, ni de dos. No puedo imaginar mi futuro.

El miedo me ha agarrotado el cuerpo, ha nublado mi vista: ahora el presente no me pertenece y soy incapaz de pensar en el futuro. Por eso exploro el pasado, uniendo los puntos que me han traído hasta aquí.

21:35

RECORDATORIO: Te espero en los columpios a las diez. Biel no estará.

Esto es lo que dice el mensaje que Naomi me acaba de mandar. Y sé que si no bajo yo, subirá ella. Estoy escribiendo sentada en la cama de mi habitación. Mi respiración está alterada y los nervios hacen que me duela la tripa. No puedo dejar de mirar el reloj, contando los minutos y los segundos que faltan hasta el encuentro. Me pone histérica pensar en la situación, porque sé que a partir de esta noche todo será diferente.

¿Qué me dirá? ¿Qué le diré? Hemos quedado en el parque que está situado delante de la villa. Cuando éramos más pequeñas pasábamos las noches ahí, jugando con el resto de niños. Ahí he vivido algunos de los momentos más felices de mi vida. Me imagino a Naomi sentada en el columpio. Me imagino a mí misma asustada, sentada en el banco de madera que hay enfrente, enterrando mis manos en el bolsillo de la sudadera, intentando encontrar las palabras adecuadas y haciendo un esfuerzo para que me salga la voz. Tengo ganas de llorar. Ya no me sentiré cómoda donde antes estaba como en casa, pues cuando baje a ver a Naomi no podré dejar de verte a ti jugando en el columpio.

Después de cenar, Sabrina me ha preguntado si me pasaba algo y ha comentado que me veía muy pálida. Le he respondido que no era nada, que me dolía un poco la barriga porque tenía la regla. ¡Ja!

Es curioso porque yo no solía mentir. Nunca. Si decía una mentira, por insignificante que fuera, los remordimientos me destrozaban por dentro y me pasaba la noche sin dormir. Nunca les he ocultado nada a mis padres. Pero ahora miento con una facilidad impresionante.

Me da miedo. Ya no me conozco.

He entrado en mi habitación tan rápido como he podido, porque tenía unas ganas de llorar enormes. Ahora sigo teniendo las mismas ganas. Pero me da miedo llorar, porque si lo hago quizás no consiga parar nunca.

22:20

He pasado con Naomi un cuarto de hora exacto. No he aguantado más. He salido de casa a las diez menos dos minutos y a las diez en punto estaba en los columpios. Ella debía llevar un rato esperándome. Estaba balanceándose: llevaba una camiseta de color morado oscuro y unos vaqueros cortos; su cabello dibujaba ondas en el aire. Me ha visto aparecer, ha saltado de su asiento y se ha acercado a mí.

— ¡Vi! —ha exclamado.

Yo he intentado saludar, pero creo que no he conseguido decir nada. Se ha acercado a mí y no he podido evitar abrazarla, porque esa es mi manera de reaccionar ante el miedo. Ella me ha estrechado entre sus brazos y he tenido que decírselo en ese momento.

—Voy a tenerlo —le he dicho con la mayor seguridad que he podido demostrar.

Ella no ha respondido, me ha abrazado más fuerte y yo he hecho lo mismo, apoyando mi cabeza en su hombro. <<Voy a tenerlo>> he pensado. Voy a tener un bebé. Voy a tener un hijo. Voy a ser madre. Y de pronto, mirando por encima del hombro de Naomi, te he visto. Ahí estabas tú. Un bebé regordete, con el cabello rubio y la figura algo borrosa, balanceándose en el columpio para niños pequeños.

Y entonces he empezado a llorar. Pero no ha sido un llanto disimulado, controlado y tranquilo; no, esta vez he roto a llorar. He sollozado y lo he manchado todo de lágrimas y de mocos. De pronto me he sentido derrumbada, derrotada. Me ha desmoronado esa sensación de... tener claro que a partir de ese momento nada iba a ser igual. Eso te destroza, te parte. Porque entonces empiezas a echar de menos cosas y personas que nunca pensaste que tendrías que añorar.

Ya no quiero escribir más.

DÍA DOS

08:50

COSAS QUE TODAVÍA NO TE HE CONTADO SOBRE MIS MEJORES AMIGOS

- Naomi

De mayor quiere ser policía. Canta muy bien, pero lleva varios años sin hacerlo en público. Lee mucho más que yo: siempre que vamos a la playa se baja un libro y lo devora mientras yo me dedico a tomar el sol. Sus novelas favoritas son La historia interminable, de Michael Ende y El color de los sueños, de Ruta Sepetys.

Naomi descubrió que su padre se llamaba Marcos escuchando una conversación entre nuestras madres. Kim conoció a Marcos en un bar llamado Impropio. Se lo cruzó al salir por la puerta, conversaron un rato y después él la invitó a cenar. Eso fue todo. Es una historia simple, pero es más que todo lo que había sabido Naomi de su padre hasta ese momento. Hasta entonces, mi amiga nunca había necesitado más información, pero después de escuchar aquella conversación se obsesionó con la posibilidad de encontrar a su padre. Por eso, una noche en la que se quedaba a dormir en mi casa me lo contó y me pidió que la ayudara a buscarlo.

Yo no pude negarme, así que cogimos el ordenador y nos convertimos en unas famosas detectives. Introdujimos toda la información que teníamos: Madrid, su nombre y el nombre del bar. Entonces, nos encontramos con una noticia un tanto inesperada.

El madrileño Marcos Figueroa, gerente del bar Impropio, fallece en un accidente de tráfico.

Ambas nos quedamos anonadadas, paralizadas frente al ordenador. Yo no supe qué decir ni qué hacer, Naomi no dijo nada. La abracé. Por supuesto, nosotras no sabíamos si Marcos Figueroa era el padre de Naomi, pero la noticia de su muerte nos dolió igual.

Después de un rato, Naomi y yo entramos en la página de Facebook de

ese tal Marcos y comenzamos a leer todos los mensajes que sus amigos y familiares habían escrito en su perfil. Todos parecían quererle mucho. Pasamos la noche en vela, imaginándonos la vida de una persona que podría ser, o no, el padre de mi mejor amiga.

- Biel

...

Biel ha pasado una semana en su pueblo y vuelve hoy sobre las tres. No he podido hablar con él en días y creo que eso ha sido lo mejor. Pero hoy tengo que ir a verle y no podría estar más asustada.

09:15

Conocí a Biel hace cuatro veranos, cuando se mudó al apartamento. Naomi me lo presentó. Él y su familia se habían instalado en el piso enfrente del suyo y, como no conocía a nadie, mi amiga dejó que se apuntara a alguno de nuestros planes.

—Me llamo Biel Navarro Serrano. Me he mudado esta mañana, vivo en el tercero G —se presentó.

Me dijo todo esto como de carrerilla. Su cara y su forma de hablar me hicieron sonreír. Me llamó la atención su piel paliducha, sus enormes ojos verdes y su cabello despeinado del color de la arena.

—Yo soy Violeta, pero todos me llaman Vi —le dije.

Me gustó cómo me miró en ese momento, como si la información que le había dado no fuera suficiente, como si quisiera saber más. Eso también me hizo gracia. A decir verdad, todo en él me hacía sonreír. Ninguno de los dos supimos qué decir y permanecemos callados, hasta que Naomi nos sacó de la situación preguntándonos si queríamos ir a la piscina.

No me imaginaba que, tan solo dos años después, seríamos pareja. Es curiosa la forma en la que surgió todo. Biel me gustó desde el principio y enseguida nos hicimos grandes amigos. Fue él quien dio el primer paso y me pidió salir. Si no se hubiera atrevido quizás todo habría sido diferente.

Nunca olvidaré algo que ocurrió unos meses después de habernos conocido. Sucedió durante uno de los primeros días de septiembre. El padre de Biel y uno de sus hermanos fueron a sacar a su perro cuando la correa se rompió y el animal echó a correr. Todos fuimos a buscarlo: algunos adultos por un lado y Biel y yo por otro. El perro se llamaba Toro, era un labrador de unos diez años, de color dorado, al que Biel estaba muy unido.

Durante la búsqueda, Biel no dejó de hablarme del perro, contándome un millón de anécdotas. Yo le convencí de que lo encontraríamos sano y salvo. No cumplí mi promesa. Encontramos el cuerpo al final de una carretera

cercana al apartamento. Lo habían atropellado.

Biel se lanzó a la carretera, llorando. Yo lo traje de vuelta a la acera y lo agarré para protegerlo. Biel estaba sollozando. No parecía humano. Se había convertido en una frágil figurita de porcelana que se rompía delante de mí. Yo tuve que abrazarlo con fuerza para que no se me cayeran los trozos. Hasta que los padres de Biel nos encontraron permanecimos abrazados y, en un momento dado, cuando Biel se calmó y se quedó quieto, aferrándose a mí, sentí algo que nunca antes había experimentado: quise quedarme así para siempre.

10:05

Un día de verano, Naomi me preguntó si estaba enamorada de Biel. Recuerdo la escena a la perfección: estábamos tumbadas sobre las toallas, al lado de la piscina, y el sol brillaba tanto que tenías que taparte la cara un poco si querías ver algo. Unos segundos antes estábamos hablando de granizados y horchatas, así que me sorprendió ese cambio de tema.

Desde mi posición podía ver a Biel. Estaba jugando a la pelota con un grupo de amigos, riéndose con la boca muy abierta mientras intentaba hacer toques con la cabeza. Llevaba un bañador de color azul con palmeritas y en su cara aún brillaban restos de la crema solar, porque él necesita ponerse quince millones de capas de crema para no quemarse.

Lo recuerdo como si fuese ayer.

—Sí—. Le respondí a Naomi sin pensarlo. No tenía ninguna duda.

—¿Y eso cómo es? —preguntó ella.

Para responder a aquello sí que necesité más tiempo.

¿Cómo es eso de estar enamorada? No recuerdo que le dije, pues, ahora, aún necesito pensarlo. Bueno, para empezar, lo de las mariposas en el estómago es cierto. O al menos lo ha sido en mi caso. Sientes un cosquilleo en el estómago, es agradable y te deja una sonrisa en la cara que te hace parecer imbécil. Yo pensaba que, con el tiempo, el nerviosismo de antes de una cita o el que provocan los besos inesperados desaparecía, pero no. Normalmente las mariposas se quedan quietas pero, a veces, revolotean tan solo con pensar en él.

Y luego está el hecho de saber que él también te quiere a ti. Mandarle un mensaje y esperar a que responda, mirando el móvil como una tonta. Quedar con él y darte cuenta de que te está sonriendo, del mismo modo que tú le sonrías a él. Estar a su lado, haciendo cualquier cosa y saber que te está mirando. Saber que le gustas, que te quiere en todos los aspectos. Creo que esa es la mejor parte.

Voy a echarlo de menos. Voy a echar de menos al Biel que me saca la lengua, me coge en volandas y me tira al agua aunque vaya vestida. Voy a echar de menos tomar helado para cenar y pasear por la playa cogida de su mano. Voy a echar de menos coger su mano.

Ya le echo de menos. Ya me echo de menos a mí misma con él.

11:00

Biel y yo nos dimos el primer beso a los catorce años. Fue a principios de verano, un día en el que Naomi tenía anginas y no pudo salir de su casa. Como estábamos acostumbrados a salir también con ella me preocupaba que todo fuese forzado o incómodo, por esa tontería de que cuando estás sola con un chico todo es forzado e incómodo. Pero la verdad es que no fue así, para nada. Hicimos más o menos lo mismo de siempre: por la mañana, un poco de playa y piscina y, después de comer, piscina hasta que te escuecen los ojos. A veces estábamos solos y otras acompañados por los amigos de Biel.

Yo ya me estaba dando cuenta de que entre nosotros iba a pasar “algo más.” Lo notaba en nuestras risas nerviosas. Lo notaba en esos momentos en los que yo me quedaba mirándole y quería decirle algo y seguro que él también, pero al final nadie decía nada y los dos acabábamos mirando al suelo, cohibidos.

Sabía que iba a ser el día. Sabía que, de algún modo, ese día acabaríamos besándonos.

A la hora de cenar, Biel me acompañó a casa. En vez de meter la llave en la cerradura y entrar, me quedé mirándolo, con ganas de decirle algo pero sin saber qué. Pasamos unos minutos así, como dos bobos, sin saber qué decir, ni hacia dónde dirigir la mirada, ni qué hacer con las manos.

—¿Puedo besarte? —preguntó Biel.

Yo me reí y él se rio también, supongo que por inercia. No me podía creer lo que había pasado. Biel acababa de preguntar si podía besarme. La gente normal no hace eso. La gente normal no acostumbra a pedir permiso para besar a alguien (aunque debería hacerlo). Ese era Biel. Y, por supuesto, yo quería besarle.

Así que lo hice. Me acerqué a él, me puse un poco de puntillas, agarré su rostro entre mis manos y junté mis labios con los suyos, algo insegura. Y él tomó mi cintura y yo relajé los hombros y, sin dejar de besarle, apoyé mis brazos sobre él.

Y, sí, durante el beso, cerré los ojos. Lo hice porque sabía que así sería más fácil recordar ese momento. Y yo quería recordar ese beso todas las veces que pudiera hasta desgastarlo. Sentí eso que sintió mamá cuando besó a Cian por primera vez. Sentí el cosquilleo en los dedos, la efervescencia, el vértigo. Y por eso me agarré a él tan fuerte.

La sonrisa tonta no se me fue en toda la cena. Recuerdo que mis padres me preguntaron qué me pasaba, que si estaba enamorada. Yo negué con la cabeza, riendo. ¿Cómo iba a estar enamorada?, pensé. Solo había sido un beso.

Al día siguiente, Biel y yo nos encontramos en la piscina, como todos los días. Yo aún no le había contado nada a Naomi; pensé que no había prisa, pero, esa mañana, lo primero que hizo Biel al verme fue darme un beso. Yo me puse roja como un tomate, y le golpeé en el brazo con suavidad. Nuestros amigos empezaron a reírse. Biel se rio también. Y Naomi puso cara de enfadada, o de indignada o de ofendida; pero estaba de broma. Yo estaba demasiado feliz como para que ella estuviera enfadada.

Me enamoré. Me enamoré del acto de besarle (el pre-beso, el beso y el post-beso). Me enamoré de coger sus manos y que me las estrechara con fuerza. Me enamoré de sus ojos cuando me miraban y de cuando miraban el mundo, con ese deje de curiosidad y entusiasmo infantil. Me enamoré de la risa tonta que nos entraba en los momentos más íntimos, como si siempre fuese la primera vez. Me enamoré de él.

16:00

Querido Mío,

Cuando he salido de casa he visto a Biel en plena mudanza: arrastrando maletas acompañado por los futuros tíos y los futuros abuelos. Al verme, Biel me ha sacado la lengua (porque siempre le ha gustado sacar la lengua a modo de saludo) y yo he sonreído. No he estado tan asustada en mi vida. He preguntado si podía ayudar y, tras una negativa, me he sentado a esperarle.

Cuando ha acabado de subir las maletas, Biel me ha cogido de la mano, hemos salido del apartamento y hemos ido a “nuestro sitio”: un banquito de madera al lado de nuestra heladería favorita, muy cerca de Villa Manuela.

Hemos juntado las palmas de las manos y hemos entrelazado los dedos al mismo tiempo. Casi al instante, Biel me ha preguntado si estaba bien, porque estaba temblando. Yo no he respondido. Nos hemos sentado en el banco y me he dado cuenta de que seguía temblando y no sabía cómo dejar de hacerlo. Biel me ha sonreído. Su sonrisa es digna de mención, de verdad, porque Biel es la persona más expresiva que he conocido jamás. No conozco a nadie que sonría como él. Y no estoy hablando de tener unos dientes perfectos y blanquísimos. Cuando sonrío, Biel no lo hace solo con la boca. Toda su cara, todo él se transforma en una sonrisa.

Le he dicho que teníamos que hablar, que es la frase que más miedo le da a todo el mundo pero que a él no le ha dado miedo. Me he dado cuenta de que en la última palabra ya me faltaba la voz. Y me he preguntado cómo iba a conseguirlo. Biel ha tomado mis manos entre las suyas y yo he dejado de temblar.

—¿Qué quieres contarme? —ha preguntado, tranquilo.

He intentado aparentar normalidad pero tenía la garganta seca y los ojos acuosos y le he transmitido mi miedo.

—¿Qué pasa, Vi? —ha vuelto a preguntar.

—Estoy embarazada —he soltado la bomba tan rápido como he podido.

Parece mentira, cada vez que lo digo se hace más real. Te haces real. Y no sé cómo sentirme ante ello.

Biel se ha quedado paralizado. He notado cómo sus músculos se tensaban y yo me he quedado quieta, mirándole, y mirando su mano, que seguía agarrada a la mía. Biel, aún congelado, me ha abrazado con movimientos mecánicos.

—¿Estás embarazada? —ha dicho, apoyando su barbilla en mi hombro.

—Sí —he dicho.

Él ha escondido su cara en mi cabello y yo lo he abrazado un poco más fuerte, presionando mis dedos contra su espalda.

—Y... ¿Qué quieres hacer? —ha preguntado, con un hilo de voz tan débil que no podría sostener nada.

—Tenerlo —he respondido, con toda la fuerza y la seguridad que he podido permitirme.

—Bien —ha susurrado él. Me ha acariciado el pelo con cuidado y después se ha callado.

Y yo solo quería que me dijera que todo iba a salir bien, que lo lograríamos juntos. Que iba a ser tan fácil como cerrar los ojos. Pero no me ha dicho nada de eso. No me ha dicho nada.

Y me habría gustado decirle <<te quiero>> y <<te quiero muchísimo>> a la cara, mirándole a los ojos, y no cobardemente, con el rostro enterrado en su aroma y tan bajito que habría sido imposible que me escuchara.

Yo quería un beso, pero, sin embargo, sentí que el abrazo se iba deshaciendo. Primero lentamente y después de golpe, porque así es como menos duele cuando arrancas una tirita.

Al separarse, Biel ha estado a punto de decir algo, pero no lo ha hecho, solo me ha mirado con los ojos un poco perdidos, como si estuvieran buscando algo que no era yo. Y no me ha recordado que me quería. Y después se ha levantado y yo me he quedado ahí, sin querer dejarle marchar.

—He de irme a casa —ha dicho—. Necesito pensar.

Yo no he dicho nada y he asentido. Lo he entendido, aunque no por eso

me ha dolido menos. Quizás incluso me ha dolido más, porque yo soy incapaz de mirar dentro de mí y pensar. Por eso estoy escribiendo.

—Nos vemos mañana —ha añadido unos segundos después.

Y yo he vuelto a asentir. Y me he quedado sentada en el banco, sin llorar, sin sentir y sin ser. He pasado un buen rato mirando la playa y el mar y el cielo azul. He escuchado a los niños jugar en la piscina y me he sentido sola, en otra órbita. No te imaginas lo arrollador que es sentir que todo ha cambiado. Mi vida ya nunca va a ser igual, Mío, y yo no estoy preparada porque sigo siendo la misma persona.

23:00

Sabrina acaba de marcharse de casa, para sorpresa de mi padre.

—¿A dónde vas? —ha preguntado cuando la ha visto coger las llaves y acercarse a la puerta.

—He quedado —ha respondido.

—¿A estas horas?

—Sí.

—¡Si acabas de volver! —ha exclamado mi padre.

Pero ella ya estaba fuera.

Yo he escuchado cómo se cerraba la puerta sin moverme. Eso de quedar ha sido una excusa; se ha ido por mí.

Eran algo más de las diez cuando Sabrina ha vuelto a casa. Ya habíamos cenado y mis padres estaban en la terraza. Yo he oído cómo dejaba las llaves encima de la mesita del recibidor y cruzaba el pasillo.

—¡Hola, Vi!— me ha saludado, abriendo la puerta de mi habitación.

—Hola —he dicho con un hilo de voz.

A mi hermana le ha sorprendido mi expresión: mis ojos ausentes y el rostro pálido. Se ha subido a mi cama, como hacía cuando éramos pequeñas, y me ha mirado a los ojos.

Me he dado cuenta de que a pesar de llevar pocos días en la playa ya se había quemado. Tiene la nariz y las mejillas rosadas. También he advertido unas cuantas pecas nuevas en la punta de su nariz.

—Vi, ¿estás bien? —ha preguntado acariciando mi brazo.

—Vengo de hablar con Biel —he dicho, ajena a su pregunta.

En realidad habían pasado unas seis horas desde que había vuelto.

—¿Ha pasado algo? —ha vuelto a preguntar. Y mi garganta se ha

quedado seca. Claro que había pasado algo y ella lo sabía.

Podría haberme callado, o haber dicho que no quería hablar. Y ella lo habría entendido y no habría insistido. Sin embargo, había algo en su forma de mirarme que me ha hecho querer decir la verdad. ¿Cómo no se lo iba a contar a mi hermana?

—Sí. Ha pasado algo y, aunque no quiero contártelo, voy a hacerlo.

—Vale —me ha respondido ella.

Y se lo he contado. Todo. Cuándo fue, cómo fue. Que deberíamos haber usado protección, que siempre usamos protección, y que sin embargo esa noche habíamos bebido, y lo estábamos pasando mejor que nunca y llevábamos mucho tiempo sin vernos, y no queríamos parar. Y ni lo pensamos. Y yo lo sospeché, pero no quise decir nada porque no estaba segura; hasta que de pronto se convirtió en algo seguro. Y ella me ha mirado con una cara de regañina que se queda a medias. Y yo le he dicho que quería tenerlo, que quería tenerte.

Lo que no le he contado es que desde que lo sé estoy prácticamente todo el tiempo encerrada en casa y dentro de mí misma. No le he contado que jamás he estado tan asustada, que me paso el día temblando y que ojalá pudiera huir. No le he contado que estoy escribiéndote porque me siento muy, muy sola y que nunca me había sentido así. Tampoco le he contado que Biel me ha dejado sola y que eso me ha dolido muchísimo.

No le he dicho que el único pensamiento positivo que habita en mi mente eres tú. Que deseo tenerte, que quiero tenerte y que voy a tenerte. Y no le he dicho que solo quiero que alguien me diga que todo va a salir bien. Aunque sea mentira, aunque no lo crea de verdad.

Sabrina me ha abrazado, pero no demasiado. Porque ante todo ha palidecido y se ha quedado casi tan bloqueada como Biel. Me ha abrazado porque sabía que lo necesitaba, porque estoy asustada. No ha dicho nada más. Después de ese abrazo tan corto y tan de plástico se ha puesto de pie y se ha ido. El resto ya lo sabes. Yo no tengo nada más que añadir. “Ha quedado con alguien” y se ha ido sin despedirse.

DÍA TRES

07:00

En mi cabeza suena Say Something (de Christina Aguilera y Great Big World) y yo no tengo nadie a quien abrazar. Apenas he podido dormir, preguntándome qué pensará Biel. Me pregunto si dormirá. Y me pregunto qué pensará Naomi y qué pensará Sabrina. Intento evitarlo, pero también pienso en ti. Y pienso en los vecinos, que pronto comentarán que a mis padres les ha salido la hija un poco puta. Que menuda suerte tienen, una bollera y otra promiscua.

Y en qué pensarán mis padres, claro, que tendrán una charla de esas tuyas y que estarán asustados y enfadados y decepcionados a partes iguales.

No sé por qué, pero recuerdo una frase que leí hace un tiempo. Es de Neil Gaiman y dice así: No sé qué significa “te quiero”, supongo que quiere decir “no me dejes aquí solo”. En su momento no llegué a entenderla, pero ahora sí lo hago. Y es que el amor, por mucho que se diga lo contrario, es un acto interesado. Todos amamos buscando algo.

09:02

El corazón me late a una velocidad anormal. Todos en casa piensan que estoy dormida mientras discuten. Los gritos envuelven la casa. Sabrina, mamá y papá están hablando, pero sus palabras se entrelazan y soy incapaz de entender nada de lo que dicen.

Sabrina se lo ha contado. Sabrina me ha traicionado.

Siguen discutiendo.

Falto yo.

DÍA SEIS

15:35

Estoy mojando esto de lágrimas, pues llorar es lo único que hago desde que he llegado a casa. Creo que también he llorado en la clínica y durante la intervención.

No sé por qué estoy escribiendo. Ya no tiene sentido. Ya no estás.

Nunca pensé que escribir pudiera hacerme tanto daño. Se supone que es terapéutico, se supone que es bueno, se supone que ayuda. Pero ahora creo que escribir no me está sanando, sino que me está destrozando aún más. Ahora creo que escribir ha sido un error desde el principio.

No dejo de recordar que no eres real, que es estúpido que te escriba. Quiero destrozar esta hoja, lanzar el bolígrafo contra la pared y llenarlo todo de tinta. Pero no puedo hacerlo. No puedo parar. Todavía siento que te debo una explicación. Todavía busco la forma de pedirte perdón de todas las maneras posibles.

En la clínica me dijeron que nunca has existido, que nunca has sido un ser de verdad. Es posible que eso sea cierto. Pero yo te he sentido (y aún sigo sintiéndote). Has sido real. Has sido real para mí.

Desde que he llegado a casa, he convertido mi habitación en un terreno prohibido. La he convertido en mi castillo, en mi fuerte y, al mismo tiempo, en mi prisión. Ojalá pudiera abrir la ventana y salir volando como si fuera humo. Ojalá pudiera dejar de ver, de escuchar, de sentir, de ser.

Quiero dejar de escribir, pero al mismo tiempo no puedo hacerlo. Quiero que sepas que esto no ha sido culpa tuya. Tú no eres el problema. El problema soy yo.

Ya sabes lo que ha ocurrido. El día tres salí de la habitación para defender mi postura. Pero aún tengo dieciséis años, soy demasiado joven como para perder mi vida por un error. Soy una niña. No estoy preparada. Papá, mamá y Sabrina se lanzaron sobre mí con sus argumentos. Pero yo pensaba seguir luchando costase lo que costase.

Llamaron a Biel. Me alegré, pensé que me iba a apoyar. No sé por qué pensé eso. Biel estaba pálido y tenía los ojos abiertos y ojerosos. En cuanto lo vi supe que estaba demasiado asustado como para ayudarme.

Biel no dijo nada mientras escuchaba los mil argumentos de mis padres. Después, cuando nos dejaron unos minutos solos, me dijo que quizás tuvieran razón. Debía habérmelo esperado, pero sus palabras cayeron sobre mí como un jarro de agua helada. Biel dijo que éramos demasiado jóvenes, y estábamos demasiado asustados como para cuidar de alguien.

Entonces sentí que la historia que había construido se desplomaba sobre mí. Fui consciente de la verdad. Estaba sola. Siempre había estado sola. ¿Cómo iba a cuidar de un bebé yo sola?

No ha sido culpa tuya, Mío.

Es por mí. No habría sido una buena madre.

Lo siento.

DESPUÉS

El papel es de un color blanco amarillento, como el de un pergamino o el de un mapa del tesoro. En la hoja hay palabras escritas con tinta negra y una caligrafía inmaculada. Las letras son redondas y están un poco inclinadas hacia la izquierda.

Son las ocho de la tarde. Ya ha oscurecido y el mar está revuelto. Violeta se arrodilla sobre la arena. Sujeta las cartas con la mano derecha.

La chica vuelve a leer la última carta que escribió, esa misma mañana.

DÍA CUARENTA

08:00

He reprimido las ganas de escribirte, pero ahora todos mis pensamientos llevan tu nombre.

Ha pasado más de un mes y todo es muy diferente.

Biel y yo rompimos después del sexto día. Durante unas semanas me negué a verle. Dejé de hablar con él, del mismo modo en el que dejé de hablar con mis padres y con mi hermana. Fue como si volviera al principio. Volví a pasar días enteros sin salir de casa, encerrada en mi habitación. Mi familia estaba preocupada por mí y yo me sentía satisfecha al saber que les estaba haciendo daño.

Naomi respetó mi silencio durante una semana, pero después vino a verme. Me preguntó si quería que diéramos una vuelta y le dije que sí. Fuimos un rato a la playa y dimos un paseo por la escollera. Apenas intercambiamos un par de palabras. Éramos incapaces de hablar y, si lo hacíamos, todo sonaba forzado. Al día siguiente, Naomi vino a buscarme a casa a la misma hora. De nuevo, fuimos a la playa. Se convirtió en una rutina y, poco a poco, los paseos se hicieron más largos y los silencios más cortos.

Me sorprendí al darme cuenta de que ya no estaba enfadada. Seguía triste, dolida y nostálgica. Pero ya no estaba enfadada. Un día Naomi me hizo reír. Las conversaciones volvieron a ser fluidas; aunque seguía habiendo temas tabú, territorios por los que estaba prohibido pasar.

Pero a veces me sentía bien. Naomi y yo nos tumbábamos en la arena y el sol nos golpeaba en la cara. Era casi como si nada hubiese pasado. Cuando menos me lo esperaba, me daba de bruces con la tranquilidad, con el bienestar. Aunque era evidente que algo se había roto. Seguía sin hablar con las personas que más me importaban. Pero ellos seguían formando parte de mí. El mundo me recordaba que la vida seguía y que iba a tener que volver a ella, me gustase o no.

Un día, después de nuestro paseo, Naomi y yo fuimos a la piscina. Naomi fue a hablar con algunos de los chicos del apartamento, pues quería que nos

uniéramos a un partido de vóley en el agua. Biel estaba entre esos chicos.

—Yo ya me iba —dijo Biel al verme.

—No hace falta —le dije.

Él sonrió, aunque no lo hizo con todo el cuerpo. Fue una sonrisa tímida y superficial.

Ahora, un mes después de lo que sucedió, sigo sin pasar demasiado tiempo con mi familia o con Biel.

Pero estoy haciendo avances.

A veces, mis padres se sientan en el sofá para ver una película. Yo me acerco, les pido que me cuenten lo que ha pasado hasta el momento y me siento con ellos. Hay tardes en las que estoy en la cama, Sabrina entra en la habitación y se tumba a mi lado. Me pregunta cómo me ha ido el día. Yo le respondo, y si no queremos hablar de nada importante me relata la trama de su última lectura, como cuando éramos pequeñas. Sé que cada vez que habla quiere preguntarme si algún día dejaré de odiarla. Pero yo ya no la odio. Lo que ha pasado me sigue doliendo, pero sé que voy a perdonarla. Es mi hermana mayor. Sigue siendo la persona a la que más quiero en el mundo.

Cada día voy a la playa con Naomi y después a la piscina. Suelo pasar tiempo con Biel y sus amigos. Jugamos a la pelota y nos bañamos. A veces Biel se atreve a sonreírme de verdad o a sacarme la lengua, aunque todavía no hemos conseguido mantener una conversación durante más de diez minutos. No sé si volveremos a estar juntos. Ni si quiera sé si volveremos a ser amigos.

No sé si lograré perdonar a todas las personas que me han fallado. No sé si podré perdonarme a mí misma. Pero ahora eso no me preocupa. Me conformo con ir dando pequeños pasos, me conformo con ir reduciendo las distancias. Sé que las cosas volverán a estar bien. Sé que estaré bien.

Sigo escribiéndote cada día, aunque ahora lo hago mentalmente. Es involuntario. Me duele, pero no dejo de hacerlo. Sigo teniendo ganas de pedirte perdón por lo que he hecho, aunque intento recordarme que no tengo motivos para hacerlo. Intento recordarme que no ha sido mi culpa. No ha sido mi culpa.

Creo que siempre te voy a echar de menos. Creo que siempre voy a sentir una ausencia.

Estas cinco cartas, estos cuarenta días y este verano no se irán nunca.

Pero ha llegado el momento de decir adiós.

Violeta

Violeta está temblando cuando mete las cartas dentro del sobre y las arroja al mar. Respira hondo. No llora. Esconde sus manos en los bolsillos y se pone de pie. Violeta, acompañada por una chica de ojos rasgados y un muchacho de cabello color arena, abandona la playa.

Esa noche irá al FIB, junto a sus amigos, su hermana Sabrina y la novia de ésta, Claudia.

AGRADECIMIENTOS

A mi familia. A mi madre y a mi padre por leer todo lo que escribo y por apoyarme siempre. A mi hermana por aguantarme durante horas mientras le destripo todas mis novelas. A mi hermano, que aunque no le guste leer una vez se acabó uno de mis libros, ¡y le gustó! Os quiero muchísimo.

A todas las personas que me ha regalado el mundo de la escritura. Abracadabrantés, los foros (¡Proyecto Amanda!), twitter... La comunidad de escritoras está llena de personas muy talentosas que siempre han estado dispuestas a dar consejos, compartir experiencias y dedicar palabras de ánimo. Este es un trabajo menos solitario gracias a vosotras. Alicia, Aintzane, Javi, Sindy, Lola... muchas gracias por vuestro apoyo constante. ¡Mío ya es real! Confío en vosotros y estoy deseando leerlos (si no lo he hecho ya).

Y en el mundo real también quiero dar las gracias a todas las personas que han estado ahí para escucharme y para apoyarme, para alegrarse de mis logros y reírse de mis desgracias. Gracias a Mar, que me escuchó hablar de este proyecto hace mucho tiempo. Gracias a Alba y a Roser, por escucharme siempre hablar sobre mis movidas. Gracias a mis amigas de la uni, a las que también he dado mucho la tabarra. Gracias a Cristina, que leyó este libro y se emocionó. ¡Os quiero muchísimo!

Gracias también a mis compañeros y compañeras de teatro. Conocerlos ha sido increíble y sois un verdadero ejemplo a seguir. Gracias a David, que se leyó mi manuscrito y me dejó muchos comentarios entusiastas en los bordes. Y también gracias a Marina: best compañera de piso ever.

En general, estoy muy agradecida a todas las personas que me han apoyado y también a las autoras y artistas que me han inspirado tanto y que me han hecho amar aún más la escritura.

Y por último gracias a ti, lector, que me has dado una oportunidad y has cruzado una puerta directa a mi mente.

Si estás leyendo esto, este libro es tuyo.

BIOGRAFÍA

Raquel Tirado Fernández nació en Barcelona en 1999 pero a los seis años se mudó a Castellón de la Plana, donde reside.

Desde pequeña, disfruta llenando cuadernos de dibujos e historias. A los nueve años acabó su primer cuento y durante su infancia nunca dejó de escribir ya fuese relatos basados en sus películas favoritas o historias sobre grapadoras.

Tiene una página web, Abracadabrantés, en la que comparte sus pensamientos y su experiencia como escritora.

Ha ganado diversos certámenes de relatos a nivel comarcal y nacional. En 2018 publicó un poema en la antología la Dalia Violeta, de la editorial Hati Ediciones. Con diecisiete años su obra, Mío, quedó finalista en el Premio Jordi Sierra i Fabra.

Le gusta leer, el teatro y pasar tiempo con sus amigos y su familia. Le divierte inventarse la vida de las personas con las que se cruza por la calle y hace listas de absolutamente todo.

En la actualidad compagina su carrera literaria con sus estudios de Sociología y Ciencias Políticas.

Este es su primer libro.